Circunstancia. Año X - N° 27 - Enero 2012

Sumario

(Para navegar por la Revista, utilice el [MENÚ DE LA IZQUIERDA](#))

SUMARIO / TABLE OF CONTENTS

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS (1877-1975). EL LARGO CAMINO HACIA LA NORMALIZACIÓN DE LAS RELACIONES BILATERALES

Presentación

José Antonio Montero Jiménez
Coordinador del número

Artículos

Acercamiento frustrado. Las relaciones hispano-norteamericanas de 1877 a 1898.
Andrés Sánchez Padilla

Una relación en clave europea. España y los Estados Unidos (1898-1939).
José Antonio Montero Jiménez

Los estudios históricos y las relaciones hispano-norteamericanas durante la II Guerra Mundial y la Guerra Fría.
Pablo León Aguinaga

Miscelánea

La boda de Alfonso XIII: "pasión espectacular" y jerarquías sociales.
José Miguel Hernández Barral.

Articles

A Frustrated Approach: U.S.-Spain Relations and the Cuban Question (1877-1898)
Andrés Sánchez Padilla

An Europeanized Relation. Spain and the United States (1898-1939)
José Antonio Montero Jiménez

Historical Studies and Spanish-American Relations during World War II and the Cold War.
Pablo León Aguinaga

Miscellany

The wedding of Alfonso XIII. "Spectacular Passion" and Social Hierarchies
José Miguel Hernández Barral.

Imprimir

Circunstancia. Año X - N° 27 - Enero 2012

Presentación

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS (1877-1975). EL LARGO CAMINO HACIA LA NORMALIZACIÓN DE LAS RELACIONES BILATERALES

Resulta llamativa la relativamente escasa producción historiográfica que existe sobre las relaciones España-Estados Unidos para el período anterior a la firma de los pactos de 1953. De manera tradicional, la historiografía ha asumido que, hasta las postrimerías de la II Guerra Mundial, la variable norteamericana ocupaba dentro de la política exterior española un papel claramente secundario en comparación con el representado por los tradicionales socios de la diplomacia dirigida desde Madrid: Francia, Gran Bretaña, e incluso Alemania. Esta impresión sólo se corrobora si se parte de dos premisas: el carácter eminentemente eurocentrista del sistema internacional hasta bien entrado el siglo XX, y la preeminencia del componente político o estratégico en las preocupaciones de las cancillerías europeas.

Es cierto que, hasta los años de la I Guerra Mundial, las potencias del Viejo Continente ejercían de rectoras indiscutidas del sistema internacional, y que sus intereses en América del Norte se redujeron considerablemente según avanzó el siglo XIX. Francia abandonó sus pretensiones en el área después de la venta de Luisiana en 1803, e Inglaterra fue arreglando de manera pacífica sus distintas disputas fronterizas a lo largo de la centuria, desde el acuerdo sobre el territorio de Oregon (1846) hasta la fijación de las fronteras entre Canadá y Alaska (1895). España se vio sometida a un proceso similar de pérdida de influencia con respecto a Estados Unidos, cuyas connotaciones fueron siempre problemáticas. Tras la cesión de Florida en 1819, el gobierno español siguió en posesión de Cuba, que siempre estuvo en el punto de mira de los expansionistas estadounidenses, y que fue objeto de distintas crisis diplomáticas entre Madrid y Washington. De esta manera, mientras el resto de países europeos o bien abandonaban sus ambiciones americanas, o bien resolvían sus contenciosos con Estados Unidos de manera pacífica, España mantuvo sus posesiones en el Caribe como un objetivo fundamental de su acción internacional, y por tanto cuidó de manera especial sus relaciones con la que se prefiguraba como la gran potencia americana.

Especialmente poco conocidos al respecto son los desvelos de la diplomacia española desde el incidente del Virginius en 1873 hasta el estallido de la última rebelión cubana en 1895. A cubrir ese vacío se dirige el artículo de Andrés Sánchez Padilla, que mezcla de manera hábil el uso de la limitada bibliografía existente con la utilización de fuentes primarias.

Por otra parte, reducir las relaciones bilaterales al aspecto eminentemente estratégico deja de lado aspectos fundamentales de la actuación de los Estados Unidos como gran potencia. Con excepción de los años de la I Guerra Mundial, entre 1898 y 1939 la relación hispano-norteamericana careció de tintes claramente políticos, pero aún así no puede decirse que fuese de baja intensidad. Al igual que ocurrió con respecto a Europa Occidental, la preponderancia de los Estados Unidos se manifestó de manera importante en el terreno del comercio y las finanzas. El peso estadounidense en la economía global se utilizó hábilmente como herramienta de presión para acabar con las disputas que la Gran Guerra había dejado abiertas en el continente europeo. Asimismo, permitió la entrada masiva de inversiones y productos norteamericanos, hasta el punto de que la estabilidad mercantil y financiera de Europa Occidental –incluida España– dependió de la evolución de la economía estadounidense. Una circunstancia de la que era consciente la diplomacia española, que en los años de entreguerras concedió cada vez más importancia a sus contactos con Washington. Y no sólo en el ámbito del comercio o las inversiones, sino también en los terrenos cultural y político. El estudio de José Antonio Montero pone de manifiesto que Estados Unidos comenzó a ser altamente relevante para la política exterior española varias décadas antes de la firma de los Pactos de 1953. Por otra parte, subraya cómo la Guerra Civil hizo perder a España la oportunidad de poner sus vínculos con Estados Unidos al mismo nivel que los desarrollados por otros países de su entorno.

Mucho más conocidos son los avatares de la relación bilateral a partir de la II Segunda Guerra Mundial. Por ello, el último de los trabajos que forman parte de este dossier abandona en cierta medida el tono descriptivo de los otros dos, para adoptar una perspectiva historiográfica. Algo ciertamente necesario, pues si bien los estudios pioneros publicados desde los años ochenta forman parte del bagaje histórico general, no ocurre lo mismo con los trabajos más recientes. Éstos, como pone de manifiesto el completo ensayo de Pablo León, se han dirigido en varias direcciones: en primer lugar, a completar la perspectiva política con una serie de proyectos centrados en el contexto económico y cultural de los vínculos trasatlánticos; por otra parte, algunos campos tradicionalmente reservados a los académicos estadounidenses han pasado a estar representados de manera creciente por investigadores españoles; y en último término, la perspectiva estrictamente bilateral se ha ido insertando en estudios de carácter general, que tienen en cuenta áreas geográficas más amplias.

Con todo ello, pensamos ofrecer a los lectores una necesaria perspectiva de largo plazo, que ayude a entender mejor las diversas facetas de las relaciones entre España y la que sigue siendo la principal potencia internacional. Asimismo, pretendemos resaltar los avances de la historiografía más reciente, integrando en nuestro análisis los trabajos académicos que últimamente se han venido realizando a ambos lados del Atlántico. Todo ello con la intención de animar a las nuevas generaciones de investigadores a adentrarse en un área cuya relevancia es poco discutible, y que puede brindarles amplias oportunidades.

José Antonio Montero Jiménez

Coordinador del número.

Imprimir

Artículos

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- Acercamiento frustrado. Las relaciones hispano-norteamericanas de 1877 a 1898.
Andrés Sánchez Padilla.
- Una relación en clave europea. España y los Estados Unidos (1898-1939).
José Antonio Montero Jiménez.
- Los estudios históricos y las relaciones hispano-norteamericanas durante la II Guerra Mundial y la Guerra Fría.
Pablo León Aguinaga.

Imprimir

Circunstancia. Año X - N° 27 - Enero 2012

Artículos

ACERCAMIENTO FRUSTRADO. LAS RELACIONES HISPANO-NORTEAMERICANAS DE 1877 A 1898.

Andrés Sánchez Padilla

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

Introducción

Una coyuntura singular

Cooperación saboteada: los acuerdos comerciales

Conflicto soterrado: las reclamaciones estadounidenses

Choque cultural: Panamericanismo vs. Hispanoamericanismo

De 1895 a 1898

Conclusiones

[Referencias bibliográficas](#)

[Notas](#)

Introducción

No es ninguna novedad decir que las relaciones entre España y Estados Unidos durante el siglo XIX estuvieron condicionadas por la cuestión de Cuba^[i]. Tampoco lo es que a partir del triunfo de la Unión en la Guerra Civil norteamericana (1865) empezó una nueva época en la relación bilateral^[ii]. Sin embargo, hasta llegar al conflicto bélico de 1898 se sucedieron cambios en el sistema internacional, cambios en las políticas exteriores de Estados Unidos y de España y cambios en sus intercambios diplomáticos que marcaron el último cuarto de siglo.

Las relaciones bilaterales en este periodo no fueron irrelevantes a pesar de la ausencia de negociaciones diplomáticas de alto nivel antes de la guerra de 1898. Los Estados Unidos siguieron siendo la principal amenaza para la soberanía española sobre las Antillas. Por el contrario, España ya no constituía una amenaza para los Estados Unidos, pero su soberanía sobre unos territorios tan valiosos para su seguridad y su comercio nunca dejó de incomodar a los norteamericanos.

Por motivos de espacio, este trabajo no abordará ni la estructura del sistema internacional ni el estudio de las políticas exteriores de los Estados Unidos o de España. Tampoco dedicará espacio a la coyuntura doméstica en cada una de ambas potencias en todo cuanto no afecte a la relación bilateral. El presente ensayo pretende simplemente analizar los intercambios diplomáticos entre españoles y norteamericanos en las dos décadas previas al estallido de la guerra.

Por razones de claridad expositiva, el análisis de las negociaciones diplomáticas se ha dividido en tres planos sectoriales paralelos -a pesar de que a menudo se simultanearon en el tiempo-, ya que un estudio exclusivamente cronológico de esta extensión resultaría más confuso. Inevitablemente, las relaciones comerciales ocuparán más espacio porque fueron el asunto prioritario para ambos países. De este análisis se extraerán unas conclusiones que no sirven para explicar el desenlace bélico de 1898 pero que sí lo situarán en el contexto bilateral.

Una coyuntura singular

Antes de empezar el análisis de las negociaciones bilaterales me gustaría justificar la periodización elegida. Las relaciones entre España y Estados Unidos vivieron una coyuntura singular entre 1877 y 1898. En Estados Unidos, el final de la Reconstrucción en 1877 hizo desaparecer los obstáculos que el conflicto entre el Norte y el Sur había generado a la diplomacia estadounidense^[iii]. En España, el triunfo de la Restauración sobre sus enemigos interiores después de unos años inciertos permitió elaborar una política exterior más estable.

Aunque después de la Guerra Civil los problemas de la Reconstrucción del Sur obstruyeron cualquier tentación expansionista en los Estados Unidos, el estallido de una guerra independentista en la isla de Cuba (1868-1878) exacerbó los conflictos bilaterales porque la administración Grant (1869-1877) cuestionó repetidamente el statu quo de la colonia española, a pesar de que los gobiernos del Sexenio Democrático abrieron por primera vez la puerta a una negociación sobre el futuro de Cuba^[iv]. El mantenimiento de la esclavitud en la Isla mientras duró la guerra fue el leitmotiv de las protestas norteamericanas. La llegada de la Restauración agravó la hostilidad porque el Departamento de Estado entendió que se trataba de un experimento reaccionario que prolongaría la esclavitud, pero no sería capaz de superar las turbulencias en las Antillas^[v]. El estancamiento de la guerra en Cuba llevó a la crisis de noviembre de 1875, la más grave después del incidente del Virginius^[vi].

La llegada de la administración Hayes en marzo de 1877 inició una nueva época de las relaciones bilaterales porque el gobierno norteamericano dejó de cuestionar la soberanía española sobre Cuba. Las administraciones

de los Presidentes Garfield, Arthur, Cleveland y Harrison llevaron a cabo políticas distintas con respecto a España, pero todas coincidieron en respetar el mantenimiento de la soberanía española en las Antillas entre 1877 y 1897.

Por su parte, la Restauración tampoco continuó la política hacia los Estados Unidos del Sexenio Democrático. Conservadores y liberales difirieron en los detalles pero compartieron los mismos fines: aunque aceptaron algunas de las concesiones de los gobiernos septembrinos, mantuvieron -al menos en público- una defensa estricta del statu quo en las Antillas compatible con la intención de satisfacer las demandas económicas estadounidenses.

Pero aunque entre 1877 y 1895 los dos países firmaron más acuerdos que en toda su historia, el conflicto entre ambos no desapareció, porque ni España cumplió los acuerdos firmados ni Estados Unidos estuvo nunca enteramente satisfecho con la presencia de España en el Hemisferio Occidental. El estallido de la segunda guerra de independencia cubana a partir de febrero de 1895 volvió a cuestionar la soberanía española en las Antillas en una coyuntura internacional de redistribución colonial entre las grandes potencias y tensó las relaciones bilaterales hasta que en abril de 1898 se declaró la guerra.

Cooperación saboteada: los acuerdos comerciales

Los intercambios económicos entre España y los Estados Unidos, al igual que el resto de la relación bilateral, siguieron regulados hasta 1898 por el Tratado de Amistad, Límites y Navegación de 27 de octubre de 1795. Los artículos referentes al comercio (15 y 16) eran muy generales y a la altura del último tercio del siglo XIX se habían quedado anticuados en un contexto internacional de proteccionismo creciente mitigado por pactos de reciprocidad [vii]. Estados Unidos, además, había desarrollado una relación comercial mucho más estrecha con Cuba y Puerto Rico que con la Península; estrecha pero desigual, porque debido a lo prohibitivo de los aranceles a la importación en Cuba -implantados para beneficiar al comercio español-, Estados Unidos importaba mucho más de lo que exportaba a la Isla. Por eso no es de extrañar que, cuando a mediados de siglo Estados Unidos empezó a negociar tratados de reciprocidad con otras potencias, también se acercase a España y pidiese negociar ya en 1853 un tratado de comercio sobre Cuba [viii]. Aunque los gobiernos del Sexenio Democrático sí estuvieron interesados en ello, la Guerra de los Diez Años impidió el inicio de cualquier negociación comercial.

La Restauración heredó el interés del Sexenio por la negociación comercial con Estados Unidos. Pero desde el principio existió un malentendido. Estados Unidos quería simplemente corregir su balanza comercial negativa con Cuba. La Península era un mercado muy secundario en el que Estados Unidos introducía casi todas sus mercancías -algodón, petróleo, harinas, carnes- libres de derechos, porque servían como materias primas para la industria española, o bien cubrían el déficit alimentario español [ix]. España, en cambio, deseaba ampliar sus exportaciones desde la metrópoli -principalmente de frutos secos-, perjudicadas por los aranceles estadounidenses [x]. Tras el fin de la Guerra de los Diez Años, los gobiernos de Madrid también estuvieron dispuestos a incluir a las Antillas en el acuerdo [xi].

Aunque la administración Hayes acogió con buenos ojos la oferta española, fue el nuevo ejecutivo de James A. Garfield (1881) quien inició conversaciones con España para concluir un tratado de comercio [xii]. Pero cuando el gobierno español comprendió que Estados Unidos sólo quería hablar sobre Cuba, abandonó las negociaciones, convencido de que un acuerdo exclusivo sobre las Antillas encontraría una poderosa oposición entre los intereses proteccionistas y la administración colonial [xiii].

La muerte del Presidente Garfield en septiembre de 1881 paralizó momentáneamente la política exterior estadounidense porque el nuevo Presidente, Chester A. Arthur, dedicó su atención a la política interior hasta 1883 [xiv]. Fue entonces cuando la administración Arthur retomó las conversaciones con España para llegar a un acuerdo sobre Cuba. Pero sólo tras amenazar el gobierno estadounidense con imponer represalias, el efímero gabinete de Posada Herrera (octubre de 1883-enero de 1884) abrió las puertas a una negociación comercial mediante la firma de un primer modus vivendi [xv].

El cuarto gobierno Cánovas retomó las negociaciones aprobando la Ley de Autorizaciones del 25 de julio de 1884. En su artículo 7º, la medida autorizaba al ejecutivo a firmar tratados de reciprocidad con otras potencias [xvi]. Las conversaciones, sin embargo, se prolongaron hasta noviembre, debido a desacuerdos en torno a la cláusula de nación más favorecida. El Departamento de Estado defendía una lectura condicional de dicha cláusula -a pesar de que en Europa se hacía una interpretación incondicional-, buscándose privilegios exclusivos, no generalizables a otras potencias [xvii]. El gobierno Cánovas no quería irritar a las potencias europeas con las que estaba firmando otros tratados de comercio, pero la presión de los norteamericanos, que amenazaron con excluir el azúcar cubano de su mercado haciendo valer los tratados de reciprocidad firmados con México y Santo Domingo [xviii], forzó finalmente un acuerdo apegado a los intereses estadounidenses: el artículo 23 del tratado concedía la interpretación condicional mediante una redacción ambigua.

A pesar de los esfuerzos españoles, el Tratado de 18 de noviembre de 1884 nunca entró en vigor. La arriesgada decisión de la administración Arthur de iniciar por su cuenta y al final de su mandato una nueva política comercial, a pesar de que el Congreso todavía retenía el control sobre la política exterior norteamericana y de que había sido elegido un nuevo Presidente demócrata opuesto a esa política -Grover Cleveland-, condujo al rechazo o la retirada de casi todos los tratados firmados.

Antes de que el Presidente Cleveland tomase posesión, el gobierno español intentó asegurar la ratificación negociando nuevas cesiones con el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, pero el nuevo texto ni siquiera llegó a discutirse, porque Cleveland lo retiró de la deliberación inmediatamente después de jurar su cargo, explicando al gobierno español que tenía objeciones de fondo al establecimiento de ese tipo de vínculos con otras potencias [xix]. Ello no impidió que el Departamento de Estado estuviese de acuerdo en llegar a algún tipo de arreglo para que España dejase de entorpecer la actividad de los comerciantes norteamericanos en Cuba [xx].

Por eso la administración demócrata no puso objeciones para mantener el modus vivendi de suspensión de

represalias de 13 de febrero de 1884. Los problemas surgieron porque España incumplió sistemáticamente el acuerdo: los funcionarios de aduanas, con la complicidad o la pasividad de las autoridades superiores de la Isla, siguieron penalizando onerosamente las mercancías estadounidenses recurriendo a tecnicismos. Sólo cuando los norteamericanos se cansaron de esta situación y decidieron reinstaurar las represalias a las importaciones cubanas, Madrid aceptó firmar un nuevo *modus vivendi* cerrado el 27 de octubre de 1886[xxi]. Con todo, los comerciantes estadounidenses siguieron sufriendo perjuicios ocasionales.

Desde 1887 fue Madrid quien planteó la negociación de un nuevo tratado de comercio. A diferencia de los conservadores, el nuevo gabinete liberal no tenía problemas en aceptar la interpretación condicional de la cláusula de nación más favorecida, entendiendo que cuanto más exclusivas fueran las ventajas de Estados Unidos en Cuba más segura sería la situación de la Isla[xxii], pero no por ello aumentó el interés de Estados Unidos.

La administración Harrison, sin embargo, retomó la cuestión a partir de marzo de 1889. Las negociaciones con el quinto gobierno Cánovas fueron mucho más sencillas, y tomó como base el fallido tratado de noviembre de 1884. Los Estados Unidos no necesitaron exigir la interpretación condicional de la cláusula de nación más favorecida porque para entonces el viraje proteccionista de la Restauración había puesto fin al sistema de tratados comerciales con las potencias europeas. Al no ser un tratado ni siquiera necesitaba incluir la cláusula haciendo las concesiones exclusivas. A cambio, los norteamericanos concedieron a España que las rebajas se aplicasen a los productos procedentes de Estados Unidos, y no a todas las mercancías que viajasen bajo bandera norteamericana[xxiii]. El acuerdo tomó la forma de un intercambio de notas de 28 y 31 de julio de 1891.

El acuerdo tenía dos partes: un acuerdo temporal hasta que expirasen todos los tratados comerciales de España el 30 de junio de 1892; y un acuerdo definitivo sin fecha de caducidad a partir de ese momento. Nada parecía obstaculizar la relación comercial excepto la administración colonial de Cuba. Hostil a los Estados Unidos y opuesta a un acuerdo que reducía sus ingresos opacos, aprovechó nuevos tecnicismos -desde la exacción de un arbitrio para las obras del puerto de La Habana a la traducción defectuosa del repertorio del acuerdo-, para sabotear el comercio bilateral[xxiv]. A pesar de las repetidas protestas estadounidenses, el gobierno de Madrid fue incapaz de imponerse a sus representantes en la Isla.

Cuando Grover Cleveland volvió a la Presidencia de Estados Unidos en marzo de 1893, el acuerdo tenía los días contados. El Departamento de Estado no prestó atención a las ofertas españolas, porque el Presidente patrocinó una reforma arancelaria que canceló todos los acuerdos comerciales vigentes. No obstante, ante la insistencia española, la segunda administración Cleveland no tuvo inconveniente en firmar un nuevo *modus vivendi* de 10 y 11 de enero de 1895 para impedir que las aduanas norteamericanas gravasen a los azúcares cubanos con otro derecho extraordinario, a cambio de que España moderase la tarifa al comercio norteamericano[xxv]. Era un acuerdo que no comprometía a los Estados Unidos, tal y como deseaba la administración demócrata. Aunque siguió vigente hasta abril de 1898, el estallido de la nueva guerra en Cuba lo convirtió en papel mojado.

Conflicto soterrado: las reclamaciones estadounidenses

Los excesos de las autoridades españolas durante la Guerra de los Diez Años generaron un gran número de reclamaciones estadounidenses, pero los gobiernos del Sexenio Democrático contuvieron la tensión mediante la creación de la Comisión Hispano-Norteamericana de Reclamaciones -a través del Convenio de 11 y 12 de febrero de 1871[xxvi]- y el Decreto de 12 de julio de 1873, que ordenaba devolver todas las propiedades embargadas desde el 20 de abril de 1869 -en buena parte haciendas de ciudadanos norteamericanos[xxvii]. El conflicto surgió cuando los gobiernos de la Restauración intentaron zafarse de los compromisos de indemnización contraídos debido a la carestía de la hacienda española.

El problema con los inmuebles requisados durante la Guerra de los Diez Años no era que la ciudadanía norteamericana de sus propietarios fuese más o menos dudosa, sino que los funcionarios de la Junta de Embargos -un organismo notorio por su corrupción- se habían dedicado a apropiarse sistemáticamente de bienes acusando a las víctimas de infidencia sin necesidad de pruebas[xxviii]. La Restauración no estuvo dispuesta a dar marcha atrás a ese proceso al pensar que era razonable tolerar las retribuciones informales de los partidarios más fieles de la soberanía española en Cuba. Pero si pudo ignorar repetidamente las demandas norteamericanas sobre el decreto republicano de 1873, no podía hacer lo mismo con la Comisión Bilateral que funcionaba en Washington. Una Comisión cuyo trabajo se multiplicó desde el momento en que tuvo que arbitrar sobre todas las reclamaciones de propiedades que España no iba a devolver.

El monto de las reclamaciones se disparó. Los gobiernos restauradores, agobiados por una deuda que no dejaba margen de maniobra en el gasto[xxix], eligieron dilatar todo lo posible la duración de la Comisión, poniendo en cuestión la nacionalidad de los reclamantes y negándose a pagar las reclamaciones hasta que terminasen sus labores. Por su parte, numerosos norteamericanos que no habían reclamado en su momento aprovecharon para hacerlo una vez acabada la guerra. España no dejó de rechazar la nacionalidad norteamericana de la mayoría de los reclamantes -cubanos nacionalizados norteamericanos-, pero Estados Unidos tampoco aceptó los argumentos españoles ni su sistema de nacionalización en ausencia de un tratado que regulase la cuestión. El abogado de España, Sydney Webster, propuso un proyecto de tratado de nacionalización que evitaría esos problemas en el futuro, pero la administración Arthur no lo tomó en consideración[xxx].

Las maniobras dilatorias empezaron a exasperar a los Estados Unidos a partir de 1880. Antes de abandonar el poder, la administración Hayes presionó para acelerar el final de la Comisión. El gobierno Arthur también hizo lo propio a partir de 1882, pero para entonces el representante español en Washington, Francisco Barca, había ideado una arriesgada maniobra para ahorrar costes al gobierno español: sobornar a los miembros norteamericanos de la Comisión para que fallasen en contra de las reclamaciones pendientes. Barca ofreció adelantar su propio dinero y el Ministerio le autorizó, endeudándose considerablemente. Cuando en julio de 1883 el Ministerio se negó a reembolsarle el dinero de manera inmediata, Barca se suicidó[xxxi].

Una vez cerrada la Comisión, España se negó al pago de sus gastos a pesar del compromiso de 1871, y siguió retrasando el abono de las reclamaciones. Estados Unidos había tolerado el impago mientras concluían las negociaciones comerciales, pero después de su fracaso empezó a presionar con insistencia creciente [xxxii]. El agravio infligido a los reclamantes por el retraso era considerable, porque a la suma fallada por la Comisión no se le añadían intereses, por mucho que se difiriese el pago.

El caso más sangrante fue la reclamación Mora, pendiente desde 1870. La cuantía de la indemnización a Antonio Máximo Mora superaba enormemente a la de cualquier otro reclamante (un millón y medio de dólares) y por ello España resistió su pago con más ahínco que con ninguna otra. El gobierno español se comprometió públicamente a pagar en octubre de 1886 [xxxiii], pero la administración colonial manifestó su oposición y bloqueó la ejecución del abono. La reclamación Mora fue preterida a partir de 1887, como consecuencia del conflicto entre los misioneros norteamericanos en las Islas Carolinas y las autoridades españolas. Un conflicto intermitente que sólo se resolvió con la expulsión en 1893 de los misioneros de la isla de Ponapé, a cambio de una pequeña indemnización [xxxiv].

Fue entonces cuando la segunda administración Cleveland retomó la reclamación Mora. El Secretario de Estado Walter Gresham se tomó muy en serio un litigio que llevaba más de veinte años pendiente. En medio de una grave crisis de la hacienda pública, el gobierno español dilató otra vez la solución, apelando a la oposición de la opinión pública, hasta que el estallido de la nueva insurrección en Cuba forzó al sexto gobierno Cánovas a no irritar más a los Estados Unidos [xxxv].

Choque cultural: Panamericanismo vs. Hispanoamericanismo

El último plano de los intercambios diplomáticos entre España y Estados Unidos fue el de las relaciones con América Latina. Aunque pueda ser el más retórico, ya que España no podía permitirse un conflicto real con Norteamérica en el Hemisferio Occidental, sirve para revelar las percepciones mutuas que orientaron las acciones de ambas potencias. La hostilidad encubierta de España hacia el liderazgo hemisférico de Estados Unidos se manifestó públicamente a través de iniciativas en las que los gobiernos restauradores olvidaban la realidad y se dejaban llevar por sus deseos. Estados Unidos respondió a esas acciones mostrando su disgusto y su desprecio por la interferencia en el continente de una vieja monarquía europea en decadencia.

Incapaces de mejorar la profesionalidad del servicio diplomático en América o de aumentar la financiación de sus representaciones, los gobiernos restauradores entendieron que podían elevar la influencia de España en la región y obstaculizar el liderazgo de Estados Unidos ejerciendo el papel de mediador o árbitro en los numerosos conflictos fronterizos pendientes entre las repúblicas latinoamericanas. ¿Quién mejor que la madre patria para delimitar las fronteras de sus antiguos dominios? Si se podía evitar que las repúblicas latinoamericanas recurrieran a los Estados Unidos, el rol de España en la resolución pacífica de los conflictos latinoamericanos serviría para simular al menos algún tipo de liderazgo cultural. Las iniciativas fueron de dos clases: ofertas de buenos oficios en conflictos bélicos y arbitrajes para resolver cuestiones de límites.

Después de que España ofreciese su mediación sin éxito en la Guerra del Pacífico que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, en diciembre de 1880 Costa Rica y Colombia solicitaron, por la Convención de San José, el arbitraje del Rey de los Belgas para delimitar sus fronteras; y cuando este declinó la proposición, se acercaron al Rey de España. La divisoria en cuestión estaba peligrosamente cerca de uno de los posibles emplazamientos del futuro canal de Panamá. Bélgica se apresuró a rechazar la oferta cuando los norteamericanos se interesaron por ello, pero España prefirió no responder. La intención del gobierno español era aceptar el arbitraje, pero enmudeció cuando percibió la agresividad estadounidense. Sólo posteriormente defendió retóricamente el derecho de España a intervenir en Hispanoamérica [xxxvi]. En 1886, tras la muerte de Alfonso XII, Colombia y Costa Rica renovaron la petición de solicitud a la Regente. Sin embargo, España nunca llegó a dictar sentencia, primero porque subordinó el arbitraje a la emisión del fallo real en el caso entre Colombia y Venezuela, y después porque Colombia y Costa Rica renunciaron al arbitraje español en 1896 y sometieron sus diferencias al Presidente de Francia, que dictó sentencia en 1900 [xxxvii].

La influencia de España no llegó mucho más lejos: ofreció sus buenos oficios para resolver la guerra entre El Salvador y Guatemala (1890) y dictó un polémico laudo arbitral en la cuestión de límites entre Colombia y Venezuela (1891) [xxxviii]. En el mismo periodo de tiempo el Presidente de Estados Unidos emitió tres laudos en los conflictos entre Argentina y Paraguay (1878), Nicaragua y Costa Rica (1888), y Brasil y Argentina (1895).

España también trató de frustrar la Conferencia Panamericana de Washington. La diplomacia española entendía que cualquier proyecto de integración regional bajo la dirección de Estados Unidos era una amenaza para la comunidad cultural entre España e Hispanoamérica, pero sobre todo para la soberanía española en Cuba. Por eso instruyó repetidamente a sus representantes en América Latina desaconsejar la asistencia a la conferencia. Pero España no tenía poder de disuasión en un continente donde seguía muy presente el recuerdo de las intervenciones militares isabelinas. Algunos diplomáticos españoles lo entendieron [xxxix], pero cuando todas las repúblicas latinoamericanas excepto una confirmaron su asistencia a la Conferencia, el gobierno español decidió sumarse y pidió asistir en calidad de "potencia americana", puesto que las posesiones territoriales de las Antillas eran parte de la nación española. Estados Unidos se limitó a ignorar la petición [xl].

Después de ese fracaso, España buscó ejercer su influencia cultural con ocasión del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Durante la celebración, el gobierno español utilizó el hispanoamericanismo para enunciar un discurso político antiamericano [xli].

El gobierno Sagasta ya impregnó de un barniz hispanoamericanista la Exposición Universal de Barcelona [xlii]. Pero para 1892 anunció la celebración de dos exposiciones más ambiciosas en Madrid: una histórica sobre la época del Descubrimiento y otra de carácter universal que exhibiese los adelantos industriales de América Latina. El ministro de Estado, Segismundo Moret, pretendía que el Cuarto Centenario fuera la respuesta española a la Conferencia Panamericana. Quería dar la batalla cultural para alejar a Hispanoamérica de los Estados Unidos [xliii].

Por eso, cuando el gobierno español anunció la celebración de las exposiciones no invitó a los norteamericanos a participar. Esa exclusión molestó mucho al gobierno de Washington^[xiv]. Como España no podía permitirse el lujo de un conflicto diplomático con la potencia más importante del Nuevo Mundo, tuvo que rectificar y acabar invitando a Estados Unidos. Pero la crisis de la hacienda limitó severamente el gasto del gobierno a partir del otoño de 1888^[xv] y la Comisión del Cuarto Centenario se quedó sin crédito. En su defecto, el gobierno Sagasta decidió subvencionar a la Unión Iberoamericana para que preparase más modestamente los festejos^[xvi].

Simultáneamente, Estados Unidos también empezó a discutir la celebración del Cuarto Centenario a través de una exposición universal propia, aunque este evento no excluyó a España como potencia responsable del Descubrimiento. Pero la conmemoración norteamericana del Cuarto Centenario fue una exaltación del nacimiento de los Estados Unidos y del liderazgo norteamericano en el Hemisferio Occidental^[xvii].

Sólo la competencia de Estados Unidos hizo reaccionar al cuarto gobierno Cánovas: "sin exageradas ilusiones", superpuso a la Comisión una Junta Directiva presidida por el mismo Cánovas y auxiliada por el Ministerio de Estado (9 de enero de 1891)^[xviii]. La falta de recursos de la hacienda obligó a cancelar la idea de una exposición universal. En su lugar se organizó una modesta Exposición Histórico-Americana reunida en los salones de la Biblioteca Nacional^[xix]. Para entonces los Estados Unidos habían elegido Chicago para celebrar la segunda exposición universal en su territorio^[i]. Estados Unidos invitó a España, pero el gobierno Cánovas sólo aceptó cuando aquél se comprometió a participar en la exposición española, que amenazaba con convertirse en una humillación^[ii]. Ante la falta de recursos, España tuvo que pedir ayuda económica a los norteamericanos para cubrir algunos de los gastos, como la reconstrucción de las naves de Colón^[iii].

Si los países latinoamericanos participaron en la Exposición Histórico-Americana de Madrid para preparar su presencia en Chicago, Estados Unidos decidió asistir para no provocar la ausencia española de su exposición y ayudar a levantar el boicot español sobre la carne de cerdo norteamericana^[iiii]. A pesar de la retórica hispanoamericanista, el gobierno español no pudo evitar que su mayor temor se hiciera realidad cuando Estados Unidos se convirtió en el país protagonista de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, gracias al éxito de la Exposición Universal de Chicago.

De 1895 a 1898

La relación bilateral no dejó de deteriorarse a partir de febrero de 1895. La nueva guerra colonial en la isla de Cuba -mucho más intensa que la Guerra de los Diez Años- se extendió hasta el mismo estallido del conflicto entre España y Estados Unidos en abril de 1898. La importancia los cubanos nacionalizados norteamericanos, el crecimiento de las inversiones estadounidenses desde 1878^[iv] y el volumen del tráfico comercial con Estados Unidos garantizaron una riada de conflictos cuando España suspendió toda clase de derechos y garantías en la Isla para acabar con la rebelión^[v]. De esa manera los incidentes con buques estadounidenses, los embargos de propiedades y las detenciones extrajudiciales de norteamericanos naturalizados volvieron a estar a la orden del día^[vi]. Las reclamaciones y protestas de Estados Unidos se repitieron con frecuencia. No es que los gobiernos restauradores no entendiesen el peligro de irritar a los Estados Unidos, sino que el avance de los rebeldes cubanos entre 1895 y 1897 -que también infligió un grave daño a las propiedades e inversiones estadounidenses- llevó a medidas desesperadas para conservar una soberanía española que parecía derrumbarse. Pero el problema de fondo que acabó conduciendo a la guerra no fue la acumulación de litigios particulares, sino la incomodidad estadounidense ante la soberanía española en las Antillas.

Como es conocido, la segunda administración Cleveland -a pesar de la presión del Congreso para reconocer la beligerancia de los sublevados- contuvo las tentaciones intervencionistas, pero no dejó de presionar a España ofreciendo sus buenos oficios en público y en privado. A pesar de que el Presidente Cleveland nunca puso en entredicho la soberanía española^[vii], España rechazó una y otra vez las ofertas de mediación estadounidenses apelando en su lugar a un Concierto de Europa que ya había dejado de funcionar^[viii].

A partir de 1897, la administración McKinley agravó el problema porque volvió a cuestionar agresivamente la soberanía española sobre Cuba. El cuarto gobierno Sagasta intentó contener la presión estadounidense restringiendo los abusos militares y concediendo la autonomía a Cuba y Puerto Rico. El ministro de Ultramar, Segismundo Moret, intentó llevar asimismo a la práctica una reedición de la antigua política de concesiones comerciales. En enero de 1898 todavía estaba convencido de que si los Estados Unidos conseguían las concesiones comerciales que deseaban en Cuba, España podría evitar el conflicto porque los norteamericanos ya no necesitarían la anexión de la Isla^[ix]. Pero para entonces la situación en Cuba se había deteriorado demasiado como para evitar la intervención norteamericana.

Conclusiones

A través de las negociaciones diplomáticas que España y los Estados Unidos sostuvieron en el último cuarto del siglo XIX podemos ver que después de la Guerra de los Diez Años existió una oportunidad para que las dos potencias desarrollasen una relación amistosa. España estuvo inicialmente dispuesta a practicar una política de concesiones comerciales que compatibilizase los intereses económicos norteamericanos en Cuba con la soberanía española sobre la isla. Por diferentes razones, Estados Unidos estuvo dispuesto a aceptar la presencia de España en las Antillas. La debilidad de los Presidentes frente al Congreso, junto a la frecuencia de los cambios del partido al frente del ejecutivo, impidieron hasta el final del siglo materializar la hostilidad estadounidense a la presencia española en el Caribe mediante una política más agresiva.

Sin embargo, como hemos visto, el acercamiento no llegó a producir ningún fruto. Los gobiernos españoles nunca fueron capaces de llevar a la práctica las concesiones comerciales que quisieron conceder y no dejaron de irritar a los estadounidenses al negarse a pagar las indemnizaciones que debían a sus ciudadanos. Por su parte, los norteamericanos nunca renunciaron a cuestionar de alguna manera la soberanía española sobre las Antillas a largo plazo. El conflicto de fondo a lo largo del siglo XIX, como reflejaban las iniciativas sobre América Latina, no

desapareció. España se oponía a la expansión de los intereses estadounidenses en el Hemisferio Occidental porque tenía buenas razones para temer por la soberanía de Cuba. Por su parte, los Estados Unidos nunca se sintieron satisfechos con el dominio que España ejercía sobre unos territorios tan cercanos y valiosos como Cuba y Puerto Rico. El fracaso del acercamiento de estos años no hizo más que reforzar esa insatisfacción.

Es ese conflicto estratégico y económico de fondo, y no los problemas comerciales o los litigios pendientes, lo que condujo a la guerra de 1898. Sólo cuando ésta resolviese adversamente para España la cuestión de Cuba podría iniciarse una nueva era en las relaciones bilaterales [\[ix\]](#). Sin embargo, el análisis de las negociaciones diplomáticas en el cuarto de siglo anterior al estallido de la guerra permite matizar y contextualizar el conflicto bilateral, insertándolo en una coyuntura histórica de más largo alcance.

[Volver](#)

Referencias bibliográficas

Allendesalazar, J.M. (1996), *Apuntes sobre la relación diplomática hispano-norteamericana, 1763-1895* (Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores).

Bastert, Russell H. (1956), 'Diplomatic Reversal: Frelinghuysen's Opposition to Blaine's Pan-American Policy in 1882', *The Mississippi Valley Historical Review*, 42 (4), 653-71.

--- (1959), 'A New Approach to the Origins of Blaine's Pan American Policy', *The Hispanic American Historical Review*, 39 (3), 375-412.

Bécker, Jerónimo (1924), *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX* (apuntes para una historia diplomática), 3 vols. (Madrid,: Estab. tip. de J. Ratés).

Bernabéu Albert, Salvador (1987), *1892 : el IV centenario del descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones* (Colección Tierra nueva e cielo nuevo; Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

Cassell, Frank A. (1985), 'The Columbian Exposition of 1893 and United States Diplomacy in Latin America', *Mid-America. An Historical Review*, 67 (3), 109-24.

Olivart, Marqués de (1890-1906), *Colección de los Tratados, Convenios y Documentos internacionales celebrados por nuestros Gobiernos con los Estados extranjeros desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días : acompañados de notas histórico-críticas sobre su negociación y cumplimiento, y cotejados con los textos originales* (Madrid: El Progreso Editorial).

Elizalde Pérez-Grueso, María Dolores (1992), *España en el Pacífico, la colonia de las Islas Carolinas (1885-1899) : un modelo colonial en el contexto internacional del imperialismo* (Biblioteca de historia; Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

--- (2005), 'España y Estados Unidos en el umbral de un nuevo siglo', in Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla and M. Dolores Elizalde Pérez-Grueso (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas), 19-56.

Estado, Ministerio de (1882), *Documentos diplomáticos presentados a las Cortes en la legislatura de 1882 por el Ministerio de Estado* (Madrid: Miguel Ginesta).

--- (1886), *Documentos parlamentarios preparados para ser presentados en las Cortes en la legislatura de 1886. Negociaciones con los Estados Unidos de América sobre la interpretación del convenio comercial de 13 de febrero de 1884* (Madrid: Miguel Ginesta).

--- (1891), *Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1891 por el Ministro de Estado* (Madrid: El Progreso Editorial).

Exposition, U.S. Commission to the Columbian Historical (1895), *Report of the United States commission to the Columbian historical exposition at Madrid. 1892-93. With special papers* (Washington: Government Printing Office).

Gros Espiell, Héctor (1984), *España y la solución pacífica de los conflictos limítrofes en Hispano-América* (Cuadernos Cívitas; Madrid: Cívitas).

Herring, George C. (2008), *From colony to superpower : U.S. foreign relations since 1776* (The Oxford history of the United States; New York: Oxford University Press).

Jover Zamora, José María (1999), *España en la política internacional: siglos XVIII-XX* (Marcial Pons Historia. Biblioteca clásica; Madrid: Marcial Pons).

Kagan, Robert (2006), *Dangerous nation* (New York: Knopf).

McWilliams, Tennant S. (1978), 'Procrastination Diplomacy: Hannis Taylor and the Cuban Business Disputes, 1893-97', *Diplomatic History*, 2 (1), 63-80.

Pérez, Louis A. (1997), *Cuba and the United States : ties of singular intimacy* (2nd edn., *The United States and the Americas*; Athens: University of Georgia Press).

Pi-Suñer Llorens, Antonia and Sánchez Andrés, Agustín (2001), *Una historia de encuentros y desencuentros : México y España en el siglo XIX* (México, D.F. : Dirección General del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría

de Relaciones Exteriores).

Pike, Fredrick B. (1971), *Hispanismo, 1898-1936; Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America* (International studies of the Committee on International Relations, University of Notre Dame; Notre Dame, : University of Notre Dame Press).

Pletcher, David M. (1984), "'1861-1898: Economic Growth and Diplomatic Adjustment'", in William H. Becker and Samuel F. Wells (eds.), *Economics and world power : an assessment of American diplomacy since 1789* (New York: Columbia University Press), 119-71.

Quiroz, Alfonso W. (2001), 'Corrupción, burocracia colonial y veteranos separatistas en Cuba, 1868-1910', *Hispania* (Madrid), 61 (221), 91-111.

Rubio, J. (1995), *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII: los orígenes del "desastre" de 1898* (Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Secretaría General Técnica).

--- (2004), *El final de la era de Cánovas: los preliminares del "desastre" de 1898* (Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Secretaría General Técnica).

Rydell, Robert W. (1984), *All the world's a fair : visions of empire at American international expositions, 1876-1916* (Chicago: University of Chicago Press).

Serrano Sanz, José María (1987), *Los presupuestos de la Restauración (1875-1895)* (Monografías; Madrid: Instituto de Estudios Fiscales).

--- (1989), 'El proteccionismo y el desarrollo económico durante la Restauración. Reflexiones para un debate', *Revista de Historia Económica (Second Series)*, 7 (1), 133-56.

Sexton, Jay (2004), 'Toward a synthesis of foreign relations in the Civil War era, 1848-77', *American Nineteenth Century History*, 5 (3), 50-73.

--- (2006), 'The United States, the Cuban Rebellion, and the Multilateral Initiative of 1875', *Diplomatic History*, 30 (3), 335-65.

Torre del Río, Rosario de la (1988), *Inglaterra y España en 1898* (Madrid: Eudema).

--- (1997), '1895-1898: Inglaterra y la búsqueda de un compromiso internacional para frenar la intervención norteamericana en Cuba', *Hispania* (Madrid), 57, 515-49.

Zakaria, Fareed (1998), *From wealth to power : the unusual origins of America's world role* (Princeton studies in international history and politics; Princeton, N.J.: Princeton University Press).

[Volver](#)

Notas

[i] Para una introducción a las relaciones bilaterales en el siglo XIX, Allendesalazar (1996).

[ii] Jover (1999: 134). Sobre las relaciones a mitad de la centuria, Cortada (1980).

[iii] Zakaria (1998: 75-89, 128-164), Sexton (2004), Kagan (2006: 301-416), Herring (2008: 265-297).

[iv] El trabajo más amplio sobre los años 1869-1877 es el de Rubio (1995), aunque no utiliza fuentes estadounidenses.

[v] National Archives and Records Administration (NARA). Record Group 59 (RG 59), Spain, Instructions. Telegram, Mr. Fish a Mr. Cushing, 2-I-1875.

[vi] Rubio (1995: 165-196), Sexton (2006).

[vii] Serrano Sanz (1989: 135-136).

[viii] Sobre la política comercial de Estados Unidos en esos años, Eckes (1995: 62-67). Sobre la oferta de 1853, Bécker (1924, III: 502-505).

[ix] Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE). Tratados, TR 418-1. Memoria de Fernando Cos-Gayón, 29-VIII-1880.

[x] Foreign Relations of the United States (FRUS, 1879: 938-941). Nº 149-151, Mr Lowell a Mr. Evarts, 14/20-II-1879. La Época, 17-II-1879.

[xi] Archivo General de la Administración (AGA). Asuntos Exteriores (AE), caja 54-7970, leg. 688. Memorándum de José Elduayen, 29-IX-1880.

[xii] AMAE. Tratados, TR 418-1. Nº 46, Barca a Aguilar y Correa, 17-III-1881.

[xiii] AMAE. Tratados, TR 418-1. Aguilar y Correa a Barca, 30-IV-1881.

[xiv] Bastert (1956 y 1959).

[xv] NARA. RG 59. Spain, Despatches. Nº 123, Mr. Foster a Mr. Frelinghuysen, 18-XII-1883.

[xvi] Gaceta de Madrid, 27-VII-1884, p. 283.

- [xvii] Pletcher (1984: 136).
- [xviii] AGA. AE, caja 54-7882, leg. 441. Nº 232, Valera a Elduayen, 30-VII-1884.
- [xix] AGA. AE, caja 54-7980, leg. 702. Nº 16, Mr. Bayard a Valera, 22-VII-1885.
- [xx] NARA. RG 59. Spain, Instructions. Nº 175, Mr. Bayard a Mr. Curry, 9-III-1887.
- [xxi] Documentos (1886).
- [xxii] AMAE. Correspondencia, H 1479. Moret a Muruaga, 15-III-1886.
- [xxiii] Olivart (X, 1901: 131-148).
- [xxiv] AHN. Ultramar, leg. 215-17; 215-18. McWilliams (1978: 71-73).
- [xxv] Olivart (XI, 1902: 187-190).
- [xxvi] Olivart (VI, 1895: 273-276).
- [xxvii] Gaceta de Madrid, 13-VII-1873, pp. 1.037-1.038.
- [xxviii] Quiroz (2001).
- [xxix] Serrano (1987: 146).
- [xxx] AMAE. Tratados, TR 424-1.
- [xxxi] AMAE. Política, H 2431. Íñigo a Aguilar y Correa, 8-XI-1882. El Ministerio de Estado, después de intentar esquivar a los acreedores, fue incapaz de saldar la deuda de Barca hasta 1889. AGA. AE, caja 54-7986, leg. 722. Nº 36, Minuta al Gobernador General de Cuba, 9-XI-1889.
- [xxxii] NARA. RG 59. Spain, Instructions. Nº 298, Mr. Frelinghuysen a Mr. Reed, 16-I-1885. Nº 329, Mr. Bayard a Mr. Foster, 18-IV-1885.
- [xxxiii] FRUS (App., 1894: 368-369). Nº 55, Mr. Curry a Mr. Bayard, 9-XII-1886.
- [xxxiv] Elizalde (1992: 195-212), Rubio (2004, II: 806-817).
- [xxxv] McWilliams (1978: 65-69).
- [xxxvi] FRUS (1881: 1.057-1.058, 1.061-1.063, 1.067). Documentos (1882).
- [xxxvii] Gros Espiell (1984: 93-94).
- [xxxviii] Documentos (1891). España quiso llegar más lejos al involucrarse en la disputa entre México y Guatemala. México era el país latinoamericano con el que España mantenía unas relaciones más estrechas y el más importante a los ojos de los gobiernos de la Restauración. Cuando Estados Unidos salió en defensa de Guatemala, España ofreció apoyo a México en privado y le propuso una alianza antinorteamericana de vagas características. Pero México hizo caso omiso de las quimeras españolas, Pi-Suñer & Sánchez Andrés (2001: 264-278).
- [xxxix] AMAE. Política, H 2412. Correspondencia, H 1480.
- [xl] NARA. RG 59. Spain, Instructions. Nº 299, Mr. Bayard a Mr. Curry, 12-VI-1888.
- [xli] Pike (1971: 31).
- [xlii] AGA. Presidencia del Gobierno, caja 51-3480, exp. 228. "Fragmentos de la Memoria de la Comisaría Regia de la Exposición Universal de Barcelona de 1888".
- [xliii] AGA, Presidencia, caja 54-1284. Reservado, Moret a Sagasta, 16-IV-1888.
- [xliv] NARA. RG 59. Spain, Instructions. Nº 292, Mr. Bayard to Mr. Curry, 18-V-1888.
- [xlv] Serrano (1987: 171-180).
- [xlvi] Gaceta de Madrid, 19-VI-1890, p. 777.
- [xlvii] Cassell (1985).
- [xlviii] Gaceta de Madrid, 10-I-1891, pp. 103-104.
- [xlix] Report (1895).
- [l] Rydell (1984: 38-71).
- [li] AGA. Presidencia, caja 54-1284. O'Donnell a Burd Grubb, 19-II-1891.
- [lii] Bernabéu (1987: 105-106).
- [liii] NARA. RG 59. Spain, Instructions. Mr. Adee a Mr. Burd Grubb, 19-V-1891.
- [liv] Pérez Jr. (1997: 55-81).
- [lv] La mejor síntesis reciente sobre las relaciones bilaterales entre 1895 y 1898 la ofrece Elizalde (2005).
- [lvi] LaFeber (1963: 285-300), Rubio (2004: 743-1003).
- [lvii] De la Torre (1997a: 526-537). Fundación Lázaro Galdiano (FLG). Archivo Cánovas, L 13-C 15-9. Dupuy de

Lôme a Cánovas del Castillo, 2-III-1896.

[lviii] De la Torre (1988: 73-89).

[lix] AMAE. Tratados, TR 423-1.

[lx] Cfr. el artículo de José Antonio Montero en este mismo dossier.

[Volver](#)

Resumen:

Las relaciones entre España y Estados Unidos en el último cuarto del siglo XIX vivieron una coyuntura singular debido a los cambios políticos en ambos países. La España de la Restauración entendió que para preservar la soberanía española sobre Cuba necesitaba buscar la amistad de los Estados Unidos mediante una política de concesiones comerciales. Éstos estuvieron dispuestos a resolver los conflictos pendientes con España, admitiendo su dominio sobre la Isla. Pero el sabotaje español de los acuerdos, el deterioro de la relación colonial y el crecimiento del poder de Estados Unidos condujeron finalmente al estallido de la guerra en 1898.

Palabras clave:

Estados Unidos, España, Cuba, América Latina, comercio internacional, reclamaciones, Cuarto Centenario.

Abstract:

In the last quarter of the 19th century, internal political transformations marked the course of U.S.-Spain relations. The leaders of the recently restored Spanish monarchy knew well that their country's sovereignty over Cuba required to keep in good terms with the United States and were ready to gain their friendship through a policy of commercial concessions. Once Reconstruction was over, the U.S. was ready to accept Spain's control of the island, provide the Spanish government acceded to settle all pending American claims for damaged suffered during the Ten Years War. Spain's inability to comply with the agreements, the deteriorating state of affairs in Cuba and the rising international power of the U.S. led to the outbreak of hostilities in 1898.

Keywords:

United States, Spain, Cuba, Latin America, international commerce, claims, Fourth Centenary.

Fecha de recepción: 22/11/2011

Fecha de aceptación: 03/01/2012

[Volver](#)

Imprimir

Artículos

UNA RELACIÓN EN CLAVE EUROPEA. ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS (1898-1939).

José Antonio Montero Jiménez

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

Introducción

La I Guerra Mundial y la neutralidad estadounidense (1914-1917)

España y el tablero estratégico estadounidense. La beligerancia norteamericana (1917-1918)

El desencanto de Versalles y la diplomacia económica de los años veinte (1918-1920)

Dificultades aparentes. Los años de la II República (1931-1936)

Una neutralidad inevitable. Los años de la Guerra Civil (1936-1939)

[Bibliografía](#)

[Notas](#)

Introducción

Después de la guerra de 1898 se inauguró una nueva etapa en las relaciones hispano-estadounidenses que podríamos caracterizar como de "normalización". A lo largo del siglo XIX los contactos entre Madrid y Washington habían estado determinados por la presencia de posesiones españolas próximas al territorio de los Estados Unidos: Luisiana primero, Florida después, y en último término Cuba y Puerto Rico[1]. En los veinte años anteriores al conflicto finisecular, España había sido incapaz de encontrar una vía para compatibilizar sus necesidades en tanto que nación europea con los condicionantes que imponía a sus interacciones con Estados Unidos el dominio sobre la Gran Antilla[2]. La derrota del noventa y ocho eliminó de las relaciones bilaterales este componente de excepcionalidad, abriendo la posibilidad de inaugurar una nueva era en que la dialéctica España-Estados Unidos discurrió en líneas generales por los mismos cauces que los contactos entre Washington y los países de Europa Occidental. La variable norteamericana de la política exterior española se europeizó así precisamente en el mismo momento en que arrancó el progresivo ascenso de los Estados Unidos al papel de superpotencia. Desde los años de la I Guerra Mundial las relaciones entre las naciones del Viejo Continente se vieron condicionadas irremisiblemente por la influencia, directa o indirecta, de los Estados Unidos. Por aquel entonces se plantaron igualmente las bases del desembarco intensivo de bienes e inversiones estadounidenses en Europa, que afectó significativamente a la Península Ibérica. Como pretende poner de manifiesto este breve ensayo, entre 1898 y 1936 España fue una variable más de los planes generales que el gobierno y los inversores norteamericanos concibieron para el conjunto de Europa occidental. Las aparentes dificultades que los mandatarios de la II República encontraron para agilizar sus contactos con Washington no fueron una excepción, pese a la importancia que les han otorgado algunos autores. Los treinta resultaron en general años de desencuentros políticos, comerciales y financieros entre las naciones europeas y los Estados Unidos, y los que tuvieron como protagonista a la España republicana no fueron ni mucho menos los más graves. La verdadera cesura en la europeización de las relaciones hispano-norteamericanas vino marcada por la Guerra Civil, cuyo resultado las volvió a dotar de unas particularidades que no comenzarían a ser vencidas hasta la década de 1970[3].

La I Guerra Mundial y la neutralidad estadounidense (1914-1917)

En el período que medió entre la guerra de 1898 y la primera contienda mundial el diálogo entre Madrid y Washington, y en líneas generales el mantenido entre los Estados Unidos y las naciones europeas, se caracterizó por su baja intensidad. La carencia de intereses comunes de relevancia en los terrenos político y comercial hizo que el principal objetivo de los Estados Unidos hacia España pasara por ofrecer muestras de buena voluntad para con el país que acababan de derrotar. Unas intenciones que quedaron plasmadas en el Tratado de Amistad y Relaciones Generales firmado en 1902 y ratificado al año siguiente. Por su parte, salvo en casos muy concretos los gobiernos de Alfonso XIII se esforzaron por olvidar lo antes posible las heridas abiertas por su derrota frente a la gran potencia americana. A finales de la primera década del siglo XX esta tendencia hacia la normalización comenzó a dar sus frutos, con la progresiva introducción en la dialéctica bilateral del componente comercial, como pusieron de manifiesto los acuerdos arancelarios de 1906 y 1909[4].

Este lento proceso de readaptación de las relaciones España-Estados Unidos se aceleró considerablemente a partir de agosto de 1914. Norteamérica vio el estallido de la Guerra como una constatación de la idoneidad de ese viejo postulado de su acción exterior que abogaba por mantenerse al margen de las disputas políticas que corroían irremisiblemente al Viejo Continente. Una prevención que no impidió a los ciudadanos norteamericanos aprovechar el conflicto para acelerar su expansión comercial y financiera a nivel internacional, sacando ventaja de la debilidad de las potencias europeas para introducirse en mercados donde hasta el momento les había resultado difícil competir. Europa Occidental se presentó entonces como un escenario idóneo en el que distribuir

las más variadas exportaciones estadounidenses, y comenzar a sondear posibilidades de inversión. Por su parte, España asoció el estallido del conflicto con una cierta sensación de inseguridad. El enfrentamiento entre la Entente y las Potencias Centrales rompió los esquemas de seguridad en que se habían venido insertando los gobiernos españoles desde 1904, y dejó a éstos sometidos a los avatares de la guerra y a las presiones encontradas de los dos bandos en liza. Por otra parte, una nación que, como España, dependía del suministro externo para el correcto funcionamiento de su maquinaria económica, se vio forzada a buscar en otros mercados una gran parte de los productos que venía importando de las naciones beligerantes. En los dos campos mencionados –resistir las coacciones de los beligerantes y mantener el flujo de las importaciones– España se vio forzada a buscar el concurso de los Estados Unidos[5].

Desde el otoño de 1914, los diplomáticos españoles y estadounidenses mantuvieron contactos y conversaciones informales relativos a aspectos del esfuerzo bélico de alguno de los bandos que afectaban directamente a sus intereses comerciales o estratégicos. Sin embargo, no fue hasta el año 1916 cuando el gobierno de España se vio en la necesidad imperante de reclamar el apoyo de Washington para buscar la resolución de algunos de los problemas que la enfrentaban tanto con la Entente como con las Potencias Centrales. En abril de ese año, el Conde de Romanones propuso al Embajador de los Estados Unidos, Joseph Edward Willard, la emisión de una nota conjunta de protesta a Berlín por los ataques indiscriminados llevados a cabo por sumergibles alemanes contra embarcaciones civiles. Unas acciones que estaban provocado la pérdida de vidas estadounidenses y de numerosos barcos mercantes españoles. Poco después, en otoño de ese año, el ejecutivo hispano propuso a los norteamericanos la coordinación de las políticas de los dos países en relación con la petición aliada de que se prohibiera a los submarinos alemanes fondear en puertos neutrales –algo que estaba permitido en función de los acuerdos de la Haya de 1907. En ambos casos Washington declinó la oferta. Los Estados Unidos no venían ninguna ventaba en el hecho de sacrificar su tan querida independencia de acción en beneficio de una pequeña potencia con la que no les unía más que la común neutralidad frente al conflicto.

Mayores resultaron las perspectivas de colaboración en el terreno económico. Desde 1913, los representantes de la administración Wilson en España se habían marcado como objetivo la intensificación de los flujos comerciales hispano-norteamericanos. El inicio de la guerra permitió dar un nuevo impulso a esa determinación, y la Península Ibérica fue incorporada a los planes de penetración mercantil y financiera en Europa occidental. En diciembre de 1914, poco después de la creación de cuerpo de agregados comerciales del Departamento de Comercio, se comisionó a Charles W. A. Veditz para que ejerciera el cargo en una jurisdicción que incluía a Francia, España y Portugal. Tanto el nuevo agregado como los diplomáticos de los Estados Unidos supieron aprovechar la creciente necesidad española de productos norteamericanos como el carbón, el trigo o el cobre, para forzar a los ejecutivos de Madrid a retirar parte de los obstáculos que lastraban la entrada de mercancías estadounidenses en la Península. Así, los Estados Unidos lograron que España eliminara una tasa de transportes que discriminaba a la hulla norteamericana frente a la británica, y que se abstuviera de poner en práctica cualquier subida arancelaria de envergadura. Por otra parte, Veditz se encargó de asesorar y allanar el camino a diversas empresas norteamericanas interesadas en invertir dentro del territorio español, tales como el National City Bank o su filial, la American International Corporation. Asimismo, gracias a los esfuerzos conjuntos del agente comercial, los representantes diplomáticos y consulares estadounidenses, y de los representantes en España de diversas corporaciones norteamericanas –caso de la Westinghouse o la United States Steel Products– se dieron los primeros pasos para la creación, en octubre de 1917, de la Cámara de Comercio Americana de Barcelona. La función de esta nueva institución pasaba por agrupar y coordinar a las distintas casas mercantiles o empresariales estadounidenses que contaran con intereses en España o que desearan instalarse en ella. La conjunción de los esfuerzos expansivos norteamericanos con las circunstancias derivadas de la coyuntura bélica propició que los Estados Unidos pasaran de ocupar en 1913 un modesto cuarto puesto en el capítulo de las importaciones españolas –con una cuota del 11,84%– a copar la primera posición en 1917, cuando más de la mitad –un 56,65%– de los productos que España compraba al exterior provenían de Norteamérica. Nos encontramos aquí con los orígenes de uno de los principales lastres que caracterizó la balanza comercial española a lo largo de todo el período de entreguerras: el elevado déficit comercial que arrojaban los intercambios trasatlánticos[6].

España y el tablero estratégico estadounidense. La beligerancia norteamericana (1917-1918)

La intervención estadounidense en la contienda tuvo lugar tras la decisión alemana de recurrir nuevamente a la guerra submarina ilimitada. La ruptura de relaciones germano-norteamericanas de febrero de 1917 dio paso a la declaración de guerra aprobada por el Congreso de el 6 de abril. Desde ese momento, los Estados Unidos hubieron de someter toda su actuación exterior al primordial objetivo de obtener la victoria frente a Alemania en el lapso de tiempo más breve posible. Los anteriores planes de extensión comercial y financiera pasaron a un segundo plano, y por primera vez en la historia, el Viejo Continente se convirtió para los Estados Unidos en un tablero estratégico. Dentro de estos nuevos esquemas, toda Europa quedó incorporada al tablero estratégico de los decisores estadounidenses, y su política hacia los países de Europa que permanecían neutrales se guió por dos principios: evitar que éstos prestasen ningún tipo de ayuda a las Potencias Centrales, y forzarles a convertirse en auxiliares y abastecedores del esfuerzo bélico de los Estados Unidos en particular, y de los aliados en general[7].

La España de 1917 se desenvolvía en unas circunstancias cada vez más delicadas. La prolongación en el tiempo del conflicto bélico había agravado significativamente el problema del abastecimiento de materias primas y productos básicos provenientes del extranjero. Esto ocasionaba continuas subidas en los precios de las mercaderías de primera necesidad, provocando una crisis de subsistencias que se convirtió en uno de los caldos de cultivo de la conocida como Crisis de 1917: el golpe más serio dado al régimen de la Restauración desde su inicio más de cuarenta años atrás. A la marcada desestabilización interna, manifestada por la sucesión de efímeros gabinetes ministeriales, vinieron a sumarse las crecientes coacciones que ejercían sobre España los diversos gobiernos beligerantes, afectados a su vez por síntomas evidentes de cansancio. La intensificación de la actividad submarina alemana dio lugar a una renovada oleada de ataques contra barcos mercantes españoles –

ochenta y uno fueron echados a pique entre agosto de 1915 y finales de mayo de 1918. Por su parte, los gobiernos de la Entente no cejaron en su empeño de forzar a Madrid a tomar una postura de clara enemistad frente a las Potencias Centrales, o cuando menos de neutralidad benévola hacia los aliados. Todo lo cual tenía lugar precisamente en el momento en que el principal proveedor comercial de España se incorporaba a la contienda, y endurecía significativamente su política en relación con las naciones neutrales[8].

Desde los últimos meses de 1917, los Estados Unidos fueron incorporándose a la estrategia aliada de presionar a España para que adoptase una postura de mayor firmeza ante aquellas acciones que suponían una violación de su neutralidad por parte de Alemania. La Embajada de los Estados Unidos en Madrid protestó con creciente vigor cada vez que tenía lugar algún hecho que dejaba en evidencia la debilidad hispana frente a las Potencias Centrales. Así ocurrió cuando en octubre de 1917 se fugó del puerto de Cádiz un submarino alemán retenido allí por las autoridades españolas: el U-293. Igualmente, tras el aparente hundimiento en aguas territoriales de España, el mes de abril del año siguiente, del carguero estadounidense City of Pensacola, el Departamento de Estado acusó al gobierno de Antonio Maura de haber permitido que las costas peninsulares se convirtieran en centros de auxilio para los submarinos de Berlín. Sin embargo, era poco lo que España podía hacer frente a las conminaciones de las conocidas como Potencias Asociadas –la Entente más los Estados Unidos-. Desde Madrid se temía que cualquier protesta frente a Alemania sirviese meramente para que ésta redoblara sus ataques, o incluso amenazase a los españoles con la guerra. Sin embargo, a lo largo del verano de 1918 la situación se agravó hasta el extremo de que el gabinete de concentración presidido por Maura se vio obligado a actuar. El 11 de julio de 1918 los germanos hundieron el vapor Roberto, en que viajaba el Ministro Plenipotenciario de España en Grecia. Dos días después hicieron lo propio con el carguero Ramón de Larrinaga, cuyas bodegas iban llenas del preciado petróleo norteamericano. Vistos los hechos, el 10 de agosto el gabinete español anunció que, a partir de ese día, cualquier barco español que resultase hundido a manos de un submarino sería sustituido mediante la incautación de una de las numerosas naves alemanas fondeadas en puertos peninsulares. Por toda respuesta, el 1 de septiembre el embajador de Alemania en España declaró que la expropiación de sus barcos sería considerada por Berlín como motivo de guerra. Atrapado entre la espada y la pared, el Ministro de Estado, Eduardo Dato, se puso en contacto con las oficinas de exteriores de Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, inquiriéndoles qué apoyos podrían prestar a España en caso de verse forzada a declarar la guerra a Alemania. La respuesta de los aliados fue todo menos alentadora. La Entente y Norteamérica habían visto con buenos ojos el desafío planteado por el gobierno de Maura el 10 de agosto. Sin embargo, preferían una España neutral, capaz de abastecer a los aliados, que una beligerante cuya debilidad militar forzaría a desviar recursos de los campos de batalla. A las autoridades españolas no les quedó otra salida que desdecirse de sus amenazas a Alemania y negociar con ella una magra indemnización por las pérdidas de su marina mercante[9].

Un ambiente similar de tensión impregnó por entonces las relaciones comerciales hispano-estadounidenses. A lo largo de los últimos meses de 1917, los Estados Unidos comenzaron a decretar embargos sobre los artículos exportables a países neutrales. Su intención era la de utilizar estas restricciones como arma negociadora para forzar a las naciones europeas ajenas al conflicto a prestar servicios al bando aliado. Particularmente perjudiciales para los intereses de España resultaron los embargos sobre el carbón, el petróleo –decretados ambos el 9 de julio de 1917-, y el algodón –decidido a finales de noviembre-, productos necesarios todos ellos para mantener en funcionamiento la industria del país, y que era imposible obtener en otros mercados. Asustado por la perspectiva de un mayor desabastecimiento, y por tanto de mayores desórdenes públicos, el gobierno español se vio obligado a convenir un acuerdo comercial con los Estados Unidos, concluido por intercambio de notas el 7 de marzo de 1918. A cambio de licencias para importar desde Norteamérica 35.000 balas de algodón, 4.000 toneladas de petróleo, así como cantidades menores de metales, productos químicos y otras mercancías, España hubo de comprometerse a proporcionar al ejército norteamericano una cantidad significativa de pertrechos –desde cebollas y jamones hasta mantas. Aparte, para que los estadounidenses accediesen a cerrar el trato, había sido necesario que el gobierno español convenciera a un sindicato de banqueros para prestar 350 millones de pesetas a las autoridades francesas, en unas condiciones que los financieros no se habían mostrado dispuestos a aceptar en un principio.

El Pacto de marzo supuso sin duda un gran alivio para el gobierno de Madrid, pero éste no se vio libre de ulteriores coerciones provenientes de los Estados Unidos. Los norteamericanos se pasaron la primavera y parte del verano de 1918 buscando infructuosamente que España pusiera parte de su marina mercante al servicio de las necesidades de transporte aliadas. Mayor éxito cosecharon las solicitudes de Washington por arbitrar algún mecanismo de financiación del gobierno bilateral que ralentizase la creciente devaluación del dólar frente a la peseta. En este caso, se concluyeron el 29 de agosto de 1918 dos nuevos acuerdos: uno entre el gobierno español y el estadounidense, y otro de los Bancos Urquijo y de Barcelona con un agente financiero norteamericano. En virtud de este nuevo compromiso, las dos entidades crediticias se comprometieron a formar un consorcio financiero que pondría en manos de los agentes de compras de los Estados Unidos en España una línea de crédito de hasta 150 millones de pesetas. Cantidad que una serie de bancos norteamericanos se encargarían de avalar mediante el depósito en Nueva York de su equivalente en dólares. El crédito sería devuelto con las pesetas obtenidas por los Estados Unidos gracias a las ventas a España de algodón, petróleo y otros productos[10].

Una prueba de la importancia que llegó a tener España dentro de los planes de guerra estadounidenses fue la presencia en aquel país de una oficina del Comité de Información Pública (Committee on Public Information, en adelante CPI). Este organismo, creado en abril de 1917 y puesto bajo la dirección del publicista y periodista George Creel, se encargó de ejercer labores propagandísticas destinadas a sostener el esfuerzo bélico norteamericano mediante la difusión de los ideales wilsonianos. España fue la primera nación neutral en contar con una sucursal del CPI, liderada por Frank J. Marion, presidente de la cinematográfica Kalem Company. Éste recibió su nombramiento en noviembre de 1917, apenas un mes después de que se hubiera dado luz verde para abrir en Rusia la rama internacional del Comité. Tres fueron las ramas principales de la actividad de Marion y sus subordinados en territorio español: la difusión de películas que pusiesen de relieve el avance económico, social y cultural alcanzado por los Estados Unidos; la creación de un servicio de noticias sobre la actitud y los progresos norteamericanos frente a la guerra, destinadas a aparecer principalmente en los periódicos de provincias; y la

contratación de escritores españoles que pusiesen el prestigio de sus firmas al servicio de la causa estadounidense. A la hora de llevar adelante sus tareas, el CPI contó con el asesoramiento de algunas personalidades destacadas –caso de Rafael Altamira-, y el apoyo de diversos negocios y particulares norteamericanos establecidos en España[11].

El desencanto de Versalles y la diplomacia económica de los años veinte (1918-1920)

Entre 1918 y 1920 los Estados Unidos dieron un nuevo giro a su actitud internacional. Las desilusiones inherentes a la no concreción de las expectativas asociadas con la victoria, y los problemas sociales y económicos que sucedieron a la paralización de la maquinaria bélica, incitaron a una gran parte de los norteamericanos a rechazar el experimento que había supuesto la primera incursión de su país en los asuntos europeos. La política exterior de los Estados Unidos pasó de estar centrada en la consecución, durante la Conferencia de Versalles, de un orden internacional favorable a sus intereses, a propugnar nuevamente, desde los primeros años veinte, el retraimiento respecto de los problemas políticos que enfrentaban a las naciones del Viejo Continente. No obstante, esta actitud careció de correlato en el terreno económico. Si bien el Congreso norteamericano se dispuso a decretar importantes medidas de protección de la producción interna –como la Emergency Tariff Act de 1921 o la Fordney-McCumber Tariff de 1922-, el ejecutivo y un amplio abanico de intereses privados decidieron aprovechar la circunstancia de que los Estados Unidos habían salido de la contienda como la primera potencia económica mundial para continuar con el proceso de crecimiento de las inversiones y el comercio norteamericano en el exterior. A la altura de 1929, las exportaciones de los Estados Unidos hacia Europa habían más que doblado a las de 1913, pasando de 1.479 a 2.340 millones de dólares. De la misma forma, la inversión directa en el extranjero pasó de 694 millones de dólares en 1919 a 1.340 diez años después. Un proceso que vino en su conjunto marcado por la idea de que un mundo integrado económicamente, y no la participación política directa en los foros internacionales, constituiría la mejor garantía para el mantenimiento de la paz[12].

España se asomó a la posguerra sumida en la inestabilidad política y los desastrosos efectos causados por la paralización del ciclo económico de la Gran Guerra. Problemas ambos que terminaron propiciando el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Ahora bien, las dificultades no impidieron que las autoridades españolas siguieran persiguiendo su propósito de colocar al país en una posición cercana a la de las grandes potencias. Tal fue el objetivo de Romanones y sus sucesores a la hora de afrontar los meses de la Conferencia de Versalles, así como de la reivindicativa actitud de la diplomacia primorriverista durante el año 1926. En el campo de la economía, la crisis post-bélica sirvió para seguir adelante con la política nacionalista iniciada ya antes de 1914, y que ahora quedó simbolizada por el restrictivo Arancel Cambó de 1922. No obstante, la continuada dependencia de los productos y la financiación del exterior llevaron a las autoridades españolas a arbitrar medios que propiciasen una agilización de los intercambios –como la Ley de Autorizaciones de 1922-, y permitieran un crecimiento de la inversión exterior[13].

Como hemos visto, la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial fue seguida de una significativa intensificación de los contactos hispano-norteamericanos a todos los niveles –político, económico, ideológico, etc.-. De esta manera, cuando entró en vigor el armisticio del 11 de noviembre de 1918, los Estados Unidos se habían convertido en una variable fundamental de la política exterior española. Esta eventualidad propició que fuera Woodrow Wilson a quien el Conde de Romanones eligió para hacerle partícipe principal de las intenciones de España frente al nuevo orden de la posguerra. Tal fue la tarea que pretendió realizar Álvaro de Figueroa en la entrevista que mantuvo con el inquilino de la Casa Blanca en el Hotel Crillon de París el 20 de diciembre de 1918. Para su encuentro, Romanones preparó una agenda que incluía los principales asuntos que iban a dominar las relaciones bilaterales durante los meses en que se prolongaron las reuniones de Versalles. En primer lugar, el Conde deseaba ver a su país representado en las discusiones parisinas, ya que a su juicio España tenía derecho a ello en virtud de su estatus como país neutral más importante. En segundo lugar, el gobierno español quería que se le tuviera en cuenta a la hora de afrontar la organización del experimento wilsoniano de Sociedad de Naciones. En tercer lugar, el país más grande de la Península Ibérica reclamó su derecho a ser indemnizado por las cuantiosas pérdidas sufridas como consecuencia de los ataques de los submarinos alemanes. Y por último, España buscó un claro reconocimiento de su posición en el protectorado marroquí, así como el control de la ciudad portuaria de Tánger.

En la mayoría de estos asuntos, las perspectivas hispanas se vieron nuevamente defraudadas. El único valor que podía tener España dentro de la estrategia norteamericana del momento era el de ser captada como aliada ante cualquier problema futuro en que pudieran verse envueltos los Estados Unidos a nivel europeo. Un activo que fue perdiendo cotización al quedar claro que la sociedad norteamericana derivaba hacia postulados aislacionistas. Por otra parte, tratar de complacer alguno de los deseos españoles podía suponer a la delegación norteamericana mayores enfrentamientos con los representantes ingleses, franceses e italianos, que ya de por sí se estaban mostrando muy reticentes ante algunos de los diseños del Presidente Wilson. Así pues, ni a España ni a ninguno de los neutrales se le permitió tener voz en la conferencia de Versalles. Igualmente, el gobierno de Madrid hubo de conformarse con aceptar el plan de Sociedad de Naciones diseñado por los aliados, y ocupar en el Consejo del organismo el puesto que aquéllos le habían asignado. En el capítulo de indemnizaciones, los españoles no recibieron más que los seis barcos que ya les había cedido el gobierno de Berlín antes del armisticio, y que constituían una magra compensación por las decenas de naves mercantes desaparecidas en alta mar. Sólo en lo relativo a la cuestión marroquí tuvieron en cuenta los Estados Unidos y Gran Bretaña los intereses de España, y no en el sentido pretendido por esta última. En una reunión del Consejo de los Cuatro celebrada el 25 de febrero de 1919, los franceses reivindicaron que sus derechos en Marruecos primaban sobre los de España, y reclamaron a su vez la posesión del enclave tangerino. Los Estados Unidos –que no habían reconocido el protectorado español pero sí el francés en 1917-, temían que una dominación total del sultanato alauí por parte de Francia fuera perjudicial para sus intereses en la zona, más emblemáticos que reales. Dentro de la política exterior norteamericana, Marruecos había constituido siempre un enclave simbólico sobre el que poner en práctica la defensa del principio de libertad de comercio para todas las potencias –lo que se conoce como política de Puerta Abierta u Open Door Policy-. Por su parte, Gran Bretaña seguía sin querer ver a Francia situada frente

al Estrecho de Gibraltar. Por ello, ingleses y norteamericanos se apoyaron en los derechos españoles sobre el Norte de África para lograr en mantenimiento del statu quo en la zona y avalar la administración internacional de la ciudad de Tánger[14].

Fue precisamente la cuestión marroquí el único asunto de talante eminentemente político que siguió estando presente en la dialéctica España-Estados Unidos a lo largo de la década de 1920. El gobierno español trató de explotar en su propio beneficio el descontento norteamericano tanto con algunas de las disposiciones francesas relativas a Tánger, como con el Estatuto de la ciudad concluido en 1923. En octubre de 1922, tras haber logrado Francia la concesión para el desarrollo y la explotación del puerto de Tánger, España trató de asociar al gobierno de Washington en una protesta contra la política marroquí de París. Posteriormente, en el verano de 1926, el ejecutivo de Primo de Rivera buscó la ayuda norteamericana para forzar la convocatoria de una conferencia internacional que renegociase el citado Estatuto del veintitrés, que España había aceptado a regañadientes y los Estados Unidos se habían negado a reconocer. En ambas ocasiones las maniobras de Madrid resultaron inútiles. Cualquiera que fuese el valor de Tánger a la hora de emprender la defensa de la Open Door Policy, el sentimiento aislacionista imperante en Norteamérica era lo suficientemente fuerte como para instar a su gobierno a no intervenir en lo que a todas luces era una disputa política entre Gran Bretaña, Francia, Italia y España. No obstante, es cierto que en 1926 el Secretario de Estado Frank B. Kellogg mostró cierto interés en la propuesta de conferencia internacional sobre Tánger. Sin embargo, en esa ocasión fue el propio gobierno español quien se encargó de desactivar su propia política. La Dictadura defraudó las esperanzas de los Estados Unidos al desechar repentinamente la idea del encuentro internacional tan pronto como Francia accedió a tratar privadamente con España una renegociación del texto estatutario de 1923. Por otra parte, la década acabó sin que Madrid y Washington se hubieran puesto de acuerdo a la hora de lograr el reconocimiento norteamericano de la zona española del protectorado marroquí[15].

En el campo económico, la importancia comercial de los Estados Unidos para España se mantuvo después de la guerra. Aquéllos siguieron siendo los principales proveedores del mercado español –copando un promedio del 22,74% de las importaciones de España entre 1920 y 1929–, gracias principalmente a las ventas de algodón y petróleo. Igualmente, Norteamérica se convirtió en un destino relevante para algunas mercancías peninsulares, caso del corcho, el mercurio y diversos productos alimenticios –aceite de oliva, cebollas, etc. De hecho, a lo largo de toda la década los Estados Unidos ocuparon en el capítulo de las exportaciones españolas un tercer puesto permanente –con una cuota media del 11,26%–, por detrás tan sólo de Francia y Gran Bretaña. Esta situación se conjugó a la perfección con los continuados deseos estadounidenses de afianzar y expandir su presencia comercial y financiera en el mercado europeo, en el que quedaba claramente incluida España. Son todas estas circunstancias las que dan cuenta, a lo largo de los años veinte, tanto de la voluntad norteamericana como de la disponibilidad española para negociar un acuerdo comercial bilateral que actualizase las bases jurídicas de los intercambios hispano-estadounidenses. Sin embargo, no se trataba de un empeño fácil. Las legislaciones tarifarias de ambos países revestían serias incompatibilidades. En 1923, un año después de la aprobación del citado arancel Fordney-McCumber, los Estados Unidos adoptaron la cláusula incondicional de nación más favorecida como principio rector de sus relaciones comerciales. En cambio, la Ley española de Autorizaciones se basaba en el postulado de la negociabilidad, apostando por ajustar particularmente con cada país reducciones mutuas de los aranceles. Una estrategia totalmente contraria a la doctrina de la nación más favorecida. Aparte de todo ello, cuando en 1923 los Estados Unidos y España abrieron sus rondas de negociación comercial, se coaligaron otros factores que imposibilitaron durante mucho tiempo la redacción de un acuerdo. En primer lugar, la dubitativa actitud de las autoridades españolas, que se debatían constantemente entre los arrebatos nacionalistas y la necesidad que tenían sus nacionales del mercado norteamericano. En segundo lugar, la pugna de intereses en el seno de la administración estadounidense, donde la actitud aperturista de los Departamentos de Estado y Comercio, así como de amplios sectores empresariales y mercantiles, chocaba frontalmente con las corrientes proteccionistas mayoritarias en el Congreso y entre los agricultores. Un conflicto que imposibilitó beneficiar a España con determinadas concesiones que hubieran allanado el camino hacia el acuerdo. Y en tercer lugar, los embargos que el Departamento de Agricultura decretó en enero de 1924 y febrero de 1925 contra la entrada en los Estados Unidos de uvas y naranjas españolas, supuestamente infectadas por la mosca mediterránea. Unas restricciones que levantaron las iras de la dictadura primorriverista, y entorpecieron todavía más el proceso negociador. Así las cosas, la definición del estatus comercial bilateral hubo de irse haciendo a través de modus vivendi provisionales, cerrados en octubre de 1923, abril de 1924 y mayo de 1925. Finalmente, ante la imposibilidad de lograr un acuerdo definitivo, y dados tanto los deseos estadounidenses de mantener su presencia mercantil en España, como la importancia para ésta del comercio con Norteamérica, se concluyó un modus vivendi indefinido en noviembre de 1927. Según sus términos, ambos países disfrutarían mutuamente del trato de nación más favorecida hasta que las circunstancias hicieran posible cerrar un convenio más formal[16].

La misma dinámica que rigió las relaciones comerciales imperó a la hora de definir el futuro de las inversiones norteamericanas en España. Los gobiernos de Madrid se vieron obligados a combinar sus deseos de protección y fomento de la industria nacional con la necesidad del apoyo y la financiación extranjeros a la hora de avanzar en la modernización del país. Por su parte, las autoridades de Washington procuraron prestar apoyo a aquellas empresas norteamericanas que quisieron sacar partido de la coyuntura post-bélica para instalarse en la Península Ibérica. Con el conocimiento o el soporte de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid llegaron a España firmas como Ford Motor Company –que en 1920 abrió una planta de ensamblaje en el puerto de Cádiz–, y entidades de crédito como el National City Bank –que estableció sucursales en Madrid y Barcelona–. Muchas de estas corporaciones habrían de enfrentarse a los intentos del ejecutivo español de fiscalizar y limitar la actividad de los intereses foráneos. El gigante automovilístico de Detroit se vio ocasionalmente sometido a gravámenes arancelarios que le dificultaban seriamente la tarea de competir en España con los fabricantes de coches europeos. No obstante, Ford pudo continuar con sus actividades, y en 1923 trasladó su fábrica a Barcelona. Por su parte, el National City Bank se pasó la mayor parte de la década luchando contra una nueva legislación que pretendía gravar a los bancos extranjeros con un impuesto calculado en función no sólo de sus actividades en España, sino también de su capital y sus beneficios a nivel global. La norma forzó al Citibank a transferir sus oficinas en territorio hispano a una filial de menor tamaño, la International Banking Corporation. No obstante, las continuadas protestas de las compañías financieras propiciaron que el gobierno del Marqués de Estella retirase el

polémico impuesto en noviembre de 1929[17].

El mayor perjuicio para una compañía estadounidense vino de la mano del principal proyecto nacionalizador del primorriverismo: la creación en 1927 del monopolio para la distribución y la venta de petróleo. El decreto afectó principalmente a las sucursales de la anglo-holandesa Royal Dutch-Shell –la Sociedad Petrolífera Española-, de la norteamericana Standard Oil Company –Industrias Babel y Nervión y Sociedad Española de Compras y Fletamentos- y a las francesas Desmarais Frères y Marca El León. Todas ellas emprendieron un largo y tortuoso combate para lograr de la Dictadura lo que consideraban una indemnización justa. Sin embargo, la Shell hubo de abandonar prematuramente el litigio ante la falta de apoyos por parte del Foreign Office. Por su parte, la Standard y las compañías galas se unieron con sus respectivos gobiernos en una estrategia común franco-norteamericana que acabó arrojando sus frutos en la primavera de 1929. Para entonces, sus presiones habían hecho mella en la delicada situación de la economía española, enfrentada a un déficit presupuestario continuado y a la persistente devaluación de la peseta. Así, en mayo de 1927 Primo de Rivera accedió a pagar 24,5 millones de pesetas a Industrias Babel y Nervión –la Sociedad Española de Compras y Fletamentos había sido liquidada meses antes con 5,9 millones en acciones de CAMPSA-, 22,9 a Marca El León y 7,8 a Desmarais Frères[18].

Si la mayor parte de las multinacionales norteamericanas optaron por oponerse frontalmente al nacionalismo español, hubo una que buscó utilizar precisamente los resortes de dicho nacionalismo para organizar con éxito sus actividades en la Península. Nos referimos a la International Telephone and Telegraph Company (ITT), cuyos directivos se aliaron con el Banco Urquijo para beneficiarse de la práctica monopolística del gobierno. A través de la creación de una filial –la Compañía Telefónica Nacional de España-, la ITT logró hacerse en agosto de 1924 con la explotación y desarrollo del sistema telefónico español. Aunque la empresa contó para sus proyectos con la colaboración del entonces Embajador de los Estados Unidos en España, Alexander Pollock Moore, éste recibió una reprimenda del Departamento de Estado, que desaprobaba en principio cualquier tipo de práctica monopolística. Sin embargo, en los años siguientes el gobierno norteamericano acabaría venciendo sus recelos iniciales hacia la ITT, para desarrollar una estrecha colaboración con la que se convirtió en la inversión estadounidense más importante dentro el territorio peninsular[19].

Dificultades aparentes. Los años de la II República (1931-1936)

La actuación internacional de los Estados Unidos a lo largo de la década de 1930 estuvo condicionada irremisiblemente por la crisis económica desatada en octubre de 1929. Ésta sirvió para reforzar las tendencias aislacionistas y exclusivistas que habían venido definiendo en años anteriores la política exterior del país. El crack tuvo como una de sus consecuencias más significativas la paralización de los circuitos comerciales internacionales, y con ella una disminución significativa de las exportaciones norteamericanas. Las ventas a Europa de productos estadounidenses cayeron de 2.340 millones de dólares de 1929 a 1.838 en 1930, 1.130 en 1931 y 748 en 1932. De la misma forma, el capital invertido de forma directa en el Viejo Continente apenas creció a lo largo de todo el decenio –pasó de 1.340 millones de dólares en 1929 a 1.420 en 1940-, disminuyendo significativamente en países como Francia –de 90,3 millones a 46,5. Ante esta situación, y a pesar de los esfuerzos del Presidente Hoover por encontrar una salida internacionalizada a la crisis, los Estados Unidos acabaron exhibiendo una actuación individualista, que quedó simbolizada en la intransigente actitud de Franklin Delano Roosevelt durante la Conferencia Económica Mundial de Londres, el año 1933. Por su parte, el Congreso norteamericano optó por una política mercantil mucho más proteccionista, materializada en el Arancel Smoot-Hawley de 1930, que elevó alrededor de un tercio la mayor parte de las tarifas a la importación. Todo ello sin que el ejecutivo estadounidense abandonase su pretensión de conservar los mercados exteriores, así como de preservar las inversiones exteriores que no se hubieran visto precisadas a repatriar sus capitales como consecuencia de la Depresión. Por otra parte, la creciente inestabilidad de la situación internacional a partir de la crisis desatada con la invasión japonesa de Manchuria en 1931, contribuyó a fortalecer la opinión de aquéllos norteamericanos que abogaban por una fuerte desvinculación respecto de los asuntos políticos de Europa. Una corriente de pensamiento que se tradujo en las conocidas Leyes de Neutralidad de 1935, 1936 y 1939[20].

La acción exterior de la Segunda República hubo, por tanto, de desarrollarse en un escenario poco favorable. Los prohombres del régimen de abril de 1931 no renunciaron a dotar a España de un papel relevante en la escena internacional, y sobre todo en los asuntos europeos. Sin embargo, decidieron utilizar para ello medios e ideas distintos a los de sus predecesores. La constitución republicana declaró su apego a los principios de cooperación internacional simbolizados por la Sociedad de Naciones. Pero lo hizo en un momento en que los postulados internacionalistas que sustentaban al organismo ginebrino comenzaban a mostrar claros signos de crisis. Por ello, durante su breve existencia, la República se vio forzada a bascular progresivamente desde una actitud cooperativa a otra claramente neutralista, que le permitiera quedar al margen del conflicto europeo que se oía en el ambiente. Una transformación que se vio igualmente favorecida como consecuencia de la coyuntura económica de los primeros treinta. La crisis afectó seriamente al comercio exterior de España, todavía dependiente de las importaciones y con una balanza de pagos claramente deficitaria. Sus exportaciones bajaron significativamente, desde los 2.456 millones de pesetas de 1930 a los 990 de 1931 y los 742 de 1932. Asimismo, las compras al exterior descendieron en esos mismos años de 1.175 millones a poco más de 975. Ante esta situación, los gobiernos de Madrid se vieron obligados a esforzarse para procurar la reconstrucción de sus intercambios mercantiles. Una tarea nada sencilla, habida cuenta de su continuado proteccionismo, y de la necesidad de compaginarlo con las políticas de otros países como Gran Bretaña y Francia, que buscaban igualmente escapar del trance depresivo. Y todo ello en medio de una continuación del ciclo bajista de la peseta, que obligó a los republicanos a buscar en el extranjero préstamos que ayudasen a equilibrar la debilitada divisa española[21].

La escasa historiografía existente al respecto ha hecho mucho hincapié en la existencia en los medios oficiales de Washington de una predisposición negativa frente al régimen republicano. Según Douglas Little, el Departamento de Estado habría sido incapaz de distinguir entre las diferentes familias del espectro republicano, y las habría identificado en bloque con el comunismo. Sin embargo, un análisis detallado de la documentación permite descartar esta idea. Es cierto que, al igual que ocurrió en las cancillerías británica y alemana, la proclamación de

la Segunda República suscitó recelos entre los funcionarios estadounidenses. La sensación de desconfianza fue además alimentada en un principio por el Embajador norteamericano en Madrid, el filomonárquico Irwin Laughlin. Este diplomático hizo en abril el alarmante anuncio de que el nuevo régimen republicano podía acabar cediendo ante las influencias bolcheviques, y recomendó a sus superiores que retuvieran el reconocimiento del gobierno provisional a la espera de acontecimientos. En Washington decidieron seguir este consejo, pero su inacción estaba destinada a durar poco tiempo. El día 17 de abril Francia dio el visto bueno al ejecutivo de Alcalá-Zamora, forzando al resto de potencias a seguir sus pasos. Así, Gran Bretaña extendió el correspondiente reconocimiento el 22 de ese mismo mes, poco antes de que lo hicieran, ese mismo día, los Estados Unidos. Antes de tomar este paso, el Departamento de Estado había recabado seguridades de que las nuevas autoridades españolas respetarían las propiedades de los extranjeros residentes en la Península. Meses después, tanto Laughlin como varios de los funcionarios a su cargo se desdijeron de los palabras, mostrándose confiados en el rumbo del nuevo régimen, varias de cuyas reformas consideraban de hecho necesarias. El cinco de mayo de 1931 el Embajador afirmaba tranquilizador que "cada día que transcurre pacíficamente es un buen día, ya que refuerza los elementos del sentido común"[22]. Un estado de opinión que mejoró tras la llegada a Madrid, en mayo de 1932, de un Embajador norteamericano claramente favorable a la República: el periodista e historiador Claude G. Bowers[23].

Es igualmente cierto que la primera mitad de los años treinta vino definida por la presencia de una serie continuada de problemas que enturbiaron las interacciones entre el Departamento de Estado y su homólogo español. Sin embargo, éstas no responden a una peculiaridad de los contactos bilaterales, ya que roces similares se repitieron en las relaciones entre los Estados Unidos y distintos países europeos, consecuencia de las políticas nacionalistas aplicadas en varios puntos del Viejo Continente. Así ocurrió con los asuntos relativos al protectorado español en Marruecos. Los Estados Unidos continuaron esgrimiendo sus derechos al libre comercio en el Norte de África —emanados del Acta de la Conferencia de Algeciras—, para oponerse a las reformas arancelarias que tanto Francia como España querían implantar en sus respectivas áreas de influencia. Esta intransigencia de los norteamericanos a la hora de defender sus intereses, unida a la negativa española a llegar a ningún acuerdo firme con los Estados Unidos si éstos no renunciaban previamente a alguna de sus prerrogativas, continuaron impidiendo el reconocimiento, por parte de Washington, de la existencia de una esfera de acción española en el sultanato alauí[24].

Los contactos hispano-norteamericanos resultaron igualmente poco fluidos en el ámbito comercial. A lo largo del quinquenio 1930-1935, los Estados Unidos siguieron ocupando el puesto de principales suministradores de España —con una cuota media del 16,71%— y la tercera posición como destino de las exportaciones de ésta —aunque en este caso con una media del 8,25%, sensiblemente inferior a la del período anterior—, por detrás siempre de Gran Bretaña y Francia. Ahora bien, este mantenimiento de las variables cualitativas del comercio bilateral no debe servir para ocultar el hecho de su significativa reducción en términos cuantitativos. Las importaciones españolas procedentes de Norteamérica pasaron de 411,8 millones de pesetas en 1930 a 146,2 millones cinco años más tarde; y las exportaciones hacia Estados Unidos disminuyeron en el mismo lapso temporal de 227,1 a 55,9 millones de pesetas. En tales circunstancias parecía natural que la política comercial norteamericana hacia España pasase por evitar ulteriores reducciones de la cuota de mercado que los Estados Unidos disfrutaban en la Península Ibérica. Por su parte, los españoles trataron igualmente de no perder su posición exportadora al otro lado del Atlántico, a la par que de reducir el significativo déficit que arrojaban sus intercambios con Norteamérica. Ahora bien, cuando en noviembre de 1931 Madrid dejó inservible el *modus vivendi* de 1927 al no extender a los Estados Unidos unos beneficios mercantiles concedidos recientemente a Francia en materia de automóviles, las circunstancias se mostraron contrarias al cierre de un nuevo acuerdo hispano-norteamericano. En primer lugar, los Estados Unidos seguían comprometidos con el principio incondicional de nación más favorecida. Aunque la Dictadura primorriverista había acabado por aceptar oficialmente este postulado en diciembre de 1928, la República lo rechazó nuevamente a fines de 1931, a la par que adoptaba una política de contingentes de importación que era claramente rechazada por Washington. En segundo lugar hay que tener en cuenta el resquemor provocado en los países europeos por las prohibitivas tasas del arancel Smoot-Hawley, así como la irritación producida en España por la continuidad del embargo del Departamento de Agricultura sobre la uva[25].

Sólo a finales de 1933 parecieron crearse ciertas expectativas tendentes al allanamiento de algunos de estos obstáculos. En diciembre de ese año se ratificó la abolición de la Prohibición, abriéndose la posibilidad de que los vinos españoles pudieran entrar en los Estados Unidos. Al año siguiente éstos crearon el Export-Import Bank, destinado a la concesión de créditos para el fomento de sus relaciones comerciales. En mayo de 1934 quedó anulado el embargo contra la uva y al mes siguiente el Capitolio dio luz verde a la Reciprocal Trade Agreements Act. Esta ley autorizaba al gobierno estadounidense a negociar acuerdos bilaterales que incluyeran rebajas puntuales de las tarifas del Arancel de 1930, a cambio de obtener del otro país beneficios equiparables. En este nuevo ambiente, España y los Estados Unidos pudieron concluir, en febrero de 1934, un acuerdo puntual que permitía la entrada de 1,1 millones de galones de vino español en territorio norteamericano, a cambio de la admisión en la Península de 4 millones de libras de tabaco estadounidense. Poco después el gobierno de Madrid recibió del ExImBank un crédito de 675.000 dólares, y en octubre de 1935 ambos países se pusieron de acuerdo en un borrador de acuerdo comercial general. Según sus términos, España obtendría de los Estados Unidos rebajas arancelarias en una serie de productos agrícolas, a cambio de la concesión a Washington de un trato de nación más favorecida en cuanto a contingentes de importación y repatriación de beneficios. Con todo, el empeoramiento del clima política español y un nuevo cambio en la estrategia española tras la victoria del Frente Popular terminaron haciendo imposible la ratificación de este convenio[26].

Algunas de las principales inversiones norteamericanas también se vieron sometidas a serios problemas a lo largo del período 1931-1936, pero en todos los casos el contencioso acabó en un acuerdo que satisfizo los intereses estadounidenses. Asimismo, ninguno de ellos impidió a los inversores norteamericanos ni al Departamento de Comercio a seguir buscando oportunidades en la Península Ibérica. De hecho, los estudios al efecto indican un aumento del capital estadounidense invertido en España —de 620,7 millones de pesetas en 1929 a 909,17 en 1936. En general, los intereses extranjeros fueron víctimas de inestabilidad laboral, amenazas de expropiación y

crecientes dificultades a la hora de sacar del país los beneficios obtenidos en el desarrollo de sus actividades. Dos de las firmas más afectadas fueron la International Banking Corporation y la ITT. La relación del régimen español con los bancos norteamericanos se vio coartada desde el mismo mes de abril de 1931. En ese momento la firma J. P. Morgan & Co. se negó a entregar a las nuevas autoridades españolas un préstamo de 38.000.000 de dólares, negociado unas semanas antes bajo el régimen monárquico, y cuyo propósito era detener la depreciación de la peseta. Quizás como represalia, en junio de ese año el gobierno de Madrid comenzó a asegurar que las liquidaciones de impuestos efectuadas a la International Banking en los años anteriores necesitaban ser revisadas. En concreto, se acusó a la entidad de no haber cotizado por un reparto de dividendos entre sus accionistas que había tenido lugar en 1927. El contencioso permaneció abierto, bajo la estrecha vigilancia de la diplomacia estadounidense, hasta agosto de 1933, cuando los directivos del banco alcanzaron un acuerdo al respecto con las autoridades hispanas[27].

Más serias fueron las nubes que se cernieron sobre la ITT y su filial española, la CTNE. Siguiendo las recomendaciones de una investigación parlamentaria, en el mes de diciembre de 1931 el ejecutivo de Azaña introdujo en las Cortes un proyecto de ley que contemplaba la nacionalización del servicio telefónico, dejando para más adelante la resolución de la indemnización de sus actuales poseedores. Vista la gravedad potencial de los hechos, el gobierno estadounidense decidió prestar un apoyo firme a la ITT, cuyos dirigentes parecían haberse convertido en una especie de consejeros informales del Departamento de Estado para los asuntos de España. La oficina de exteriores norteamericana informó a Madrid que, de salir adelante el proyecto de ley, el crédito internacional del gobierno español se vería seriamente dañado. Así las cosas, el ejecutivo republicano retiró la medida expropiatoria del Parlamento, pero éste volvió a retomarla por su cuenta en noviembre de 1932. Decididos entonces a dar un golpe de efecto que pusiera definitivamente al gobierno español contra las cuerdas, el Secretario de Estado, Henry L. Stimson y su segundo, William R. Castle, dieron el 5 de diciembre una conferencia de prensa asegurando que la incautación de la Telefónica sin una justa indemnización conllevaría la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y España. Manuel Azaña no tuvo otra alternativa que abogar públicamente en el Congreso por el rechazo del proyecto nacionalizador, que fue derrotado en una polémica votación el 6 de diciembre. Tras su llegada al poder, Lerroux aseguró que no permitiría ulteriores ataques contra el monopolio telefónico, aunque el caso de ITT quedó grabado en las mentes de los dirigentes de la compañía, determinado su actuación particular durante la Guerra Civil[28].

Una neutralidad inevitable. Los años de la Guerra Civil (1936-1939)

El estallido de la sublevación militar de julio de 1936 rompió el curso que habían tomado las relaciones hispano-norteamericanas desde 1914. El enfrentamiento civil obligó tanto a España como a los Estados Unidos a redefinir sus estrategias. Las autoridades republicanas se vieron forzadas a iniciar gestiones, cada vez más desesperadas, frente a los gobiernos de las grandes potencias, en busca de armas y suministros con los que resistir la ofensiva de los rebeldes. Junto a Francia y Gran Bretaña, parecía natural que los ojos de los españoles se volvieran hacia los Estados Unidos. Ante tal coyuntura, la respuesta de las autoridades norteamericanas no podía estar condicionada por los mismos factores que habían venido rigiendo sus relaciones con España. El conflicto civil introducía en la agenda bilateral una serie de variables que podían tener serias repercusiones, tanto en los asuntos internos de Norteamérica, como en la respuesta que el país habría de dar en el futuro ante cualquier alteración seria de la situación internacional.

Vistas estas premisas, resulta fácil comprender la decisión norteamericana de seguir la senda abstencionista inaugurada por los franco-británicos, a pesar de que ello supusiese un claro perjuicio para el gobierno republicano, en beneficio del bando sublevado. Dado que, como hemos dicho, las leyes de neutralidad no cubrían los casos de guerra civil, los Estados Unidos comenzaron enunciando, en agosto de 1936, lo que se conoce como una política de embargo moral hacia España. Cuando la empresa Glen L. Martin preguntó al Departamento de Estado su opinión sobre la posible venta de ocho bombarderos al gobierno de Madrid, el Subsecretario de Estado William Phillips –en connivencia con el propio presidente Franklin Delano Roosevelt–, se limitó a responder con una carta fechada el 10 de agosto. En ella se aseguraba que, dada “la bien reconocida política de este gobierno de no interferencia en los problemas internos de otros países”, y visto “que los ciudadanos americanos (...) están observado patrióticamente esa reconocida política americana”, la venta de armas a España “no resultaría acorde con el espíritu de la política del gobierno”[29]. Con todo, la postura del ejecutivo norteamericano carecía de base legal, y la amenaza de ser tachadas de antipatriotas no detuvo a las empresas norteamericanas durante mucho tiempo. A finales de diciembre 1936, Robert Cuse –presidente de la Vimalert Corporation of Jersey City– anunció su intención de saltarse el embargo moral, y vender a los republicanos un cargamento de aviones, motores y repuestos aéreos. Ante el temor de que actitudes como la de Cuse pudieran extenderse, el Congreso norteamericano procedió rápidamente a dar cobertura jurídica al embargo, y el 6 de enero de 1937 aprobó una resolución que prohibía el envío a España de armas, municiones y cualquier tipo de instrumento bélico. La medida contaba una vez más con el apoyo de Roosevelt, que la firmó el día 8. Para ratificar estas decisiones, la siguiente ley de neutralidad, ratificada el 1 de mayo del mismo año, incluyó por primera vez las guerras civiles dentro de sus provisiones[30].

Definida a comienzos de 1937 la política oficial de los Estados Unidos respecto de la guerra civil española, resultó prácticamente imposible arbitrar ningún cambio de rumbo. La división de la opinión pública norteamericana previno además al gobierno de Washington contra el abandono de lo que Douglas Little ha calificado como neutralidad malévolas. Un importante sector de la población estadounidense se mostró relativamente indiferente hacia los hechos acaecidos en España. A comienzos de 1939, las encuestas reflejaban que el 40% de los ciudadanos norteamericanos no estaba siguiendo con atención los avatares de la guerra civil. Consecuentemente, sólo el 25% se mostraba de acuerdo con la anulación del embargo de armas y municiones. Aparte de estos datos, y del hecho de que los republicanos acabaron suscitado mayor simpatía que los franquistas, la profunda división de puntos de vista existentes entre los importantes grupos que apoyaban a alguno de los dos bandos hizo aconsejable en todo momento dejar las cosas como estaban. Entre las organizaciones norteamericanas que se crearon para promover la causa de la República, la más importante fue el

North American Committee to Aid Spanish Democracy. Presidido por un obispo metodista de tendencia liberal, Francis J. McConnell, estaba integrado por unos quince grupos, entre los que destacaban The Medical Bureau to Aid Spanish Democracy, The American League Against War and Fascism, The American Student Union, The League for Industrial Democracy, y los partidos socialista y comunista. Una gran parte de los periódicos de mayor tirada adoptaron igualmente una postura favorable a los republicanos. Así lo hicieron diarios como el New York Times o el Christian Science Monitor, y revistas como la progresista New Republic. Ahora bien, la aportación más importante de los estadounidenses al esfuerzo de guerra republicano vino de la mano de los voluntarios que se unieron a la XV Brigada Internacional. Encuadrados en los batallones Lincoln y Washington, llegaron a sumar unos tres mil efectivos, de los que alrededor de novecientos perecieron en la lucha. Por lo que se refiere a los rebeldes, su principal grupo de apoyo en los Estados Unidos fue The American Committee for Spanish Relief, organizado por Michael Williams, -editor del semanario católico The Commonweal, una publicación que acabó abandonando la causa franquista en junio de 1938, para situarse en una posición de neutralidad-, y cuyo secretario era el antiguo Embajador en España, Ogden H. Hammond. Los nacionales acabaron recibiendo igualmente el respaldo de diversas personalidades y grupos vinculados con la Iglesia Católica, así como de los periódicos controlados por William R. Hearst. El alcance de las disputas entre los sectores que se mantenían fieles a la República, y aquéllos que veían en los rebeldes una fuerza regeneradora quedó simbolizado por las cartas que, a comienzos de 1939, escribieron al New York Times Henry Lewis Stimson y el abogado de Nueva York Martin Conboy. El antiguo Secretario de Estado se pronunció públicamente a favor del fin del embargo, y aduciendo que "el prestigio y la seguridad de nuestro país no se verán estimulados por medio del abandono de su tradición de amor propio, con la intención de evitar la hostilidad de los temerarios violadores de la ley internacional en Europa". En respuesta, Conboy atacó con el ya clásico argumento aislacionista de que una ruptura del embargo acabaría poniendo en peligro "la paz de los Estados Unidos como consecuencia de las disputas de otros pueblos"[\[31\]](#).

A estas controversias se unieron tanto la obstinada continuidad de la no intervención de Francia y Gran Bretaña, como el temor a que cualquier cambio en la línea oficial seguida por el gobierno de Washington produjese una división tal entre las repúblicas latinoamericanas que pusiese en entredicho la conocida política norteamericana del Buen Vecino. Todo ello provocó que la guerra civil española acabase sin que los Estados Unidos hubiesen alterado su prohibición de ayudar con armas a la moribunda República española. Cuando la victoria franquista resultó inminente, y habiendo anunciado Francia y Gran Bretaña su intención de reconocer al gobierno del General Franco, Norteamérica comenzó a su vez a preparar el camino para el establecimiento de vínculos formales con el nuevo Dictador. El 1 de marzo de 1939, el Departamento de Estado llamó a consultas a su Embajador en España, el filorepublicano Claude Bowers, instalado en la localidad francesa de San Juan de Luz desde el inicio de la guerra. Exactamente un mes después, el Secretario de Estado, Cordell Hull, escribió al Ministro de Exteriores franquista, Francisco Gómez-Jordana, anunciándole la intención de los Estados Unidos de iniciar relaciones diplomáticas con su régimen, y solicitando el placet para el nombramiento de un nuevo Embajador: Alexander W. Weddell[\[32\]](#).

[Volver](#)

Bibliografía

- Abrahams, P. P. (1976): *The Foreign Expansion of American Finance and its Relationship to the Foreign Economic Policies of the United States, 1907-1921*, New York, Arno Press.
- Allendesalazar, J. M. (1996): *Apuntes sobre la relación diplomática hispano-norteamericana, 1763, 1895*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Álvaro Moya, A. (2007): "Redes empresariales, inversión directa extranjera y monopolio: el caso de Telefónica, 1925-1965", *Revista de Historia Industrial*, 16:34, 65-96.
- Ambrosius, L. A. (1987): *Woodrow Wilson and the American Diplomatic Tradition: The Treaty Fight in Perspective*, New York, Cambridge University Press.
- Ambrosius, L. A. (2002): *Wilsonianism: Woodrow Wilson and Its Legacy in American Foreign Relations*, New York, Palgrave-Macmillan.
- Bailey, Th. A. (1966): *The Policy of the United States Towards the Neutrals. 1914-1918*, Gloucester, Peter Smith.
- Berdah, J. F. (2002): *La democracia asesinada. La República española y las grandes potencias, 1931-1939*, Barcelona, Crítica.
- Bosch, A. (1996): "Entre México y la Unión Soviética. La visión estadounidense sobre los conflictos sociales en la Segunda República española (1931-1936)", *Historia Contemporánea*, 15, 315-342.
- Bowers, C. G. (1954): *My Mission to Spain. Watching the Rehearsal for World War II*, New York, Simon & Schuster.
- Calvo, O. (2006): "Telefónica toma el mando. Monopolio privado, modernización y expansión de la telefonía en España, 1924-1945", *Revista de Historia Industrial*, 15:32, 69-98.
- Calvo, O. (2008): "States, Firms and Technology. The Rise of Multinational Telecommunication Companies: ITT and the Compañía Telefónica Nacional de España, 1924-1925", *Business History*, 50:4, 455-473.
- Castiella, F. M. (1976): *Una batalla diplomática*, Barcelona, Planeta.

- Chapman, M. E. (2011): *Arguing Americanism: Franco lobbyists, Roosevelt's Policy, and the Spanish Civil War*, Kent, Kent State University Press.
- Cohen, W. I. (1987): *Empire Without Tears. America's Foreign Relations, 1921-1933*, New York, McGraw-Hill.
- Comín, F. (1991): "La economía española en el período de entreguerras (1918-1935)", en Nadal, J.; Carreras, A. y Sudrià, C. (eds.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 105-149.
- Cortada, J. W. (1973): "Conflict Diplomacy: United States-Spain Relations, 1855-1868", tesis doctoral inédita, Florida State University.
- Cortada, J. W. (1978): *Two Nations Over Time. Spain and the United States, 1776-1977*, Westport, Greenwood Press.
- Costigliola, F. (1984): *Awkward Dominion. American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1933*, Ithaca, Cornell University Press.
- Dallek, R. (1995): *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, New York, Oxford University Press.
- Deloraine, M. (1974): *When Telecom and ITT Were Young*, New York, Lehigh Books.
- Eckes, A. E. (1995): *Opening America's Market. U.S. Foreign Trade Policy Since 1776*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- Eckes, A. E. y Zeiler, Th. W. (2003): *Globalization and the American Century*, New York, Cambridge University Press.
- Egido León, Á. (1987): *La concepción de la política exterior española durante la II República*, Madrid, UNED.
- Espadas Burgos, M. (2000): "España y la Primera Guerra Mundial", en Tusell, J.; Avilés, J. y Pardo, R. (eds.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED/Biblioteca Nueva, 95-116.
- Fernández Almagro, M. (1977): *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón.
- Ferrell, R. H. (1957): *American Diplomacy in the Great Depression. Hoover-Stimson Foreign Policy, 1929-1933*, New Haven, Yale University Press.
- Ferrell, R. H. (1985): *Woodrow Wilson and World War I, 1917-1921*, New York, Harper & Row.
- García Delgado, J. L. (2002): *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Goldberg, D. J. (1999): *Discontented America. The United States in the 1920s*, Baltimore, The Johns Hopkins Press.
- Goldberg, R. A. (2003): *America in the Twenties*, Syracuse, Syracuse University Press.
- González Velilla, M. C. (1996): "Orientación general de la política exterior española entre 1898 y 1907: los compromisos internacionales", tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- Guttmann, A. (ed.) (1963): *American Neutrality and the Spanish Civil War*, Boston, D. C. Heath and Co.
- Hall, L. J.: *The United States and Morocco, 1776-1956*, Metuchen, Scarecrow Press.
- Herring, G. C. (2008): *From Colony to Superpower. U.S. Foreign Relations since 1776*, New York, Oxford University Press.
- Howson, G. (2000): *Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil Española*, Barcelona, Península.
- Irwin, D. (2011): *Peddling Protectionism. Smoot-Hawley and the Great Depression*, Princeton, Princeton University Press.
- Jackson, S. F. (1967): "The United States and Spain, 1898-1918", tesis doctoral inédita, Florida State University.
- Jones, Ch. Ll. (1921): "Commercial Policy in Spain after the War", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 24, 24-28.
- Kaufman, B. I. (1974): *Efficiency and Expansion. Foreign Trade Organization in the Wilson Administration, 1913-1921*, Westport, Greenwood Press.
- Kelly, W. B. (1963): *Antecedents of present commercial policy*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- Kenkel, J. S. (1983): *Progressives and Protection. The Search for a Tariff Policy, 1866-1936*, Lanham, University Press of America.
- Kennedy, D. M. (1982): *Over Here. The First World War and American Society*, New York, Oxford University Press.
- Kennedy, R. A. (2001): "Woodrow Wilson, World War I and an American Conception of National

Security", *Diplomatic History*, 25:1, 1-31.

- Leffler, M. P. (1979): *The Elusive Quest. America's Pursuit of European Stability and French Security, 1919-1933*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- Levin, N. G. (1968): *Woodrow Wilson and World Politics. America's Response to War and Revolution*, New York, Oxford University Press.
- Little, D. (1979): "Twenty Years of Turmoil: ITT, the State Department and Spain, 1924-1944", *Business History Review*, 53: 4, 449-472.
- Little, D. (1981): "Claude Bowers and His Mission to Spain: The Diplomacy of a Jeffersonian Democrat", en JONES, K. P. (ed.): *U.S. Diplomats in Europe, 1919-1941*, Oxford, ABC-Clio, 125-146.
- Little, D. (1985): *Malevolent Neutrality. The United States, Great Britain and the Origins of the Spanish Civil War*, Ithaca, Cornell University Press.
- López Zapico, M. A. (2008): *Las relaciones entre Estados Unidos y España durante la Guerra Civil y el primer franquismo (1936-1945)*, Gijón, Trea.
- MacMillan, M. (2003): *Peacemakers. Six Months that Changed the World*, London, John Murray.
- Marks III, F. W. (1988): *Wind Over Sand. The Diplomacy of Franklin Roosevelt*, Athens, The University of Georgia Press.
- Martínez Ovejero, A. (2004): "Azaña versus telefónica, los límites del poder", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 16, 121-148.
- Mayer, A. J. (1959): *Wilson v. Lenin. Political Origins of the New Diplomacy*, New Haven, Yale University Press.
- McClure, W. (1924): *A New American Commercial Policy as Evidenced by Section 217 of the Tariff Act of 1922*, New York, Columbia University.
- Miller, D. H. (1924): *My Diary at the Conference of Paris*, New York, Appeal Printing Company.
- Mock, J. R. y Larson, C. (1939): *Words that Won the War. The Story of the Committee on Public Information, 1917-1919*, New York, Russell & Russell.
- Montero Jiménez, José Antonio (2011): *El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos, 1898-1930*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Moreno Luzón, J. (1998): *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, Alianza.
- Neila Hernández, J.L. (2006): *La II República española y el Mediterráneo: España ante el desarme y la seguridad colectiva*, Madrid, Dilema.
- Parrini, C. P. (1969): *Heir to Empire. United States Economic Diplomacy, 1916-1923*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Pereira Castañares, J. C. (1986): "Las relaciones entre España y Gran Bretaña durante el reinado de Alfonso XIII", tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- Pérez Yuste (2004): "La Compañía Telefónica Nacional de España en la Dictadura de Primo de Rivera", tesis doctoral inédita, Universidad Politécnica de Madrid.
- Phelps, C. W. (1927): *The Foreign Expansion of American Banks*, New York, The Ronald Press Company.
- Puig, N. y García-Ruiz, J. L. (2006): "A Dynamic Analysis of Transnational Networking: The American Chamber of Commerce in Spain (1917 to the present day)", XIV International Economic History Congress, Helsinki.
- Quintana Navarro, F. (1993): *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*, Madrid, Nerea.
- Rey García, M. (1997): *Stars for Spain: la Guerra Civil Española en los Estados Unidos*, A Coruña, Edición do Castro.
- Roldán, S. y García Delgado, J. L. (1973): *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros.
- Romero Salvadó, F. J. (2002a): *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica.
- Romero Salvadó, F. J. (2002b): "España y la Primera Guerra Mundial. Neutralidad y crisis", en Balfour, S. y Preston, P. (eds.): *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- Rubio, J. (1995): *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII. Los orígenes del "desastre" de 1898*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Sabaté Sort, M. y Pardos, E. (2001): "Una cuestión a debatir: el nuevo perfil del proteccionismo español durante la Restauración", *Revista de Historia Económica*, 19:1, 155-166.
- Sampson, A. (1980): *The Sovereign State of ITT*, New York, Stein & Day.
- Saz, I. (2002): "La Dictadura de Primo de Rivera: un revisionismo a media tensión", en Balfour, S. y Preston, P. (eds.): *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 34-49.

- Seco Serrano, C. (2002): *La España de Alfonso XIII. El Estado. La Política. Los Movimientos Sociales*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Serrano Sanz, J. M. (1986): "La política comercial española al término de la primera guerra mundial: proteccionismo, arancel Cambó y tratados comerciales", en García Delgado, J. L. (ed.): *La crisis de la Restauración. España, entre la primera guerra mundial y la II República*, Madrid, Siglo XXI, 199-233.
- Sexton, J. (2006): "The United States, the Cuban Rebellion and the Multilateral Initiative of 1875", *Diplomatic History*, 30:3, 335-365.
- Shubert, A. (1980): "Oil Companies and Governments: International Reaction of the Nationalization of the Petroleum Industry in Spain: 1927-1930", *Journal of Contemporary History*, 15:4, 701-720.
- Sobel, R. (2000): *ITT: The Management of Opportunity*, Washington DC, Beard Books.
- Solé, G. (1976): "La incorporación de España a la Sociedad de Naciones", *Hispania*, 36, 131-169.
- Sueiro Seoane, S. (1984): "Primo de Rivera y Mussolini. Las relaciones diplomáticas entre dos dictaduras (1923-1930)", *Proséripina*, 1, 23-33.
- Sueiro Seoane, S. (1993): *España en el Mediterráneo: Primo de Rivera y la "Cuestión Marroquí", 1923-1930*, Madrid, UNED.
- Taylor, F. J. (1956): *The United States and the Spanish Civil War*, New York, Bookman Associates.
- Tena Junguito, A. (1999): "Un nuevo perfil del proteccionismo español durante la Restauración, 1875-1930", *Revista de Historia Económica*, 17:3, 579-621.
- Traina, R. P. (1968): *American Diplomacy and the Spanish Civil War*, Bloomington, Indiana University Press.
- Tusell, J. y García Queipo de Llano, G. (1986): *El Dictador y el Mediador: las relaciones hispano-inglesas durante la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, CSIC.
- Tusell, J. y Queipo de Llano, G. (2002): *Alfonso XIII. El Rey polémico*, Madrid, Taurus.
- Viñas, Á. (2006): *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica.
- Walters, F. P. (1960): *A History of the League of Nations*, New York, Oxford University Press.
- Weintraub, S. (1968): *The Last Great Cause. The Intellectuals and the Spanish Civil War*, New York, Weybright and Talley.
- Whealey, R. H. (1988): "Anglo-American Oil Confronts Spanish Nationalism, 1927-1931", *Diplomatic History*, 12:2, 111-126.
- Wilkins, M. (1974): *The Maturing of Multinational Enterprise: American Business Abroad From 1914 to 1970*, Cambridge, Harvard University Press.
- Wilkins, M. y Hill, F. E. (1964): *American Business Abroad. Ford on Six Continents*, Detroit, Wayne University Press.
- Wolper, G. (1991): "Wilsonian Public Diplomacy: The Committee on Public Information in Spain", *Diplomatic History*, 17:1, 17-34.
- Young, A. N. (1920): *Spanish Finance and Trade*, Washington DC, Government Printing Office.

[Volver](#)

Notas

[1] Cfr., por ejemplo, Allendesalazar (1996), Cortada (1973 y 1978), Sexton (2006) y Rubio (1995).

[2] Cfr. el artículo de Andrés Sánchez Padilla, incluido en este mismo dossier.

[3] Cfr. igualmente el artículo de Pablo León Aguinaga, que forma también parte del presente dossier.

[4] Cfr. Cortada (1978), Jackson (1967, 64-81), y González Velilla (1996, 203-207). El tratado de 1902 y los acuerdos de 1906 y 1909 en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States* —en adelante FRUS— (1903, 721-730; 1906, part 2, 1,314-1,343; 1909, 549-551). Si no se indican otras referencias, los datos recogidos en este apartado y los dos siguientes provienen de Montero Jiménez (2011).

[5] Sobre los proyectos de expansión comercial de los Estados Unidos cfr. Parrini (1969), Kaufman (1974) y Eckes y Zeiler (2003, 38-58). La posición de España en Espadas Burgos (2000), Pardo Sanz (2010) y Romero Salvadó (2002b). La situación económica española en Roldán y García Delgado (1974).

[6] La cuestión de los impuestos al transporte del carbón en Jackson (1967, 180-225). La creación y propósitos de la Cámara de Comercio en Puig y García-Ruiz (2006). Las cifras de comercio, tanto en este párrafo como en

puntos posteriores, han sido elaboradas a partir del Anuario Estadístico de España y el Statistical Abstract of the United States.

[7] Dos visiones relativamente recientes de las motivaciones para la entrada en la guerra de los Estados Unidos en Kennedy (2001) y Herring (2008, 378-435). Algunos estudios clásicos son los de Ferrell (1985), Levin (1968) o Mayer (1959). Sobre la política de Estados Unidos respecto de los países neutrales, cfr. Bailey (1966).

[8] Una reconsideración general del período en Romero Salvadó (2002a).

[9] Sobre los hundimientos de barcos mercantes españoles y la reacción del gobierno cfr. Seco Serrano (2002, 453-454), Tusell y Queipo de Llano (2001, 318 y ss.) y Fernández Almagro (1977, 264 y ss.). La actitud de actitud de los Estados Unidos en Bailey (1966, 37-41 y 285-287).

[10] La gestación de los pactos en Bailey (1966, 272-304). Sobre la situación de las relaciones financieras, cfr. Young (1920).

[11] Cfr. Mock y Larson (1939) y Wolper, G. (1993).

[12] Sobre la política exterior de los Estados Unidos durante los años veinte, cfr. Leffler (1979), Costigliola (1984) y Cohen (1987). Las desilusiones y problemas sociales tras la guerra en Kennedy (1982), Goldberg (1999) y Goldberg (2003). Las conexiones entre el mundo de los negocios y la política estadounidense en Hoff (1971). Las cifras de comercio provienen del Statistical Abstract of the United States; las de inversión en el extranjero de Wilkins (1974).

[13] La política exterior española durante los veinte puede seguirse en Saz (2002). Las relaciones con Italia en Palomares Lerma (1989) y Sueiro Seoane (1984); y las hispano-británicas en Tusell y García Queipo de Llano (1986) y Pereira Castañares (1986). La situación económica en García Delgado (2002, 110 y ss.), y Comín (1991).

[14] Sobre la actitud de los Estados Unidos en la Conferencia de Versalles, cfr. Ambrosius (1987 y 2002) y MacMillan (2003). Menciones a la entrevista entre Wilson y Romanones en Moreno Luzón (1998, 361). La disposición de España frente a la Sociedad de Naciones en Solé (1976) y Castiella (1976). La cuestión de la participación de los neutrales en Versalles en Miller (1924). Las reuniones del Consejo de los Diez en torno a Marruecos en FRUS (Paris Peace Conference, vol. 4).

[15] Sobre la actitud estadounidense respecto a Marruecos el estudio más completo sigue siendo el de Hall (1971). La posición de España en Sueiro Seoane (1993). La ofensiva española de 1926 en Walters (1960, 318-324) y Tusell y García Queipo de Llano (1986).

[16] Sobre la política comercial de los Estados Unidos, cfr. Kelly (1963), Kenkel (1983) y Eckes (1995). La de España en Serrano Sanz (1986), Tena Junguito (1999) y Sabaté Sort y Pardos (2001). Visiones de la época sobre las relaciones bilaterales en McClure (1924, 23-60) y Jones (1921).

[17] Sobre los avatares de Ford en España cfr. Wilkins y Hill (1964, 90 y ss.) y Estapé Triay (1997 y 1998). En torno a los bancos extranjeros en España, cfr. Young (1920, 48-58) y Phelps (1927, 131-132, 142-147). También Abrahams (1976).

[18] La situación del mercado petrolífero español en Tortella, Ballester y Díaz (2003, 42-56). La expropiación del mercado petrolífero español y sus consecuencias en Shubert (1980) y Whealey (1988).

[19] La información en torno a la implantación de la ITT en España sigue siendo, a día de hoy, fragmentaria. El estudio más completo de las relaciones entre la empresa y el gobierno estadounidense para el caso español sigue siendo el de Little (1979). Otras menciones pueden encontrarse en Sobel (2000, 39-40), Sampson (1980), Deloraine (1974, 56-75) y Pérez Yuste (2004). Desde la historia económica el análisis más acabado es el de Álvaro Moya (2007). Cfr. también Calvo (2006 y 2008).

[20] Para la política exterior de los Estados Unidos en estos años, cfr. Ferrell (1957), Marks (1988) y Dallek (1995). Sobre el arancel Smoot-Hawley cfr. Irwin (2011)

[21] La concepción exterior de la II República en Egido León (1987). Sobre la actuación internacional de España cfr. Quintana Navarro (1993), Berdah (2002) y Neila Hernández.

[22] Carta de Laughlin a Stimson, 5-5-1931. National Archives and Records Administration (NARA), Record Group 59, 1930-39, 852.00/1843.

[23] La actitud de los Estados Unidos ante la proclamación de la II República en Little (1985, 58 y ss.). Este autor también trata el contraste entre Laughlin y Bowers en Little (1981). Para el mismo tema cfr. también Bosch (1996) y Bowers (1954).

[24] FRUS (1933, vol. II, 967-985; 1934, vol. II, 836-883; 1935, vol. I, 951-1.025).

[25] Little (1985, 111-129).

[26] Little (1985, 164-183). Sobre la nueva ley de tratados recíprocos cfr. Eckes (1995, 140-177).

[27] Little (1985, 95-110).

[28] Los datos aquí reseñados proceden de Little (1979). Cfr. también Martínez Ovejero (2004).

[29] Citado por Taylor (1956, 57-58). Cfr. también Traina (1968, 55-57).

[30] Traina (1968, 81-98) y Taylor (1968, 69-100). La actitud del Presidente Roosevelt frente a la guerra ha sido recientemente objeto de un estudio pormenorizado. Cfr. Tierney (2007). Sobre los intentos de vender armas a España desde los Estados Unidos cfr. también Howson (2000). Una puesta al día reciente sobre las relaciones bilaterales en este período en López Zapico (2008).

[31] Los debates establecidos entre distintos grupos de la sociedad estadounidense en relación con la Guerra Civil han sido estudiados de manera parcial por distintos autores. Taylor (1956, 117-196), a quien se ha seguido aquí, fue uno de los primeros. Cfr. también Rey García (1997), Weintraub (1968), y más recientemente Chapman (2011). Las cartas de Stimson y Conboy en Guttman (1963, 74-84).

[32] Traina (1968, 223-239), Taylor (1956, 197-209). El trabajo más reciente sobre la política de no intervención es el de Viñas (2006).

[Volver](#)

Resumen:

La guerra de 1898 eliminó de las relaciones hispano-estadounidenses el componente de excepcionalidad que había supuesto la presencia de territorios españoles en el continente americano. Se abrió entonces la posibilidad de inaugurar una nueva era en la dialéctica bilateral, que discurrió en líneas generales por los mismos cauces que los contactos entre Washington y el conjunto de países de Europa Occidental. La variable norteamericana de la política exterior española se europeizó así precisamente en el mismo momento en que arrancó el progresivo ascenso de los Estados Unidos al papel de superpotencia. La verdadera cesura en ese proceso de europeización vino marcada por la Guerra Civil, cuyo resultado las volvió a dotar de unas particularidades que no comenzarían a ser vencidas hasta la década de 1970.

Palabras clave:

Relaciones España-Estados Unidos, España, Estados Unidos, política comercial, política exterior.

Abstract:

The war of 1898 put an end to the exceptional nature of Spanish-American relations in the 19th century, marked by the presence of Spanish territories in the Western Hemisphere. The aftermath of the conflict saw the opportunity to inaugurate a new era in which U.S.-Spain dealings followed roughly the same lines that characterized contacts between Washington and the majority of Western European nations. Therefore, the American variable within Spain's foreign policy became Europeanized precisely at the same moment the United States opened the path that would lead them to reach a superpower status. In this respect, this Europeanization was suddenly disrupted when the Spanish Civil War broke out in 1936. Its results instilled again into the bilateral relation a certain number of peculiarities that would not begin to disappear until the 1970s.

Keywords:

U.S.-Spain relations, Spain, United states, trade policy, foreign policy.

Fecha de recepción: 20/12/2011

Fecha de aceptación: 05/01/2012

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año X - N^o 27 - Enero 2012

Artículos

LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LAS RELACIONES HISPANO-NORTEAMERICANAS DURANTE LA II GUERRA MUNDIAL Y LA GUERRA FRÍA. *

Pablo León Aguinaga

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

La conclusión de la guerra civil española con el triunfo de los sublevados y la confirmación en el poder de una dictadura militar en España se ha interpretado tradicionalmente como un momento de ruptura en la relación de este país con el extranjero, tanto a nivel de relaciones interestatales como en el plano de los intercambios económicos y las transferencias culturales. Pero si 1939 supuso el comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales de España no lo fue tanto por lo consumado en abril de ese año (desgraciadamente, un sangriento conflicto civil y un gobierno dictatorial estaban lejos de representar una rareza en la Europa de entonces), como por lo que ocurrió en Europa central unos meses más tarde: el inicio de la II Guerra Mundial.

El conflicto bélico confirmó a los Estados Unidos de América como la principal potencia del mundo occidental, así como la segunda gran potencia militar en el continente, solo por detrás de la Unión Soviética. Por el contrario, las tradicionales referencias europeas de España salieron del conflicto derrotadas, exhaustas o desprestigiadas. Ningún país de Europa occidental podía ignorar ahora al gigante norteamericano. Tras verse arrastrado a dos guerras mundiales en el breve espacio de apenas tres décadas, tampoco parecía recomendable que los Estados Unidos retornasen a su tradicional actitud "aislacionista" respecto a los problemas del viejo continente. En efecto, y a diferencia de lo ocurrido tras la I Guerra Mundial, los Estados Unidos no abandonaron Europa a los europeos en 1945. La conciencia de que el repliegue diplomático de aquel entonces fue un error mayúsculo, las perennes dudas sobre las verdaderas intenciones de la Unión Soviética y la situación de colapso en la que se encontraba buena parte del continente (con el hambre y las epidemias amenazando la vida de millones de civiles), convencieron al gobierno en Washington y a una parte considerable de la opinión pública americana de la necesidad de permanecer en el continente para evitar una tercera conflagración mundial. Como bien es sabido, la Unión Soviética no digirió el novedoso compromiso americano con Europa con agrado.

La creciente tensión entre los antiguos aliados acabó descarrilando el tren de su colaboración, que se había extendido durante casi un lustro. En apenas tres años (1945-1947) el viejo continente se encontró dividido en dos zonas de influencia: a un lado del "telón de acero" quedaron aquellos países "liberados" por el Ejército Rojo, cuyo desarrollo político, económico y cultural pasó a depender de los designios de la Unión Soviética; al otro se encontraban todos aquellos países que habían sido liberados por las tropas de los ejércitos aliados comandados por el General Eisenhower, o bien, caso de España, que habían quedado al margen del escenario militar de la guerra (que no del diplomático, económico y propagandístico). El heterogéneo bloque compuesto por estos últimos, tanto en su experiencia bélica y prebélica como en su régimen político y modelo económico, iba a compartir sin embargo una característica en sus relaciones internacionales a lo largo de las cuatro décadas y media de conflicto bipolar que concluyó con la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética: un aumento exponencial de los contactos y vinculación con los Estados Unidos a prácticamente todos los niveles. España no permaneció ajena a aquel fenómeno ni a sus consecuencias más características: una gran estabilidad institucional amparada por la actitud de Washington y que resultó instrumental en muchos casos para la consolidación o la recuperación de la democracia en la región; una considerable expansión económica modelada en una parte importante a partir de criterios favorecidos al otro lado del Atlántico; notables transformaciones socio-culturales estimulados y/o acelerados por productos y agentes americanos; y, finalmente, un progresivo trasvase del liderazgo en los sentimientos y comportamientos antiamericanos desde el conservadurismo social y la derecha política hacia el progresismo y la izquierda europea.

Hasta la fecha, y de manera previsible, los estudios históricos existentes sobre las relaciones hispano-norteamericanas durante el periodo comprendido entre el inicio de la II Guerra Mundial y el cierre de la Guerra Fría han privilegiado precisamente la repercusión de la ascendencia americana en España en las cuatro áreas mencionada anteriormente: la evolución de las relaciones diplomáticas y sus consecuencias políticas; la evolución de las relaciones económicas y sus consecuencias; la evolución de las relaciones y transferencias culturales y sus consecuencias; y la convivencia entre americanización y antiamericanismo en el país ibérico. Los escasos estudios que han primado la óptica americana, es decir entender a los Estados Unidos a través de su relación con España durante este periodo, se han centrado casi de manera exclusiva en el aparato de toma de decisiones diplomáticas en Washington.

A continuación realizaremos una somera descripción de la evolución cronológica de los estudios históricos con el objetivo de poner en su contexto el desarrollo de este campo de estudio hasta la fecha.

Durante buena parte del siglo pasado dos tipos de enfoques dominaron la aproximación a las relaciones bilaterales. El primero y dominante buscaba esclarecer la responsabilidad americana (principalmente del estado y el "poder económico") en la prolongada longevidad del franquismo, en demasiadas ocasiones con un enfoque más polémico que histórico. Este campo fue cultivado preferentemente por politólogos americanos, protagonistas en primera persona de los acontecimientos de ambos países (diplomáticos en su mayoría) y, los menos, historiadores

profesionales, crecientemente españoles desde los años ochenta. Muchos de estos últimos buscaban con su trabajo realizar una crítica de la política exterior del franquismo, especialmente en relación a la pérdida de soberanía que supusieron los Pactos de 1953 y a los escasos réditos materiales que, según su interpretación, se había obtenido a cambio de aquellos.

El segundo grupo de estudios vino a profundizar precisamente en este ámbito, y especialmente en lo relativo al impacto positivo que el intercambio y la ayuda económica, técnica y educativa americana habían tenido en España durante aquel periodo, aunque especialmente a partir de 1953. La mayor parte de ellos no correspondieron a investigadores profesionales, sino a beneficiarios o protagonistas de los intercambios en España interesados en demostrar los beneficios modernizadores -más allá de valoraciones políticas- del vínculo con los Estados Unidos, una lectura amparada desde el poder durante la dictadura franquista.

Con anterioridad a la firma de los acuerdos bilaterales de 1953, los escasos libros publicados sobre las relaciones bilaterales desde la instalación del franquismo en el poder estuvieron dedicados preferentemente a la posición española durante la segunda guerra mundial. Se trataba de memorias y ensayos periodísticos que justificaban la actuación de sus protagonistas, denunciaban la proclividad franquista hacia las naciones del Eje o refutaban tal interpretación, aunque carentes en cualquier caso de rigor científico. En España, el objetivo de lavar la cara del régimen y buscar la alianza con Estados Unidos ni siquiera se disimuló en los títulos de obras abiertamente patrocinadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores^[ii]. En Estados Unidos buena parte de aquellas publicaciones, si no todas, estuvieron directamente relacionadas con la polémica bélica generada en el país acerca de la política hacia la España franquista, personificada en la labor del embajador Carlton Hayes. La colaboración con el franquismo propugnada por el historiador fue considerada por una parte de la población como la menos excusable de las "traiciones" de Washington (en referencia principalmente a los pactos con el Almirante Darlan en el Norte de África y el Mariscal Badoglio en Italia) a la naturaleza antifascista con la muchos se había sumado al esfuerzo bélico. La literatura pseudo-histórica publicada en aquel país entre 1943 y 1947 sobre las relaciones con la España franquista correspondió a protagonistas en primera persona de aquella polémica, muchos de los cuales habían ocupado puestos de responsabilidad en el aparato estatal durante la guerra^[iii]. La histeria anticomunista de la inmediata posguerra jugó a favor de las tesis de Hayes y sus acólitos, que ante el silencio editorial forzoso de sus críticos más feroces aprovecharon para echar más leña al fuego con su última obra sobre España^[iiii]. En reconocimiento a los servicios publicitarios prestados, el historiador recibió la Orden de Alfonso X el Sabio de manos del embajador español en Washington ese mismo año.

La aproximación bilateral, en los años cincuenta, dio lugar a una incipiente narrativa, principalmente en forma de artículos publicados en España, donde comenzó a analizarse las repercusiones positivas de los pactos suscritos entre ambos países. Algunos examinaban su desarrollo desde la óptica político-militar^[v], pero la parte más apreciable de las contribuciones valoraban la aportación y distribución de la ayuda económica americana^[vi]. También vieron la luz varios trabajos que describían la embrionaria formación de estudiantes y científicos españoles en Estados Unidos^[vii]. En todos los casos el objetivo de conjunto era facilitar la aceptación del desnivelado vínculo bilateral entre las élites del régimen en un momento en el que las sensaciones sobre eran encontradas debido tanto al peso tradicional del antiamericanismo en la opinión conservadora española, como sobre todo a lo cuestionable de los beneficios que el país (no el régimen) había obtenido de los Pactos de 1953. La preocupante situación económica de la segunda mitad de los años cincuenta y la imposibilidad de utilizar buena parte del armamento americano en la Guerra del Ifni (1957-58) se encontraban en buena parte detrás de aquellas dudas.

Los primeros estudios propiamente de investigación sobre las relaciones bilaterales no aparecieron hasta la década siguiente, principalmente en Estados Unidos. No era coincidencia que para entonces el estudio de las relaciones con la dictadura franquista (e inevitablemente también de la guerra civil que había culminado con su instauración) hubiera dejado de ser objeto de sospecha en aquel país, como había sido el caso durante la histeria anticomunista de finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta. Tampoco lo era que el renovado interés por la España franquista coincidiese con el resurgir del movimiento izquierdista (radical en términos americanos) y liberal en Estados Unidos, con gran acogida en la universidad americana. El segundo fenómeno en particular determinó en buena medida que el estudio de la actitud de Estados Unidos ante la guerra civil española se convirtiese, con diferencia, en el tema estrella entre los historiadores americanos en los años sesenta. Sin embargo, también fueron investigadores y diplomáticos estadounidenses quienes realizaron los primeros análisis, en su mayor parte en forma de tesis doctorales, sobre el proceso de toma de decisiones que había llevado a Estados Unidos a establecer bases militares en España, los organismos oficiales y los sectores sociales que habían participado en aquel proceso, así como el papel que tenían esas instalaciones en el marco de la defensa occidental^[vii].

En España, entre tanto, el estudio de las relaciones diplomáticas bilaterales desde la II Guerra Mundial desapareció prácticamente del mapa. La causa principal fue probablemente la insatisfacción generada en el seno de los gobiernos franquistas por el resultado de los procesos renegociación de los pactos de las bases a comienzos y finales de la década, así como la tensión latente entre ambos gobiernos durante buena parte de los sesenta provocada por el citado motivo, las relaciones de España con la Cuba de Castro y, no menos importante, por el hecho de que los demócratas ocupasen la Casa Blanca entre 1961 y 1969 (ningún presidente demócrata visitó la España franquista durante su mandato; por el contrario, los tres presidentes republicanos en el poder hasta noviembre de 1975 visitaron al General Franco en Madrid). Los escasos trabajos realizados reflexionaron en revistas especializadas acerca de los efectos positivos de la presencia americana en materia de intercambio universitario, ayuda económica, inversiones y estímulo de la productividad^[viii].

En los años setenta el norteamericano con raíces españolas James Cortada firmó la primera obra que trazaba un balance de las relaciones bilaterales a lo largo de la época contemporánea^[ix]. Pero sin duda, la principal novedad de aquella década fue la aparición de los primeros trabajos de historiadores profesionales acerca de las relaciones bilaterales durante la II Guerra Mundial. La apertura parcial a la investigación de los fondos gubernamentales americanos invitaba a esa labor, aunque también lo hacía el deseo de indagar en un tema que había generado una importante polémica en Estados Unidos. En todo caso, gracias a aquel esfuerzo se editó la

primera monografía sobre el período, se indagó en la trayectoria de los embajadores americanos destinados en España y se realizaron varias tesis doctorales[x]. El fallecimiento del General Franco también favoreció a finales de la década la aparición de algunos balances sobre las implicaciones para la política exterior estadounidense del vínculo internacional forjado con la longeva dictadura española en un momento de cambio y transición democrática en el sur de Europa[xi].

En línea con los estudios sobre las relaciones bilaterales promovidos en el circuito oficial de la España franquista, una serie de trabajos se interesaron por primera vez en el análisis de las inversiones americanas y la dependencia tecnológica española, aunque de nuevo en una perspectiva más técnica que histórica[xii]. También se realizaron aproximaciones descriptivas a temas como el asentamiento en Estados Unidos de científicos, profesores y artistas españoles, o la presencia en las aulas universitarias españolas de los American Studies[xiii]. En definitiva, con los estertores del franquismo y el comienzo de la transición democrática como telón de fondo, la línea argumental sobre la dependencia militar y la satelización del país, que también tenía su vertiente económica y cultural, tomaba cuerpo como formulación crítica frente a la presencia norteamericana en España y su relación con la dictadura franquista.

Finalmente, los años setenta vieron el despegue de la atención editorial a las relaciones con Estados Unidos entre los sectores de oposición antifranquista. La militancia de buena parte de estos autores hizo que aquellos trabajos pioneros adoptasen un ángulo más polémico que analítico. Así lo evidenciaron dos obras de estilo periodístico que denunciaban la penetración "imperialista" norteamericana y su presencia militar en la Península Ibérica[xiv]. Aquella lectura no dejaba de ser la adaptación al caso español de la retórica antiamericana desarrollada por la izquierda europea y latinoamericana al calor de la escalada final de la Guerra de Vietnam y los golpes de estado que se produjeron en Sudamérica en aquella época.

Hubo que esperar a la consolidación de la democracia en los años ochenta para que los historiadores españoles empezaran a prestar atención a las relaciones con Estados Unidos, publicándose varios estudios que se convirtieron en obras de referencia para las investigaciones que se han sucedido a posteriori. Poco antes había aparecido una obra colectiva sobre la política comercial exterior de España, que suponía la primera contribución rigurosa sobre la secuencia y volumen de la ayuda económica americana[xv]. A lo largo de aquellos años se documentó el proceso de acercamiento que había llevado a la conclusión de los pactos de Madrid, utilizando los cada vez más extensos fondos documentales disponibles en ambos países, a la vez que se encuadraba tal proceso dentro de la planificación de la política de seguridad de los Estados Unidos en el marco de una Guerra Fría que todavía determinaba el rumbo de las relaciones bilaterales de más alto nivel[xvi]. Esa reconstrucción histórica permitió a Ángel Viñas sacar a la luz pública los acuerdos secretos de aplicación de los textos de 1953. También se produjeron avances notables en la delimitación del contexto internacional que hubo de afrontar el franquismo, desde el fin de la guerra mundial hasta su progresiva acomodación exterior en los años cincuenta[xvii]. Otras contribuciones indagaron en la exclusión española del Plan Marshall, la actuación del embajador español en Washington durante los años en que se gestaron los acuerdos, o en los elementos que habían llevado a que se modificase la percepción española sobre Estados Unidos tras los pactos de 1953[xviii].

En contraste con el salto adelante realizado en el frente político y diplomático en esa década, apenas se produjeron novedades en materia económica, con la salvedad de algunos trabajos interesantes sobre el papel de la ayuda económica o sobre la introducción en España de los métodos de la organización científica del trabajo a través de los programas de cooperación técnica norteamericanos[xix]. El papel jugado por la conexión bilateral era igualmente señalado en análisis más amplios sobre la implantación del marketing en España, las transferencias tecnológicas o el ingreso español en los principales organismos económicos internacionales[xx]. En el terreno de la influencia cultural se publicó la primera obra destinada a poner de relieve el impulso americano al desarrollo científico español, aunque con un carácter más descriptivo que analítico[xxi].

En Estados Unidos, donde la producción sobre el tema disminuyó de manera considerable, un libro basado fundamentalmente en fuentes hemerográficas esbozaba un panorama de las relaciones bilaterales desde la II Guerra Mundial hasta el advenimiento de la democracia, proyectando la continuidad en la colaboración más allá de la dictadura[xxii]. Frente a la visión predominante entre los autores españoles que ponía el acento en la consolidación de la dictadura gracias a los acuerdos suscritos con Estados Unidos, este trabajo señalaba el estímulo que había representado la conexión bilateral para facilitar la paulatina apertura del régimen franquista y la evolución posterior en sentido democrático. No es de extrañar que se tratase de una obra de encargo financiada por una de las asociaciones de amistad hispano-norteamericanas surgidas para cicatrizar las heridas generadas por la memoria de la cooperación bilateral durante el franquismo en determinados círculos de opinión en España. También se publicó una nueva obra que venía a continuar el interminable debate existente en Estados Unidos sobre las relaciones con España durante la II Guerra Mundial. Su autor, segundo de Hayes en la Embajada americana en Madrid entre 1942 y 1944, reincidía en las líneas argumentales de uno de los dos sectores de opinión enfrentados desde entonces aprovechando el éxito de la transición democrática española para justificar las posiciones adoptadas cuatro décadas antes[xxiii].

Por su parte, los historiadores españoles y europeos solo comenzaron a aportar su granito de arena al conocimiento de las relaciones bilaterales durante la II Guerra Mundial en los años noventa, aunque en la mayor parte de los casos se apoyaron casi exclusivamente en documentación española y europea[xxiv], o caso de los primeros trabajos sobre la propaganda americana en España durante la guerra, sobre una cata superficial de los inmensos fondos documentales americanos disponibles[xxv].

Como parecía demandar el final de la Guerra Fría, los años noventa vieron como el conflicto bipolar pasó a concentrar de largo la mayor parte de los estudios sobre las relaciones bilaterales. En unos casos se primaba la perspectiva norteamericana, en otros la española, en alguno se ofrecía una visión conjunta desde la óptica anglo-americana. Todos aquellos trabajos compartían la preferencia concedida al enfoque político-estratégico[xxvi]. También se sondeó en algunos artículos las campañas de opinión del exilio y del régimen de Franco en el país americano[xxvii]. A esas publicaciones se agregaron otras aproximaciones indirectas a aquel campo de investigación, que proporcionaban información sobre los efectos para las relaciones bilaterales de la ofensiva política y cultural que España intentó desplegar en América Latina, o las tentativas de acercamiento a

Francia con motivo de la renegociación de los acuerdos hispano-norteamericanos en 1963 [xxviii]. También de esta década data la primera aproximación, si bien superficial, al impacto que los acuerdos de las bases tuvieron en la sociedad española debido a la presencia de millares de militares españoles en determinadas zonas del país [xxix].

En el plano económico cabe subrayar los estudios sobre la transformación de los métodos de producción en empresas del sector automovilístico —Ford y Motor Ibérica [xxx]. El resto de los trabajos tenían un contenido más amplio donde se intercalaban menciones a la influencia norteamericana en la introducción de la organización científica del trabajo en España, en la integración económica española en el mundo de la postguerra mundial o en el desarrollo del consumo en nuestro país [xxxii]. Referencias sobre la conexión norteamericana se encontraban asimismo en obras que analizaban el desarrollo de la aeronáutica, la energía nuclear, la bioquímica y la biología molecular o el diseño de la política científico-tecnológica [xxxiii]. Y a medio camino entre lo económico y cultural, también se deslindaron los principales rasgos del primer acuerdo comercial suscrito entre España y la Motion Picture Export Association of America (MPEAA) en 1952, la corporación que representaba los intereses de las principales firmas de Hollywood [xxxiii].

El número de trabajos sobre las relaciones bilaterales durante la II Guerra Mundial y la Guerra Fría ha crecido considerablemente tanto en volumen como en profundidad de la investigación y diversidad de los enfoques aplicados con la llegada del nuevo siglo. Este incremento se ha debido principalmente al interés que las relaciones con Estados Unidos han generado entre la comunidad científica española en el contexto del acercamiento/distanciamiento bilateral producido por la Guerra de Irak, así como a la creciente incorporación de esta a las líneas de investigación transatlánticas activas desde el final de la Guerra Fría. Al contrario, y salvo contadas excepciones, los investigadores americanos han ido perdiendo interés por las relaciones de su país con España una vez la "rareza" que representaba su sistema dictatorial (y la polémica sobre la responsabilidad americana en su longevidad) quedaba en el olvido en el marco de la plena normalización del país ibérico en el seno de la Unión Europea y la OTAN.

A comienzos del siglo varios trabajos optaron por ofrecer una panorámica de conjunto, combinando algunos de ellos enfoques políticos, económicos y culturales. En unos casos se abarcaba toda la centuria pasada [xxxiv]; en otros se centraban en la época franquista o en el medio siglo de relaciones transcurrido desde la firma de los pactos de 1953 [xxxv]. Tales reflexiones han facilitado una mejor comprensión del estado de los conocimientos sobre la materia y han animado nuevos trabajos y aproximaciones.

Las relaciones bilaterales a lo largo los años de la II Guerra Mundial han sido escrutadas con mayor exhaustividad y en una mayor diversidad de facetas [xxxvi]. Sin embargo, y como han demostrado alguno de los últimos trabajos publicados, la fijación con la descripción diplomática de la "batalla del Wolframio" sigue ocultando el enorme terreno de investigación por explotar para este periodo, especialmente en el frente de la guerra económica [xxxvii]. También han resultado interesantes los últimos estudios acerca de las condiciones, los agentes y el alcance de la acogida del exilio intelectual republicano en Estados Unidos [xxxviii].

Las principales contribuciones acerca de las relaciones bilaterales durante la inmediata posguerra y el inicio de la Guerra Fría en el presente siglo han examinado la exclusión española del Plan Marshall en su contexto internacional o el cambio de la situación de antagonistas a aliados, consumado con los acuerdos de 1953 [xxxix]. La evolución del vínculo militar y sus secuelas sobre la política de seguridad española han vuelto a ser objeto de investigaciones que han documentado de forma minuciosa el proceso negociador, las posiciones respectivas, los móviles políticos y militares que había tras ellas [xl].

Un considerable número de estudios, sustentados en un sólido trabajo documental en archivos norteamericanos y españoles, han cubierto las casi cuatro décadas que median desde la firma de los acuerdos militares hasta el final de la dictadura, pasando revista a las líneas de continuidad y las sacudidas que modularon la relación bilateral. En ellos se abordan la impronta de las sucesivas presidencias republicanas y demócratas en Estados Unidos, la evolución de la política exterior española desde Castiella hasta los primeros gobiernos socialistas, así como el peso de la opinión pública en las decisiones de ambos gobiernos [xli].

Así pues, el análisis político-estratégico de la relación bilateral se ha llevado más allá del final del franquismo aportando interesantes resultados. Pero la progresión sin duda ha sido mucho más acusada en terrenos que antes habían acaparado menos atención o cuyo tratamiento se había afrontado sin la profundidad necesaria. En este sentido, las transferencias culturales y económicas han aportado un enfoque complementario al esquema tradicional sustentado en la primacía del vínculo militar, que además se ha beneficiado de los debates transatlánticos planteados en torno al fenómeno de la «americanización» de Europa en la posguerra mundial.

La pujanza en Estados Unidos y en buena de Europa de los estudios sobre las transferencias culturales y la diplomacia pública americana durante la Guerra fría ha tenido su correlato en la historiografía española. En tal sentido, se ha afrontado la indagación en las iniciativas tomadas por ambos gobiernos desde la guerra mundial hasta la Guerra Fría, junto a los canales y argumentos propagandísticos que se emplearon primero para promover la neutralidad española y más tarde para favorecer el acercamiento bilateral. Además, se ha examinado el despliegue de la diplomacia pública norteamericana en España a través de las medidas adoptadas para dar cobertura a los pactos militares, el desarrollo de programas de intercambio educativo y científico, o el recurso a los mecanismos del soft power en la preparación del postfranquismo [xlii]. Asimismo, se ha documentado el proceso de implantación en España del conjunto de disciplinas agrupadas bajo la denominación de American Studies, que en la práctica se concentraron en la enseñanza del inglés, la literatura y la historia de Estados Unidos, bajo el patrocinio directo o indirecto de su gobierno [xliii]. El protagonismo que tuvo la Comisión Fulbright en la transmisión de conocimientos y la difusión de métodos científicos norteamericanos a España cuenta también con algún estudio de referencia [xliv]. Simultáneamente, se ha comenzado a explorar el papel que tuvieron algunas fundaciones como la Ford en la divulgación del pensamiento social americano, o la actuación de intelectuales exiliados que colaboraron con el Congreso por la Libertad de la Cultura animado y sufragado por Estados Unidos en su ofensiva anticomunista [xlv].

Gracias a ese impulso contamos hoy también con estudios sobre algunas de las producciones culturales norteamericanas más relevantes. El cine en su doble vertiente comercial y documental tuvo una importancia de primer orden en materia económica y propagandística hasta finales de la década de los años cincuenta. Ese medio de comunicación fue un canal privilegiado en la transmisión oficial y extraoficial de contenidos del modelo estadounidense por la amplitud de sus audiencias y la difusión de sus mensajes[xlvi], además de objeto de una disputa comercial interminable entre el estado franquista y una de las corporaciones más importantes de los Estados Unidos, la MPEAA[xlvii]. Otros estudios pioneros han examinado la expansión del jazz en España y su conexión tanto con procesos creativos propios de cada país como con iniciativas oficiales de ambos gobiernos para mejorar las imágenes recíprocas[xlviii]. También es preciso mencionar los trabajos que se han adentrado en el estudio de las percepciones recíprocas entre ambos países, a la búsqueda de elementos que explicasen el antiamericanismo latente o explícito de la sociedad española, sus orígenes y contenidos, los grupos sociales que nutrieron esa corriente durante el período franquista, o su continuidad hasta nuestros días[xlix].

Una tendencia equivalente en la renovación de los estudios puede apreciarse en el ámbito de la historia económica. La ayuda americana ha sido cuantificada y evaluada con mayor precisión[l]. También se han analizado los efectos que tuvo la presencia americana en la reforma de los métodos de trabajo a través de su acción directa o por medio de su colaboración con organismos españoles —principalmente la Comisión Nacional de Productividad Industrial—, su protagonismo en la introducción de nuevos sistemas de organización y gestión empresarial, o su incidencia en la generación de oportunidades de negocio que llevaron a la articulación en torno ellas de un entramado empresarial[lí].

Por otro lado, se han realizado interesantes contribuciones sobre la expansión de las técnicas de marketing, la emergencia de las firmas de consultoría, o el papel de las agencias de publicidad de procedencia norteamericana[líi]. Las investigaciones se han extendido a otras empresas del sector automovilístico —Barreiros y Chrysler, SEAT— o de la industria del calzado[líii], completándose recientemente con un análisis en profundidad de las estrategias de las multinacionales estadounidenses y su impacto sobre el entramado empresarial local en particular en los sectores de telecomunicaciones, fabricación de maquinaria agrícola y empresas de ingeniería[líiv]. Otros trabajos se han dedicado a valorar con mayor rigor el volumen y alcance de las inversiones norteamericanas[lív], la incidencia del turismo procedente de aquel país[lívi], o la creación de grandes almacenes que transformaron las estrategias de venta y propagaron los hábitos del consumo de masas —Galerías Preciados[lívi]. Finalmente, se ha abordado la competencia entablada entre empresas norteamericanas y francesas para suministrar sus conocimientos tecnológicos y ganar cuotas de mercado en España, una competencia favorecida por los dirigentes políticos españoles[lívi].

* * * * *

Tras este rápido repaso a la literatura sobre la materia, donde sin duda se han quedado sin inventariar aportaciones de distintos campos que vendrían a completar el marco aquí esbozado —filología, medicina, urbanismo, música, sociología, ciencias, etc.—, se pueden esbozar algunas conclusiones preliminares:

— La iniciativa en el estudio de las relaciones entre ambos países se ha desplazado de los investigadores norteamericanos a los españoles, que actualmente son quienes más han avanzado en sus análisis.

— El interés por las coyunturas de conflicto y la perspectiva de la dependencia político-estratégica ha ido cediendo terreno, sin perder su predominio, hacia la indagación en los canales oficiales y extraoficiales de la «americanización», así como hacia los mecanismos de recepción y adaptación con que la sociedad española respondió a la influencia norteamericana —sobre todo en dimensiones culturales y económicas.

— La perspectiva estrictamente bilateral se ha ido enlazando con otros fenómenos globales de mayor calado: el sistema de seguridad durante la guerra fría, la introducción de métodos de gestión y organización del trabajo en el mundo occidental, las estrategias de persuasión y poder blando norteamericanas, o las transferencias culturales y científicas en las relaciones transatlánticas.

[Volver](#)

Notas

* Este artículo se ha elaborado en el marco de los proyectos de investigación "Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política" (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y "Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975" (Universidad de Alcalá).

[i] Areilza (1947), Doussinague (1949).

[ii] Hayes (1946); Plenn (1946) Hughes (1947); Feis (1948).

[iii] Beaulac (1951); Hayes (1952).

[iv] Mostaza (1953); Martín Artajo (1958); Alonso-Castrillo (1960).

[v] Tacconi (1955); Baldrich (1957); Sause (1957); Pérez de Armñán (1958); Shearer (1959); Areilza (1959).

[vi] Ruiz-Fornells (1956) y (1959).

- [vii] Whitaker (1961); Lodge y Mallet (1961); Lowi (1963); Bengal (1959); Gilmore (1967); Dorley (1969).
- [viii] Fernández de Valderrama (1964); Gil (1967); Puig (1967); Ruiz-Fornells (1967).
- [ix] Cortada (1978).
- [x] Cortada (1973); Halstead (1974) y (1975); Barret (1970); Watson (1971); Bert (1975).
- [xi] Chavkin, Sangster y Susman (1976).
- [xii] (1972); Gallego (1975); Muñoz, Roldán y Serrano (1977).
- [xiii] Gómez Gil (1971); Coy (1975).
- [xiv] Vázquez Montalbán (1973); Chamorro y Fontes (1976).
- [xv] Viñas et al. (1979).
- [xvi] Viñas (1981); Dura (1985); Marquina (1986).
- [xvii] Brundu (1984); Portero (1989).
- [xviii] Viñas (1984); Cava (1989); Azcárate (1988).
- [xix] Fanjul (1981); Buesa y Molero (1982).
- [xx] Barceló (1984); Sánchez Muñoz (1984); Muns (1986).
- [xxi] (1983)
- [xxii] Rubbottom y Murphy (1984).
- [xxiii] Beaulac (1986).
- [xxiv] Tusell (1991) y (1995); Guderzo (1993) y (1995).
- [xxv] Los distintos artículos publicados al respecto por Alejandro Pizarroso han sido reeditados recientemente en Pizarroso (2010).
- [xxvi] Brundu (1990); McCloskey (1990); Jarque (1994) y (1998); Termis (1995); Liedtke (1997); Edwards (1999).
- [xxvii] Rey (1993).
- [xxviii] Delgado, L. (1992); Pardo, R. (1995); Sánchez Sánchez, E. (2005).
- [xxix] Roldán (1998).
- [xxx] Estapé (1997a) y (1997b).
- [xxxi] Herrero (1990); Biescas (1994); Guirao (1996) y (1998); Alonso y Conde (1994).
- [xxxii] Roca y Sánchez Ron (1992); Caro et al. (1995); Sanz (1997); Santesmases y Muñoz (1997); Sánchez Ron (1997).
- [xxxiii] Díez (1996).
- [xxxiv] Flys y Cruz (2001); Pardo (2003); Delgado y Elizalde (2005).
- [xxxv] Delgado, L. (2003a); Niño, A. (2003).
- [xxxvi] Smyth (2002); Thomas (2007) y (2010); López (2008).
- [xxxvii] Caruana y Rockof (2003); León (2006a); León (2010).
- [xxxviii] Niño (2007) y (2008); Faber y Carazo (2009).
- [xxxix] Delgado (2001); Portero (2005).
- [xl] Liedtke (2002); Viñas (2003a) y (2003b).
- [xli] Viñas (2003b); Pardo (2004), (2005) y (2007); Termis (2005); Hoyo (2006); Oreja y Oyarzabal (2007); Powell (2007), (2010) y (2011); Lemus (2007), (2008) y (2011). Escobedo (2010); Morera (2011).
- [xlii] Delgado (2003b), (2005), (2009a), (2010) y (2012); León (2009a), (2010) y (2012); Iglesias (2010); Martín (2011); Niño (2012).
- [xliii] Hilton (2007); Rodríguez (2007), (2010) y (2011).
- [xliv] Delgado (2009b).
- [xlv] Santisteban (2009); Glondys (2010).
- [xlvi] Bosch y Rincón (2000); Rosendorf (2007); León (2010).
- [xlvii] León (2006b), (2009b) y (2010).
- [xlviii] Iglesias (2010).
- [xlix] Alonso Zaldivar (2003); Fernández (2006), (2008) y (2009); Seregni (2006) y (2007).

[i] Barciela (2001); Calvo (2001), (2002), (2006) y (2007).

[ii] Puig (2001), (2002) y (2005); Puig y Álvaro (2002) y (2004); Fernández and Puig (2004); Álvaro (2011).

[iii] García Ruiz (2003) y (2004); Álvaro (2004); Puig (2004).

[iiii] Catalán (2000); García Ruiz (2002); Tappi (2007); Miranda (2004).

[iv] Álvaro (2010).

[v] Tascón (2003) y (2005)

[vi] Rosendorf (2006).

[vii] Toboso (2001).

[viii] Sánchez Sánchez (2002).

[Volver](#)

Referencias bibliográficas

(1972) Las inversiones norteamericanas en España. Barcelona, Stanford Research Institute.

(1983). Influencia norteamericana en el desarrollo científico español. Madrid, ACHNA.

Alonso, E. y Conde, F. (1994). Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo. Madrid, Debate.

Alonso-Castrillo, A. (1960). "La última fase de las relaciones hispano-norteamericanas". Política Internacional 49: 37-51.

Alonso Zaldivar, C. (2003). "Miradas torcidas. Percepciones mutuas entre España y Estados Unidos". RIE 4/9/2003. Madrid, Real Instituto Elcano.

Álvaro, A. (2004). "Designing Knowledge in a Peripheral Country: The Emergence of Technical Consultancies in Spain since the 1950". EBHA Annual Conference. Barcelona.

Álvaro, A. (2010). Inversión directa extranjera y formación de capacidades organizativas locales. Un análisis del impacto de Estados Unidos en la empresa española (1918-1975). Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral inédita.

Álvaro, A. (2011). "Guerra Fría y formación de capital humano durante el franquismo: un balance sobre el programa estadounidense de ayuda técnica, 1953-1963". Historia del Presente 17: 13-25.

Areilza, J.M. de (1947). Embajadores sobre España. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

Areilza, J.M. de. (1959). "Presente y futuro de las relaciones económicas entre España y los Estados Unidos". Boletín de Estudios Económicos 47: 5-29.

Azcárate, M. (1988). "La percepción española de los Estados Unidos". Leviatán 33: 5-18.

Baldrich, A. (1957). "Balance y efectos de la ayuda norteamericana". Moneda y Crédito junio: 27-46.

Barceló, C. (1984). Implantación del márketing en España. Barcelona, Universitat de Barcelona.

Barciela, C. (2001). La ayuda americana a España, 1953-1963. Alicante, Universidad de Alicante.

Barret, J.W. (1970). A Study of British and American Foreign Relations with Spain, 1942-1945. Georgetown University. Tesis doctoral inédita.

Beaulac, W.L. (1951). Career Ambassador. London, Macmillan.

Beaulac, W.L. (1986). Franco, Silent Ally in World War II. Illinois, Southern Illinois University Press.

Bert, A.W. American diplomacy and Spain during world war II. George Washington University. Tesis Doctoral Inédita.

Bengal, S.C. (1959). The United States and Spain, 1939-1946. A Study in Press Opinion and Public Reaction. Fordham University. Tesis doctoral Inédita.

Biescas, J.A. (1994): "España y las organizaciones económicas internacionales: el FMI y el Banco Mundial (1958-1993)". El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la economía española. M. Varela. Madrid, Parache: 289-307.

Bosch A. and del Rincón, M.F. (2000). "Dreams in a Dictatorship. Hollywood and Franco's Spain, 1939-1956". 'Here, There and Everywhere'. The Foreigns Politics of American Popular Culture. R. Wagnleitner and E. Tyler May. Hanover and Londres, University Press of New England: 100-115.

Brundu, P. (1984). Ostracismo e Realpolitik. Gli Alletti e la Spagna franchista negli anni del dopoguerra. Cagliari, CELT.

- Brundu, P. (1990). *L'anello mancante. Il problema della Spagna franchista e l'organizzazione della difesa occidentale (1947-1950)*. Sassari, Università degli Studi di Sassari.
- Buesa, M. y Molero, J. (1982). "Cambio técnico y procesos de trabajo: una aproximación al papel del Estado en la introducción de los métodos de la organización científica del trabajo en la economía española durante los años cincuenta". *Revista de Trabajo* 67-68: 249-268.
- Calvo, Ó. (2001). "¡Bienvenido Mr. Marshall! La ayuda económica y la economía española en la década de los 50". *Revista de Historia Económica* XIX, n.e.: 253-275.
- Calvo, Ó. (2002). *The Political Economy of Conditional Foreign Aid to Spain, 1950-1963: Relief of Input Bottlenecks, Economic Policy Change and Political Credibility*. London School of Economics. Tesis doctoral inédita.
- Calvo, Ó. (2006). "Neither a Carrot Nor a Stick: American Foreign Aid and Economic Policymaking in Spain during the 1950s". *Diplomatic History* 30, 3: 409-438.
- Calvo, Ó. (2007). "American Military Interest and Economic Confidence in Spain under the Franco Dictatorship". *The Journal of Economic History* 67, 3: 740-767.
- Caruana, L. and Rockof, H. (2003). "A Wolfram in sheep's clothing: U.S. economic warfare in Spain, 1940-1944". *Journal of Economic History* 63, 1: 65-99.
- Caro, R. et al. (1995). *Historia nuclear de España*. Madrid, Sociedad Nuclear Española.
- Catalán, J. (2000). "La creación de la ventaja comparativa en la industria automovilística española, 1898-1996". *Revista de Historia Industrial* 18: 113-155.
- Cava, M.J. (1989). *Los diplomáticos de Franco. J. F. de Lequerica, temple y tenacidad (1890-1963)*. Bilbao, Universidad de Deusto.
- Chamorro, E. y Fontes, I. (1976). *Las Bases Norteamericanas en España*. Barcelona, Euros.
- Chavkin, S., Sangster, J., and Susman, W. (1976). *Spain: implications for United States Foreign Policy*. Palo Alto, Stanford University Press.
- Cortada, J.W. (1973). *Relaciones España - USA, 1941-45*. Barcelona, Dopesa.
- Cortada, J.W. (1978). *Two Nations Over Time. Spain and the United States, 1776-1977*. Westport, Greenwood Press.
- Coy, J. (1975). "American Studies in Spain". *American Studies Abroad*. R.H. Walker. Westport, Greenwood Press: 70-76.
- Delgado, L. (1992). *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. Madrid, CSIC.
- Delgado, L. (2001). "Le régime de Franco, le Plan Marshall et les puissances occidentales". *Relations internationales* 106: 213-230.
- Delgado, L. (2003a). "¿El 'amigo americano'? España y Estados Unidos durante el franquismo". *Studia Histórica. Historia Contemporánea* 21: 231-276.
- Delgado, L. (2003b). "Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la guerra mundial a los pactos de 1953". *Cuadernos de Historia Contemporánea* 25: 35-59.
- Delgado, L. (2005). "Cooperación cultural y científica en clave política: Crear un clima favorable para las bases U.S.A. en España". *España y Estados Unidos en el siglo XX*. L. Delgado y M.D. Elizalde. Madrid, CSIC: 207-243.
- Delgado, L. (2009a). "La maquinaria de la persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos hacia España". *Ayer* 75 (2009a): 97-132.
- Delgado, L. (2009b). *Viento de poniente. El Programa Fulbright en España*. Madrid, AECID/Comisión Fulbright/LID Editorial.
- Delgado, L. (2010). "After Franco, what? La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del posfranquismo". *Claves internacionales de la transición española*. O. Martín y M. Ortiz. Madrid, Catarata: 99-126.
- Delgado, L. (2012). "Objetivo atraer a las élites. Los líderes de la vida pública y la política exterior norteamericana en España". *Guerra Fría Cultural*. A. Niño y J.A. Montero. Madrid, Biblioteca Nueva: en prensa.
- Delgado, L. y Elizalde, M.D. (2005). *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC.
- Díez, E. (1996). "El acuerdo cinematográfico hispano-norteamericano de 1952". *Secuencias* 4: 9-38.
- Dorley Jr., A.J. (1969). *The Role of Congress in the Establishment of Bases in Spain*. St. John's University. Tesis doctoral Inédita.
- Doussinague, J.M. (1949). *España tenía razón (1939-1945)*. Madrid, Espasa Calpe.
- Dura, J. (1985). *United States Policy toward Dictatorship and Democracy in Spain, 1936-1953: a case study in the realities of policy formation*. Berkeley, University of California.
- Edwards, J. (1999). *Anglo-American Relations and the Franco Question 1945-1955*. Oxford, Oxford University Press.

- Escobedo, R. (2010), "La embajada en Washington de Antonio Garrigues Díaz-Cañabate (1962-1964): ¿Una diplomacia para el aperturismo?. *Historia y Política* 23: 243-273.
- Estapé, S. (1997a) "Del fordismo al toyotismo: una aproximación al caso de Motor Ibérica. *Perspectiva histórica, 1920-1995*". *Economía Industrial* 315: 185-195.
- Estapé, S. (1997b). "The Dynamics of the Firm in a Changing Environment: a Case Study of Ford and the Spanish Motor Industry, 1900-1990" *European University Institute*. Tesis doctoral inédita.
- Faber, S. y Martínez, C. (2009). *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Biblioteca Benjamin Franklin, Alcalá de Henares.
- Fanjul, E.: "El papel de la ayuda americana en la economía española, 1951-1957". *Información Comercial Española* 577: 159-165.
- Feis, H. (1948). *The Spanish Story: Franco and Nations at War*. New York, Greenwood Pub.
- Fernández, D. (2006). "El antiamericanismo en la España del primer franquismo: el Ejército, la Iglesia y Falange frente a Estados Unidos". *Ayer* 62: 257-282.
- Fernández, D. (2008). *El antiamericanismo conservador español durante el franquismo*. Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral inédita.
- Fernández, D. (2009). "La erosión del antiamericanismo conservador durante el franquismo". *Ayer* 75 (2009): 193-221.
- Fernández de Valderrama, G. (1964). "España-USA, 1953-1964". *Economía Financiera Española* 6: 14-51.
- Fernández P. y Puig N. (2004). "Knowledge and Training in Family Firms of the European Periphery: Spain, 18th to 20th centuries". *Business History* 46, 1: 79-99.
- Flys, C. y Cruz, J. (2001). *El nuevo horizonte: España/Estados Unidos. El legado de 1848 y 1898 frente al nuevo milenio*. Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares.
- Gallego, M. (1975). "Las inversiones de las multinacionales USA y el desarrollo industrial español". *Economía Industrial* 133: 31-45.
- García Ruiz, J.L. (2002). "Barreiros Diesel and the Chrysler Corporation, 1963-1969: a Troubled Americanisation". *Americanisation in 20th Century Europe: Business, Culture, Politics*. M. Kipping and N. Tiratsoo. Lille, Université Charles De Gaulle: 375-388.
- García Ruiz, J.L. (2003). "Estados Unidos y la transformación general de las empresas españolas". *Cuadernos de Historia Contemporánea* 25: 131-153.
- García Ruiz, J.L. (2004). "The Implementation of Marketing in Spanish Firms during the 1950s and the 1960s", *EBHA Annual Conference*. Barcelona.
- Gil, J. (1967). "Los EE.UU. en el movimiento español de la productividad". *Información Comercial Española* 409: 145-148.
- Gilmore, R.W. (1967). *The American Foreign Policy-Making Process and the Development of a Post-World War II Spanish Policy, 1945-1953: A Case Study*. University of Michigan. Tesis doctoral Inédita.
- Glondys, O. (2010). *Guerra Fría cultural y exilio republicano español: el caso de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*. Universitat Autònoma de Barcelona. Tesis doctoral inédita.
- Gómez Gil, A. (1971). "Cerebros" españoles en U.S.A. Barcelona, Plaza & Janés.
- Guderzo, M. (1993). "Un'amicizia interessata. Stati Uniti e Spagna franchista del 1939 al 1942". *Spagna contemporanea* 4: 85-108.
- Guderzo, M. (1995). *Madrid e l'arte della diplomazia. L'incognita spagnola nella seconda guerra mondiale*, Firenze, Manent.
- Guirao, F. (1996). "The United States, Franco and the Integration of Europe". *The United States and the Integration of Europe: Legacies of the Postwar Era*. H. Heller and J. R. Gillingham. New York, St. Martin Press.
- Guirao, F. (1998). *Spain and the Reconstruction of Western Europe 1945-57. Challenge and Reponse*. London & New York, Palgrave Macmillan.
- Hayes, C.J.H. (1946). *Misión de guerra en España*. Madrid, EPESA.
- Hayes, C.J.H. (1952). *Los Estados Unidos y España: una interpretación*. Madrid, EPESA.
- Halstead, C.R. (1974). "Diligent Diplomat: Alexander W. Weddell as American Ambassador to Spain, 1939-1942". *The Virginia Magazine of History and Biography* 82, 1: 3-38
- Halstead, C.R. (1975). "Historians in Politics: Carlton J. H. Hayes as American Ambassador to Spain, 1942-1945". *Journal of Contemporary History* 10, 3: 383-405.
- Herrero, J.L. (1990). "El papel del Estado en la introducción de la OCT en la España de los años cuarenta y cincuenta". *Sociología del Trabajo* n.e., 9: 141-166.
- Hilton, S.L. (2007). "The Study of U.S. History in Spain". *Teaching and Studying U.S. History in Europe: Past, Present and Future*. C.A. Van Minnen and S.L. Hilton. Amsterdam, VU University Press: 231-252.

- Hoyo A. del (2006). Relaciones político-diplomáticas entre España y Estados Unidos (1963-1970). Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral inédita.
- Hughes, E.J. (1947). Report from Spain. New York, Henry Hold & Co.
- Iglesias, I. (2010). Improvisando la modernidad: El jazz y la España de Franco, de la Guerra Civil a la Guerra Fría (1936-1968). Universidad de Valladolid. Tesis doctoral inédita.
- Iglesias, I. (2011). "Vehículo de la mejor amistad": el jazz como propaganda estadounidense en la España de los años cincuenta". *Historia del Presente* 17: 41-53.
- Jarque, A. (1994). "Estados Unidos ante el caso español en la ONU, 1945-1950". *REDEN* 7: 157-174.
- Jarque, A. (1998). Queremos esas bases: El acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco. Alcalá de Henares, Instituto Franklyn.
- Lemus, E. (2007). "La política de Castiella después de Castiella". Entre la Historia y la memoria. Fernando María Castiella y la política exterior de España (1957-1969). M. Oreja Aguirre y R. Sánchez Mantero. Madrid, R.A.CC: 383-398.
- Lemus, E. (2008). "Los Estados Unidos y la imagen de la situación española en vísperas de la Transición política". *Historia del presente* 11: 97-110,
- Lemus, E. (2011). Estados Unidos y la transición española. Entre la revolución de los claveles y la marcha verde. Cádiz, Sílex/UCA.
- León, P. (2006a). "El comercio cinematográfico como instrumento de la acción norteamericana en España durante la Segunda Guerra Mundial". *Cuadernos de Historia Contemporánea* 28: 303-322.
- León, P. (2006b). "El cine norteamericano en España: las negociaciones para su importación, 1950-1955". *Hispania* 222: 277-318.
- León, P. (2009a). "Los canales de la propaganda norteamericana, 1945-1960". *Ayer* 75: 133-158.
- León, P. (2009b). "State-Corporate Relations, Film Trade and the Cold War: the Failure of MPEAA's Strategy in Spain, 1945-1960". *Historical Journal of Film, Radio and Television* 29, 4: 483-504.
- León, P. (2010). Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960. Madrid, CSIC.
- León, P. (2012). "Faith in the USA. El mensaje de la diplomacia pública americana en España, 1948-1960". *Guerra Fría Cultural*. A. Niño y J.A. Montero. Madrid, Biblioteca Nueva: en prensa.
- Liedtke, B.N. (1997). Embracing a Dictatorship: US relations with Spain, 1945-53. London, Macmillan Press.
- Liedtke, B.N. (2002). "España y Estados Unidos, 1945-1975". España y las grandes potencias en el siglo XX. S. Balfour y P. Preston (eds.). Barcelona, Crítica: 179-193.
- Lodge, J.D. y Mallet, I. (1961). Los Estados Unidos, Inglaterra y España balance de dos gestiones diplomáticas. Madrid, Oficina de Información Diplomática.
- López, M.A. (2008). Las relaciones entre Estados Unidos y España durante la guerra civil y el primer franquismo (1936-1945). Gijón, Ediciones Trea.
- Lowi, T.J. (1963). "Bases in Spain". *American Civil-Military Decisions. A Book of Case Studies*. H.L. Stein. Birmingham, University of Alabama Press: 667-702.
- Marquina, A. (1986). España en la política de seguridad occidental 1939-1986. Madrid, Ediciones Ejército.
- Martín, Ó. (2011). "Walking on Eggs". La diplomacia pública de los Estados Unidos y la protesta estudiantil en España, 1963-1969". *Historia del Presente* 17: 27-40.
- Martín Artajo, A. (1958). "El primer lustro de los convenios hispano-norteamericanos". *Revista de Estudios Políticos* 98: 5-18.
- McCloskey, R.L. (1990). "The 1976 Treaty: overview of the negotiations". *Negotiations with Spain, Greece, and the Philippines*. J.W. McDonald and Bendahmane, D.B.
- Miranda, J.A. (2004). "La Comisión Nacional de Productividad Industrial y la "americanización" de la industria del calzado en España". *Revista de Historia Económica* 3: 637-668.
- Morera, C. (2011). "Un republicano en la Moncloa: la visita de Ronald Reagan a la España de 1985". *Tribuna Norteamericana* 6, Instituto Franklyn-UAH.
- Mostaza, B. (1953). "España, origen de un sistema de coordenadas diplomáticas". *Cuadernos de Política Internacional* 15: 9-49.
- Muns, J. (1986). Historia de las relaciones entre España y el Fondo Monetario Internacional 1958-1982. Madrid, editorial..
- Muñoz, J., Roldán, S. y Serrano, A. (1977). La internacionalización del capital en España 1959-1977. Madrid, Cuadernos para el diálogo.
- Niño, A. (2003). "50 años de relaciones entre España y los Estados Unidos". *Cuadernos de Historia Contemporánea* 25: 9-33.

- Niño, A. (2007). "El exilio intelectual republicano en los Estados Unidos", Cuadernos de Historia Contemporánea n.e.: 229-244.
- Niño, A. (2008). "El exilio de 1939 y la movilización estadounidense a favor de los académicos españoles". Exils, passages et transitions. Chemins d'une recherche sur les marges. Dubbet, A. et Urdician, S. Clermont-Ferrand, CRLMC: 73-83.
- Niño A. (2012). "Los dilemas de la propaganda americana en la España franquista". Guerra Fría Cultural. A. Niño y J.A. Montero. Madrid, Biblioteca Nueva: en prensa.
- Oreja, M. y Oyarzábal, A. de. "Las negociaciones con Estados Unidos". Entre la Historia y la memoria. Fernando María Castiella y la política exterior de España (1957-1969). M. Oreja y R. Sánchez Mantero Madrid, R.A.CC.: 273-305.
- Pardo, R. (1995). ¡Con Franco hacia el Imperio! La política exterior española en América Latina, 1939-1945. Madrid, UNED.
- Pardo, R. (2003). "La política norteamericana". Ayer 49: 13-54.
- Pardo, R. (2004). "Las relaciones hispano-norteamericanas durante la presidencia de L.B. Johnson: 1964-1968". Studia Histórica. Historia Contemporánea 22: 137-183.
- Pardo, R. (2005). "EE.UU. y el tardofranquismo: las relaciones bilaterales durante la presidencia Nixon, 1969-1974". Historia del Presente 6: 11-42.
- Pardo, R. (2007). "La política norteamericana de Castiella". Entre la Historia y la memoria. Fernando María Castiella y la política exterior de España (1957-1969). M. Oreja Aguirre y R. Sánchez Mantero. Madrid, R.A.CC.: 307-381.
- Pérez de Armiñán, G. (1958). "Los fondos de contrapartida en la ayuda americana". Moneda y Crédito 66: 23-49.
- Pizarroso, A. (2010). Diplomáticos, propagandistas y espías. Estados Unidos y España en la Segunda Guerra Mundial: información y propaganda. Madrid, CSIC.
- Planty, D.J. (1990). "The 1983 Agreement on Friendship, Defense, and Cooperation: overview of the negotiations". Negotiations with Spain, Greece, and the Philippines. J.W. McDonald and Bendahmane, D.B.
- Plenn, A. (1946). Wind in the Olive Trees. Spain from the Inside. New York, Boni & Gaer.
- Portero, F. (1989). Franco aislado. La cuestión española (1945-1950). Madrid, Aguilar.
- Portero, F. (2005). "El régimen franquista y Estados Unidos, de enemigos a aliados". España y Estados Unidos en el siglo XX. L. Delgado y M.D. Elizalde. Madrid, CSIC: 141-156.
- Powell, C. (2007). "Henry Kissinger y España. De la dictadura a la democracia (1969-1977)". Historia y Política 17: 223-251
- Powell, C. (2010). "El papel de Estados Unidos en la transición democrática española". Claves internacionales de la transición española. O. Martín y M. Ortiz. Madrid, Catarata: 65-98.
- Powell, C. (2011). El amigo Americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia. Madrid, Galaxia Gutemberg.
- Puig, E. (1967). "Las inversiones americanas en España: análisis global". Información Comercial Española 409: 53-60.
- Puig, N. (2001). "Educating Spanish Managers: The United States, Modernising Networks and Business Schools in Spain, 1950-1975". Inside the Business School: the Content of Management Education. P. Amdam, et al. Oslo, Abstrack forlag AS.
- Puig, N. (2002). "The Americanisation of a European Latecomer: Transferring US Management Models to Spain, 1950s-1970s". Americanisation in 20th Century Europe: Business, Culture, Politics. M. Kipping and N. Tiratsoo. Lille, Université Charles de Gaulle: 259-275;
- Puig, N. (2004). "The Education on a Foreign Market: J. Walter Thompson in 20th Century Spain". EBHA Annual Conference. Barcelona.
- Puig, N. (2005). "La ayuda económica de Estados Unidos y la americanización de los empresarios españoles". España y Estados Unidos en el siglo XX. L. Delgado y M.D. Elizalde. Madrid, CSIC: 181-205.
- Puig, N. y Álvaro A. (2002). "Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles: un estudio preliminar". Historia del Presente 1: 8-29.
- Puig, N. y Álvaro A. (2004). "La guerra fría y los empresarios españoles. La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España, 1950-1975". Revista de Historia Económica 22, 2: 387-424;
- Rey, M. (1993). "La creación de la imagen de Franco y su nuevo Estado en Norteamérica: 'Spain'". Anuario del Departamento de Historia 5: 57-69.
- Roca, A. y Sánchez Ron, J.M. (1992). Aeronáutica y ciencia. Madrid, INTA.
- Rodríguez, F.J. (2007). "Haciendo amigos: intercambios educativos hispano-estadounidenses en clave política, 1959-1969". Studia Historica. Historia Contemporánea 25: 339-362.
- Rodríguez, F.J. (2010). Antídoto contra el antiamericanismo: American Studies en España, 1945-1969. Valencia,

PUV.

Rodríguez, F.J. (2011). "¿Misioneros de la Americanidad? Promoción y difusión de los American Studies en España, 1969-1975". *Historia del Presente* 17: 55-69.

Roldán, C. (1998). *Los americanos en Zaragoza. La presencia de las fuerzas aéreas de Estados Unidos en la base, 1954-1992*. Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y La Rioja.

Rosendorf, N.R. (2006). "Be El Caudillo's Guest: The Franco Regime's Quest for Rehabilitation and Dollars after World War II via the Promotion of U.S. Tourism to Spain". *Diplomatic History* 30, 3: 367-407.

Rosendorf, N.R. (2007). "'Hollywood in Madrid'. American Film Producers and the Franco Regime, 1950-1970". *Historical Journal of Film, Radio and Television* 27, 1: 77-109.

Rubottom, R. and Murphy, J.C. (1984). *Spain and the United States since World War II*. New York, Praeger.

Ruiz-Fornells, E. (1956). *Estudiantes españoles en los Estados Unidos. Diez años de intercambio*. Madrid, Asociación Cultural Hispano-Norteamericana.

Ruiz-Fornells, E. (1959). *Formación de los científicos de la investigación en los Estados Unidos*. Madrid, CSIC.

Ruiz-Fornells, E. (1967). "Presencia de la cultura española en los Estados Unidos a través del intercambio universitario". *Información Comercial Española* 409: 149-155.

Sánchez Muñoz, M.P. (1984). *La dependencia tecnológica española: contratos de transferencia tecnológica entre España y el exterior*. Madrid, Ministerio de Economía y Hacienda.

Sánchez Ron, J.M. (1997). *INTA: 50 años de ciencia y técnica aeroespacial*. Madrid, INTA

Sánchez Sánchez, E. (2002). "French technology or U.S. technology? Spain's choice for modernisation, 1953-1970". *L'Americanisation en Europe au Xxe siècle: économie, culture, politique*. D. Barjot, I. Lescent-Giles et M. de Ferrière. Lille, Université Charles de Gaulle: 215-229.

Sánchez Sánchez, E. (2005). *Rumbo al sur. Francia y la España del desarrollo, 1958-1969*. Madrid, CSIC.

Santesmases M.J. y Muñoz, E. (1997): *Establecimiento de la bioquímica y la biología molecular en España*. Madrid, Fundación Ramón Areces y CSIC.

Santisteban, F. (2009). "El desembarco de la Fundación Ford en España". *Ayer* 75: 159-191.

Sanz, L. (1997). *Estado, ciencia y tecnología en España, 1939-1977*. Madrid, Alianza.

Sausse, O.L. (1957). "Algunos aspectos de los programas de cooperación económica hispano-norteamericanos". *Revista de Economía Política* 8, 1: 35-45.

Seregni A. (2006). "L'antiamericanismo durante la transizione: gli Stati Uniti secondo Triunfo (1976-1982)". *Spagna Contemporanea* 29: 111-124.

Seregni A. (2007). *El antiamericanismo español*. Madrid, Crítica.

Shearer, E.B. (1959). "Significado para España de la ayuda económica norteamericana". *Revista de Economía Política* 10, 3: 989-1006.

Smyth, D. "Franco y los aliados en la Segunda Guerra Mundial". *España y las grandes potencias en el siglo XX*. S. Balfour y P. Preston. Barcelona, Crítica: 142-161.

Tacconi, S. (1955). "Acuerdos y convenios de España con los Estados Unidos de América". *De Economía VII*, 37-38: 601-635.

Tappi, A. (2007). "El fordismo en la industria europea del automóvil: SEAT, 1950-1970". *Revista de Historia Industrial* 34: 97-128.

Tascón J. (2003). "Capital internacional antes de la 'internacionalización del capital' en España, 1936-1959". *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1975*. G. Sánchez y J. Tascón. Barcelona, Crítica: 281-306

Tascón J. (2005). "La red yanqui desde los años treinta hasta los años del 'milagro'". *Redes de empresas en España. Una perspectiva teórica, histórica y global*. J. Tascón. Madrid, LID Editorial Empresarial: 137-154.

Termis, F. (1995). "Algunas consideraciones en torno a las relaciones hispano-norteamericanas en los años 50". *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea* 8: 195-245.

Termis, F. (2005). *Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos desde 1945 hasta 1963*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Thomas, J.M. (2007). *Roosevelt y Franco. De la guerra civil a Pearl Harbor*. Barcelona, Edhasa.

Thomas, J.M. (2010). *La batalla del wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbour a la Guerra Fría (1941-1947)*. Madrid, Cátedra.

Toboso, P. (2001). *Pepín Fernández. Galerías Preciados, el pionero de los grandes almacenes*. Madrid, LID.

Tusell, J. (1991). "Roosevelt y Franco". *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea* 4: 13-29.

Tusell, J. (1995). *Franco, España y la II Guerra Mundial. Entre el Eje y la neutralidad*. Madrid, Temas de Hoy.

Vázquez Montalbán, M. (1973). *La penetración norteamericana en España*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

Viñas, A. (1981). Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos. Bases, ayuda económica, recortes de soberanía. Barcelona, Grijalbo.

Viñas, A. (1984). "El Plan Marshall y Franco". Guerra, dinero, dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco. EDITORIES. Barcelona, editorial: 265-287.

Viñas, A. (2003a). En las garras del águila: Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995). Barcelona, Crítica.

Viñas, A. (2003b). "La negociación y renegociación de los acuerdos hispano-norteamericanos, 1953-1988: una visión estructural". Cuadernos de Historia Contemporánea 25: 83-108.

Viñas, A. et al. (1979). Política comercial exterior de España (1931-1975). Madrid, Servicio de Estudios Económicos, 3 vols.

Watson, B.A. (1971). United States-Spanish Relations, 1939-1946. George Washington University. Tesis Doctoral Inédita.

Whitaker, A.P. (1961). Spain and the Defense of the West. Ally and Liability. New York, Harper & Brothers.

[Volver](#)

Resumen:

Este artículo rastrea la evolución de los estudios históricos sobre las relaciones entre España y Estados Unidos desde inicio de la II Guerra Mundial (1939) hasta el cierre de la Guerra Fría (1991). Los estudios sobre el tema han reflejado las peculiaridades de unas relaciones determinadas por la evolución de las relaciones transatlánticas a partir del desenlace del primer conflicto y el devenir del segundo, que convirtieron a los Estados Unidos de América en referente y socio ineludible del conjunto de Europa Occidental en materia diplomática, militar, económica y cultural. Hasta los años noventa del siglo pasado, los estudios de corte diplomático-estratégico dominaron cuantitativamente la producción historiográfica, en demasiados casos obra de historiadores no profesionales o científicos sociales con poca atención al método histórico. Afortunadamente, en los últimos años el creciente interés por el papel de las transferencias culturales y económicas en las relaciones internacionales de la historiografía española ha alumbrado un considerable número de novedosos estudios y perspectivas, que junto a un grupo de trabajos debidamente documentados y concebidos sobre las relaciones diplomáticas y estratégicas, ofrecen una visión cada vez más contrastada de la auténtica naturaleza y múltiples consecuencias del vínculo bilateral a lo largo de este periodo.

Palabras clave:

Relaciones España-Estados Unidos, estudios históricos, España, Estados Unidos.

Abstract:

This article follows the evolution of historical studies concerning Spanish-American Relations from the start of World War II (1939) to the end of the Cold War (1991). The studies show the peculiarities of a relationship determined by the institution of the United States of America as the main referent and partner of Western European countries in the diplomatic, military, economic and cultural arena. Up to the 1990s, works focused on strategic and diplomatic matters dominated in number, but in too many cases they were written by amateur historians or social scientists who did not pay due attention to historical method. Fortunately, the increasing interests of Spanish historians to the role of cultural and economic transfers in international relations has given birth more recently to a considerable number of new studies and perspectives, which together with a new crop of diplomatic and strategic studies properly researched, picture an increasingly rich and contrasted view of the real natural and multiple consequences of bilateral relations during this period.

Keywords:

Spain-U.S. Relations, historical studies, Spain, United States.

Fecha de recepción: 11/12/2011

Fecha de aceptación: 09/01/2012

[Volver](#)

Imprimir

Miscelánea

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- La boda de Alfonso XIII: "pasión espectacular" y jerarquías sociales.
José Miguel Hernández Barral.

Imprimir

Circunstancia. Año X - N° 27 - Enero 2012

Miselánea

LA BODA DE ALFONSO XIII: "PASIÓN ESPECTACULAR" Y JERARQUÍAS SOCIALES.

José Miguel Hernández Barral

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

Definiendo elites y públicos en los preparativos.

Bodas y festejos.

Pasión espectacular.

Notas y Referencias Bibliográficas.

IMÁGENES

En uno de sus libros de recuerdos sobre el Madrid de comienzos de siglo, Melchor Almagro de San Martín – diplomático, cronista, personaje de esa vida de sociedad- dedicó varias páginas a la boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg. Observador atento de lo que sucedía, Almagro sostuvo que, en todo ese periodo, la corte no contempló un lujo semejante^[1]. Comparada con la Jura de la Constitución que tuvo lugar cuatro años antes, el despliegue de actos, los invitados y la asistencia de público hicieron del enlace un acontecimiento memorable. El atentado que sufrió la comitiva regia y que provocó más de treinta muertos fue una sacudida dolorosa que quedó grabada en la mente de todos los asistentes. Sin embargo no frenó de una forma radical los actos y los festejos continuaron los días posteriores como estaban programados.

Bagehot dijo hace muchos años que una boda real rivets mankind. Su opinión no podía ser más apropiada para este caso, pues en aquellos días de mayo de 1906 en las calles de Madrid se esbozó mucho del género humano. Sin embargo, Bagehot no fue tan explícito a la hora de referirse a los medios que definían esa sociedad y sus jerarquías. Desde nuestro punto de vista, preparativos, desfiles, palcos en las corridas e, incluso, el atentado tuvieron un efecto directo como configuradores de jerarquías. De alguna forma se procuraba ordenar la sociedad del momento y que los demás percibieran ese orden. Aquí la nobleza, y muy especialmente los Grandes de España, tenían mucho que decir. Desde distintos lugares se ha repetido que los nobles como grupo ya no pintaban nada a comienzos del XX. Se habían mezclado con la "burguesía emergente", había establecido la historiografía más pendiente de la clase y el bloque de poder. Fijarse en la ceremonia, fijarse en los Grandes en la boda de Alfonso XIII no supone dar un bandazo y dedicarse ahora a señalar las "persistencias" de ese grupo sin atender a las circunstancias propias de la sociedad de esos momentos. Como ha señalado Javier Moreno Luzón, una historia cultural de las elites debe atender a la "manera en que se percibían a sí mismas y eran percibidas como tales"^[2]. La boda real de 1906 es una buena ocasión para probar la oportunidad de un acercamiento de este tipo.

Detenerse en la boda de Alfonso XIII no es una pérdida de tiempo o un campo abonado para la anécdota y el recuerdo. Hace ya unos años David Cannadine señaló la importancia de acercarse al "teatro de poder" desde la perspectiva del historiador. Para él, hasta ese momento –eran los años ochenta-, las ceremonias, actos y rituales alrededor del trono se habían entendido como algo irrelevante, poniendo todo el peso en las estructuras que definían ese poder^[3]. Un acercamiento a la boda del Rey parece muy apropiado en este sentido, no sólo como una forma de abordar el contenido simbólico de la monarquía borbónica en esos momentos.

En primer lugar, en estas páginas se tratará de los preparativos y del papel que se otorgó a la Grandeza desde la organización de la boda, especialmente en comparación con la Jura de la Constitución. Después se analizarán los actos celebrados en torno a la boda real, con especial atención al mismo enlace, pero también a otros menos notables como el entierro de los muertos en el atentado o la corrida en homenaje a los Reyes. Por último se planteará qué reconocimiento podían tener esas jerarquías así como su proyección en el reinado de Alfonso XIII.

Definiendo elites y públicos en los preparativos.

Tras el viaje a Inglaterra de Alfonso XIII a finales de 1905, se comenzó a barajar en España la posibilidad de que el Rey se comprometiera con una princesa inglesa. Finalmente, tras una larga etapa de conjeturas tanto en la prensa española como en la británica y francesa^[4], el enlace se hizo oficial el 25 de enero de 1906 cuando el Rey visitó a la princesa Victoria Eugenia en Biarritz e hicieron público su compromiso.

Paso previo a la boda fue el bautizo de la futura Reina en la Iglesia Católica. Tuvo lugar en el palacio de Miramar (San Sebastián) el 7 de marzo y supuso una introducción a través de la prensa –fue una ceremonia privada- en la dinámica propia de los actos en torno al enlace regio. Al margen de la Familia Real, los protagonistas fueron personajes de la corte entre los que se hallaban algunos muy cercanos al Monarca: el duque de Alba, el duque de Sotomayor (Mayordomo Mayor de Palacio) o el marqués de Viana. Sin embargo, también hubo otros asistentes que no pertenecían a la Grandeza y que daban a la ceremonia cierto tono oficial. Aquel protagonismo compartido en un acto de escasas dimensiones hizo que el bautismo de Victoria Eugenia transmitiera unas jerarquías a medio camino entre las que tenían un componente nobiliario y las que procedían de la política.

Tras esta ceremonia previa, hasta la fecha de la llegada de los invitados y de la novia, tuvo gran interés el desarrollo de los preparativos para los distintos fastos. La Mayordomía Mayor de Palacio fue la encargada de organizar algunos de los actos principales, con el duque de Sotomayor como responsable último[5]. Desde esta instancia se definió el desfile previo al enlace como uno de los actos que mayor realce debían dar a la celebración. Con este objeto se acudió a los Grandes de España, preguntándoles por su interés en tomar parte en la comitiva que acompañaría a los contrayentes hasta la iglesia de los Jerónimos. En la Jura de la Constitución de 1902 ya se había organizado uno similar camino del Congreso. En aquella ocasión participaron doce Grandes montados en sus carrozas de gala[6]. Ahora también se recurría a los Grandes para acompañar al cortejo que, aunque también enfilaba la carrera de San Jerónimo, ahora lo hacía con destino a la iglesia de los Jerónimos y no al Congreso. A los Grandes sólo se les ponía una condición para desfilar: acudir con carroza de gala, quien no tuviera quedaría excluido.

De los Grandes consultados –cincuenta y cuatro entre los aproximadamente doscientos ochenta que componían ese grupo-, veinte respondieron afirmativamente sobre su participación en el desfile[7]. Aunque el número era mayor que en la Jura, no parecía relevante en comparación con el conjunto de la Grandeza. Tampoco estaba claro el motivo que explicaba la criba previa que había realizado el Mayordomo Mayor, los motivos que le habían conducido a elegir esas cincuenta y cuatro casas. Sin embargo, algo resultaba evidente: los Grandes tenían reservado en aquel desfile un lugar envidiable, nunca mejor dicho. Ningún estamento, grupo social o cuerpo de la administración participaba como tal en este acto. De hecho, sus veinte carrozas superaban el conjunto de carrozas destinadas a la familia real y a los miembros de casas reales invitadas a la ceremonia. Su distinción y exclusividad quedaba fuera de toda duda.

Sin embargo, tras la Grandeza de aquellos que aceptaron la propuesta de Sotomayor se podían encontrar perfiles muy diferentes. Algunos de ellos representaban casas con una gran tradición en la Historia de España. Estaba el duque de Alba, también el de Medinaceli. En otros casos, el título no tenía tanta historia. Las Grandezas de Santoña o Almodóvar eran ambas de 1875. De todas formas el duque de Sotomayor les había preguntado por su participación en el desfile, la antigüedad no era el criterio de distinción si se ostentaba la Grandeza. En tercer lugar estaban aquellos que procedían de una familia con títulos antiguos pero que se habían hecho con una carroza recientemente. Del duque de Montellano se decía en las crónicas del momento que “estrenaba valiosísima carroza”[8]. El duque se había casado tres años atrás con una rica heredera mexicana, lo cual podía explicar la compra de un coche de gala.

En sus cartas que interrogaban sobre la participación en el desfile, se diera cuenta o no, Sotomayor estaba definiendo un espacio de exclusividad. En él cabían aquellos que cumplieran unos requisitos que podían parecer contradictorios a los ojos de algunos, pero que en sus personas adquirían toda su lógica. Lo antiguo y lo nuevo se mezclaban a través de la Grandeza que se ostentaba y la carroza que se conservaba o se adquiría. Eran elementos de distinción del pasado que funcionaban en el presente y que, además, se podían actualizar sin dificultad. El desfile estaba organizado.

El otro acontecimiento que se preparó desde la Mayordomía fue la corrida de toros en honor de los Reyes. El 2 de junio era el día fijado. Aunque la Diputación de la Grandeza de España pagaba este evento, el reparto de las invitaciones correspondió al duque de Sotomayor. Las problemáticas que aquí se dieron fueron muy distintas a las del desfile. Básicamente se trataba de contentar a todos los que desde un sitio u otro solicitaban una entrada. El duque tuvo que cambiar varias veces la forma de distribuir las invitaciones, pues las peticiones eran muy numerosas. De hecho no se concluyó la distribución hasta que el enlace fue inminente. Desde distintos ministerios y el Congreso se solicitaron entradas para sus empleados. También hubo particulares que se dirigieron al duque con el objeto de hacerse con una entrada. El Mayordomo no se sentía muy a gusto como acomodador de unos y otros y manifestó varias veces lo cargante que le resultaban los cambios en la distribución de las entradas y en la disposición de la gente en la plaza.

Se estaba diseñando un acto muy distinto que el desfile. Sin embargo, allí las jerarquías eran similares. La diferencia era que el duque gestionaba ahora la asistencia de los espectadores, que no lo eran sólo de los toros, también acudían para presenciar el espectáculo de las gradas. Aunque el reparto no dependía exclusivamente de él, tuvo que intervenir en varios desacuerdos. A pesar de lo molesto que pudiera ser, su papel volvía a ser clave. En aquella plaza y alrededor de la boda buscaba contentar a todos, al menos a la mayoría. También hacía un esfuerzo porque esa jerarquía que empezaba en el Rey y seguía por los Grandes fuera asumida hasta en una corrida de toros. En esta ocasión se reservaron entre 120 y 150 entradas para los “gentilshombres con ejercicio y servidumbre Grandes de España y primogénitos”. No sólo importaba el número de asientos reservados, también llamaba la atención que todos fueron en palcos y un pequeño número en la barrera[9]. En la plaza no eran los únicos como casi ocurría en el desfile, pero la organización les otorgaba de nuevo un puesto preeminente, por muchos quebraderos de cabeza que le creara al duque de Sotomayor. Aunque el desfile y la corrida no fueron los únicos eventos alrededor de la boda, en su organización reflejaron claramente como se quiso realzar y configurar el acto acudiendo a unas elites determinadas.

Dentro de los preparativos, la ornamentación de la ciudad era algo fundamental. Sin embargo, la decoración de la ciudad no contentó a todos. Las iluminaciones de plazas y fuentes fueron motivo de queja, comparándose con frecuencia a las desplegadas durante la Jura Real. A pesar de ello, se iluminaron varios monumentos que los visitantes podían contemplar por la noche durante los días de la boda. Tuvo especial resonancia la iluminación de la fuente de la Cibeles. Este tipo de acontecimientos eran muy distintos que los desfiles o los espectáculos, allí no había jerarquías. Sin embargo, la prensa y las memorias le dedicaron a estos actos un espacio secundario. Mientras en la Jura las farolas gigantes instaladas en la Puerta del Sol supusieron una gran atracción, en la boda ese tipo de decoraciones quedaron en un segundo plano, muy desdibujadas por los eventos organizados para dar relieve a la boda.

Bodas y festejos.

Con la futura Reina ya en España, comenzaron algunos de los festejos programados. Uno de los que más admiración suscitó fue la caravana de automóviles que acudió al palacio de El Pardo para saludar a Victoria Eugenia. Esta visita, auténtica metáfora de la modernidad, se había organizado de forma extraoficial y en ella participaron varios miembros de la nobleza. Según la prensa, entre uno y dos centenares de automóviles acudieron a El Pardo encabezados por el Rey. No era un festejo que de inicio resaltara el papel de los nobles. Sin embargo, los encargados de saludar a doña Victoria Eugenia fueron, entre otros, el marqués de Santa Cruz, el duque de Arévalo del Rey, el duque de San Pedro de Galatino y el duque de Prim. No eran una nobleza de mucho abuelo, excepto el primero de ellos, pero todos ostentaban la Grandeza. Por allí también se dejaron ver Alba, Medinaceli, Rafal y los hijos de la duquesa de Fernán Núñez. Nuevamente se observaba ese equilibrio que se había permitido en las carrozas de gala entre nobles de origen muy remoto y otros recién titulados[10]. Lo interesante, no cabe duda, es que incluso en un evento tan "moderno", tan alejado de las jerarquías clásicas, la nobleza lograba hacerse hueco.

Llegado el día del enlace, la mañana del 31 de mayo comenzó siguiendo lo dispuesto por Sotomayor y otros encargados de los actos. La comitiva del Rey, la primera en ponerse en marcha, partió de Palacio con su cortejo cercano a las cuarenta carrozas de gala. Allí iba la Familia Real, las Casas Reales invitadas y aquellos veinte Grandes que disponían de una carroza en su propiedad. Muchos ojos contemplaron el desfile. Es imposible conocer el número de espectadores –la palabra es especialmente apropiada– del paso de las carrozas. Sin embargo, algunos periódicos del momento fueron ofreciendo datos que, sin un contraste posible, daban una idea de los asistentes. El ABC habló de 400.000 asistentes al desfile. El Imparcial había hecho notar que desde el día 29 habían llegado a Madrid trenes con unas 50.000 personas. Fotos de unos y otros eran especialmente elocuentes a la hora de apreciar el poder de convocatoria de aquellas carrozas, sus monarcas y otros ocupantes.

En Los Jerónimos, en cambio, no podía entrar cualquiera. El enlace, que empezó un poco más tarde de lo previsto al tener que esperar la llegada algo impuntual de la novia, fue presenciado desde los bancos y tribunas instaladas al efecto por un número bastante selecto de público. El cardenal Sancha, arzobispo de Toledo y celebrante principal, escribió unos días antes a Palacio lamentando el reducido espacio de la iglesia madrileña[11]. Sin embargo, allí poco parecía importar el número y mucho la disposición. De hecho, lo limitado de los asistentes subrayaba la distinción de los mismos. Una vez dentro, no era lo mismo sentarse en la tribuna de ex ministros que en la de embajadores o miembros del Gobierno. Los invitados de casas reales extranjeras y otros representantes tenían un puesto principal. No obstante, un paso más allá estaban los Grandes. Ellos ocuparon los asientos más cercanos al presbiterio, podían ver toda la ceremonia sin problema y, ante todo, ser vistos por los asistentes sin ninguna dificultad.

Durante el camino de regreso a Palacio se produjo el atentado tristemente famoso. Un joven anarquista lanzó una bomba al paso de la carroza que conducía a los Reyes, provocando más de treinta muertos. La situación que se vivió fue de caos absoluto aunque los Monarcas sorprendentemente salieron ilesos. Al día siguiente, el atentado copó las primeras páginas de todos los periódicos que dedicaron al suceso una amplia atención, recogiendo todo tipo de datos sobre las víctimas y cualquier rumor sobre el autor y posibles colaboradores. Aquel hecho brutal, que tenía por principal objetivo acabar con la vida del Rey, también era un ataque al mismo acontecimiento de la boda, a las jerarquías que allí se ofrecían. Sin duda otros magnicidios o intentos frustrados habían procurado acabar con la cabeza del orden político y, apenas un año antes, incluso con el mismo Rey. Sin embargo, esos atentados también resultaban una forma de "destruir la sociedad", en cuanto que atentaban no sólo contra los protagonistas, también lo hacían en el momento en que su posición se transmitía con más fuerza y claridad[12].

Del atentado surgió toda una imagen del Monarca, divulgada por la prensa y las memorias de unos y otros. Al mismo tiempo, la Reina fue presentada de una forma determinada, insistiendo en una serie de temas como la sangre en su vestido, su desmayo, etc. No obstante, y aunque tenga una conexión importante, desde nuestra perspectiva parece más importante plantearse hasta qué punto el atentado supuso el fin de los festejos y su dimensión aristocrática.

El mismo día del atentado se suspendió la recepción que se había organizado en Palacio tras el enlace. Al día siguiente había proyectado un baile que fue cancelado en señal de duelo. De alguna forma, aquellas páginas copadas por noticias sobre la persecución del sospechoso, su muerte, los datos de la bomba... eran una forma de desplazar de ese espacio privilegiado a los que debían haber sido sus ocupantes: los contrayentes, por supuesto, pero también todo lo que les rodeaba y había sido diseñado con anterioridad. A pesar de que las portadas trataran sobre la muerte, en ésta también había jerarquías y la nobleza sabía ocupar su lugar incluso en estas situaciones.

Entre los muertos del atentado se encontraba la marquesa de Tolosa, hija del marqués de Perales, Grande de España. En el momento de la explosión ocupaba uno de los balcones cercanos al lugar donde estalló la bomba. En el atentado también falleció una nieta del marqués. Sin duda, sus funerales fueron los más seguidos por la prensa. En éstos, la nobleza ocupaba de nuevo un lugar preeminente, perfectamente jerarquizado. Se celebraron el día siguiente al atentado y allí estuvo presente un nutrido grupo de la nobleza. El Rey envió como su representante al duque de Santo Mauro, la Reina al marqués de Aguilar de Campoó. Otros muchos Grandes y nobles acompañaron al cadáver desde el palacio del marqués de Perales hasta el cementerio[13]. Por supuesto allí no sólo apareció la nobleza, el público asistente fue bastante numeroso. Hablar del funeral de una de las víctimas era hablar del atentado, pero servía también para ofrecer de nuevo las jerarquías atacadas y también desplazadas por la bomba de Morral.

A parte de la capacidad de aprovechar las oportunidades que se presentaban, ante todo la nobleza se apoyó en los festejos que aún quedaban por celebrar para destacar su posición. A pesar de la suspensión de los actos inmediatamente posteriores a la boda, la mayoría de los que estaban previstos siguieron su celebración según lo planeado. El Rey lo tuvo muy claro desde el principio: no se iban a detener las celebraciones y muestra de ello fue su paseo por la ciudad en coche descubierto el 1 de junio. El 2 se celebró la corrida de toros que tantos disgustos había provocado al duque de Sotomayor en la Mayordomía. Aunque el Ayuntamiento y Palacio habían sido los encargados de la organización material, la corrida en sí dependía de la Diputación de la Grandeza.

Los toreros entraron en la plaza en carroza, unos con el duque de Alba, otros con el de Medinaceli y, los últimos, con el de Tovar. Pie en tierra, duques y toreros saludaron a la presidencia. En los palcos y tendidos la actividad era igual o más importante que en la arena. Todas las miradas estaban puestas en los asistentes y, sin duda, muchas iban a aquellos asientos reservados para la Grandeza de España, sus familiares e invitados. El diseño planteado desde Palacio parecía haber funcionado de nuevo.

Dos días más tarde hubo otro evento relacionado con la boda. Se trataba de una fiesta en casa de la duquesa de Fernán Núñez, el conocido palacio de Cervellón[14]. Allí se reunió gran parte de la nobleza madrileña junto con los invitados de las casas reales y, por supuesto, la pareja de contrayentes. El espacio era exclusivo, también los asistentes. No eran únicamente miembros de la nobleza pero el peso de la jerarquía se hizo notar una vez más. El anfitrión decía mucho, también la celebración de la fiesta en uno de los palacios que mejor representaban esa tipología residencial en su tremenda relación con el pasado. Las fiestas en los palacios de la Grandeza eran algo frecuente que tenía un trasunto menos exclusivo en las reuniones en embajadas o en palacios de nobles sin Grandeza. Por entonces aún no existía la competencia de los hoteles y constituían parte principal de la vida de esa sociedad, de las relaciones que la configuraban [15].

En aquella fiesta no había público que contemplara el espectáculo: los únicos asistentes eran los invitados y, como hemos visto, la entrada era selecta. Sin embargo, al día siguiente se podían leer extensas crónicas sobre lo acontecido en la fiesta, escritas por los cronistas de sociedad, un tipo de periodista muy extendido en la prensa del momento. En sus artículos no se asomaban todos los que aparecieron por el palacio de Cervellón, pues el cronista mencionaba sólo a algunos. El criterio para nombrar a tal o cual dama, sus joyas y su carácter simpático quedaba siempre a su arbitrio. Eran crónicas que hablaban mucho de la sociedad del momento y también procuraban configurarla.

Refiriéndose a esa vida de sociedad el profesor Villacorta habló de una "jerarquizada red de polaridades cotidianas"[16]. En esa red, en la construcción de esas jerarquías, tenía un peso evidente la crónica social. En esta ocasión lo señalado es que fuera la fiesta en un palacio de un Grande de España el espacio en el que esas jerarquías se definieran. No eran los Grandes ni los nobles los únicos presentes ni los únicos citados. Sin embargo, su preponderancia era clara y quiénes no pertenecían a ese grupo social copiaban sus elementos de distinción. Se trataba de joyas y trajes pero también de esa participación en una fiesta en honor de los Reyes en la que se bailaba el rigodón, acudían muchos nobles y todas las habitaciones hablaban de arte e Historia. La marquesa de Ivanrey, la de Squilache, la de Casa-Pavón, la condesa de Torre Arias, la de San Félix y su hija "Nini" Castellanos eran algunas de las que mencionaba Monte Cristo, el cronista de El Imparcial. Ninguna era Grande de España en ese momento, la mayoría tenían un título nobiliario, bastante reciente en algunos casos. Bajo el titular "la concurrencia" el cronista citaba gran número de invitados, empezando por los títulos y siguiendo una jerarquía en la que la nobleza marcaba la pauta –primero, duques, luego marqueses, después condes y barones, para acabar con los asistentes sin título alguno-[17].

En ese marco, el elemento que marcaba las diferencias para el cronista de sociedad era el arte asociado a la Historia, al pasado. Como introducción a su artículo, Monte Cristo hacía un recorrido por el palacio en el que iba subrayando la presencia de un Murillo, un Ribera, un Goya, incluso un Tiziano. Existían también algunas piezas más modernas: una escultura de Benlliure o un retrato de Moreno Carbonero. Sin embargo, era en su relación con las obras de arte antiguas en ese palacio suntuoso dónde adquirirían su tono exclusivo. Lo nuevo y lo antiguo –igual que en los títulos de los asistentes- encajaba perfectamente, eso sí en el contexto específico de una familia perteneciente a la Grandeza de España, cercana al Rey y con unos elementos de distinción concretos.

Sin duda, aquel baile fue el acontecimiento en el que la nobleza ocupó un lugar más destacado junto con el desfile camino de Los Jerónimos. No sólo funcionaba el privilegio de una posición distinguida que los otros podían contemplar. Ahora la participación era tremendamente exclusiva. Otros actos siguieron celebrando la boda de los Reyes. Hubo una retreta militar, una "batalla de flores" en el paseo de coches del parque del Retiro y algún acontecimiento más. Estos eran eventos muy poco dados a distinguir jerarquías: las "batallas de flores" –similares a los desfiles de carrozas en carnaval- no tenían ninguna dimensión nobiliaria, solían ser marcadamente populares. Sin embargo, a pesar de esto, también en estas ocasiones aparecieron esas jerarquías nobiliarias. En el caso de la retreta fue la Mayordomía la que avisó a los Grandes para que fueran a verla [18]. En la batalla, algunos nobles prepararon sus carrozas aunque la celebración quedó algo deslucida por el mal tiempo que obligó a retrasarla dos días [19].

Por fin, poco a poco, los invitados de las distintas casas reales fueron abandonando Madrid. La ciudad volvía a la calma después de unos días de intensas emociones, de mucho dramatismo y, al mismo tiempo, durante los cuales se definió una jerarquía social de forma clara, señalando a la nobleza como la elite social más destacada.

Pasión espectacular.

Para Almagro de San Martín, aquel espectador atento de los actos alrededor de la boda de los Reyes, no había mejor expresión que ésta –'pasión espectacular'– para reflejar la actitud del pueblo de Madrid esos días. Cuando hizo ese diagnóstico de lo que ocurría en la mente de los madrileños y gentes venidas de fuera[20], Almagro se refería especialmente al desfile de la boda, pero la misma expresión podría servir para todos los eventos organizados aquellos días. Como se ha visto, Almagro era de los que interpretó la boda, y de hecho todo el reinado de Alfonso XIII, desde la perspectiva del atentado, algo que no fue tan definitivo en esos momentos.

Al margen de sus visiones finalistas, su interpretación sobre la reacción del público ante los actos, su involucrarse en ellos no dejaba de ser acertada. Obviamente no eran las ceremonias organizadas alrededor de la monarquía británica[21] pero su preparación y desarrollo se puede calificar de brillante. La Monarquía apostó por aprovechar la oportunidad que ofreció la boda para cultivar su imagen. La variedad de actos, su número y el

mostrarse constante de los Reyes así parecían testimoniarlo. Sin embargo, durante el reinado de Alfonso XIII no hubo una continuidad en este tipo de actos. Se optó con frecuencia por el viaje a distintas zonas de España, algo sin duda que seguía esa línea de ofrecer una imagen de la Monarquía. Sin embargo, la boda fue un ejemplo aislado desde el punto de vista del ceremonial [22].

El mayor beneficiado de aquella pasión desatada fue la nobleza. En los actos principales tuvo su puesto privilegiado. En algunos casos como el desfile de las carrozas o la corrida de toros, procuró reservarse y disfrutar de su papel exclusivo de una forma muy clara. En la fiesta en el palacio de Cervellón se podían percibir con claridad los elementos que les distinguían de otras elites. Había, sin duda, una especial atención por lo antiguo que se observaba en el valor que se daba al palacio en sí mismo y a sus obras de arte, también al título y la familia a la que pertenecía la duquesa de Fernán Núñez. En ese concepto de nobleza, incluso cuando se hablaba sobre la Grandeza, cabían bastantes cosas. La carroza que condujo al duque de Santoña así lo demostró el 31 de mayo. Sin embargo, aunque hubiera cierto margen, se podían definir unas pautas que conformaban ese "capital nobiliario", por utilizar la expresión de Bourdieu. Para este autor, ese capital se fundaba en la "memoria de las genealogías, en la antigüedad del título y en la creencia en la ficción de la continuidad" [23]. Estos fundamentos estaban presentes como elementos de distinción, pues el recurso a la Grandeza como cúspide entre los nobles insistía en la importancia del pasado y de la Historia. Está claro que no era lo único que contaba para ser Grande, la cercanía con el Monarca se presentaba como otro ingrediente de aquel capital. No obstante, lo interesante de ese capital es que seguía funcionando como elemento de distinción y así se reconocía al recurrir a ellos en unos y otros actos.

Había otras opciones claras. Se podía haber preferido otro tipo de elites de carácter político o de otro orden. Aunque esas personalidades aparecieron siempre lo hacían en un plano secundario, por detrás de los Grandes muy especialmente. También se pudo haber diseñado una serie de eventos mucho más populares, en el sentido de que no estuvieran marcadas de una forma tan clara las diferencias entre los espectadores y esos protagonistas –aunque ellos a veces también fueran espectadores-. Con respecto a la Jura de la Constitución de sólo cuatro años antes, la boda real fue un acontecimiento marcadamente aristocrático.

La boda real de Alfonso XIII y Victoria Eugenia subrayó la condición de elite social que se quería seguir reservando a la nobleza. De alguna forma, se puede pensar, se vio favorecida durante los primeros años del reinado de don Alfonso por el peso importante que jugaba en la vida social en muchos lugares de España. También le favoreció que se quisiera acceder, con gran ansiedad en algunos casos, a un título nobiliario durante esos mismos años [24]. La apuesta del Rey podría parecer desafortunada, a caballo perdedor. Sin embargo, negar la fuerza que tenían ese tipo de distinciones sociales a comienzos del XX sería desconocer la realidad de una sociedad en lenta aunque imparable transformación.

[Volver](#)

Notas y Referencias Bibliográficas.

- Almagro de San Martín, Melchor (1946), *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, Atlas.
- Antón del Olmet, Luis y García Carraffa, Arturo (1913), *Grandes españoles: Alfonso XIII*, Madrid.
- Bourdieu, Pierre (2007), "Postface" en LANCIENT, Didier et SAINT MARTIN, Monique de, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nous jours*, Paris, Éditions de la MSH, pp. 385-397.
- Burleigh, Michael (2008), *Sangre y rabia*, Madrid, Taurus.
- Cannadine, David (1987), "Introduction: divine rites of kings" en Cannadine, David & Price, Simon (ed.), *Rituals of Royalty*, Cambridge, CUP, pp. 1-19,
- Cannadine, David (1994), "Lord Curzon as Ceremonial Impresario" en *Aspects of aristocracy*, London & New Haven, YUP, pp. 77-108.
- Gómez Santos, Marino (1969), *La reina Victoria Eugenia de cerca*, Madrid, Afrodísio Aguado.
- González-Varas, Ignacio (2010), *Palacios urbanos. La evolución urbana de Madrid a través de sus palacios*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
- Hernández Barral, José Miguel (2011), *Procesos de ennoblecimiento en la España de Alfonso XIII*, Madrid, Ediciones Hidalguía.
- Mayer, Arno (1984), *Las persistencias del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza Editorial.
- McDonogh, Gary Wray (1989), *Las buenas familias de Barcelona*, Barcelona, Omega.
- Menéndez Prendes, Pedro (1906), *Boda y fiestas reales. Recuerdo histórico del casamiento de S.M. Alfonso XIII con la egregia princesa Victoria Eugenia de Battenberg*, Madrid.
- Moreno Luzón, Javier (2008), "La historiografía de las elites en la España liberal" en Zurita, Rafael y Camurri, Renato (ed.), *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, PUV.
- Tuñón de Lara, Manuel (1967), *Historia y realidad del poder*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.
- Villacorta, Francisco (1997), "La vida social y sus espacios" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXIII, Madrid, Espasa, pp. 663-725.

[1] Almagro de San Martín (1946), p. 167.

[2] Moreno Luzón (2007), p. 42: "Hoy por hoy, las perspectivas más prometedoras proceden de una posible historia cultural de las élites que en íntimo contacto con la historia social, la antropología cultural y la historia cultural de la política, se adentre en el mundo de lo simbólico y calibre su peso en el ejercicio del poder, describa los rituales y lenguajes asociados al mismo, los ámbitos de sociabilidad frecuentados por las élites, los espacios domésticos y públicos en que se movían y, en general, sus modos de vida y sus costumbres. En definitiva, la manera en que las élites se percibían a sí mismas y se veían reconocidas como tales". Un ejemplo de la visión de la sociedad del momento que insistía en el bloque de Poder, Tuñón de Lara (1967). Las persistencias son un concepto de Mayer (1984).

[3] Cannadine (1987), p. 2.

[4] Gómez Santos (1964), pp. 29-67.

[5] Las gestiones realizadas se conservan en el Archivo General de Palacio (a partir de ahora AGP), Reinados-Alfonso XIII, 8768/1.

[6] Antón del Olmet y García Carraffa (1913), p. 190.

[7] Duque de Alba, conde de Almodóvar, duque de Aliaga, duque de Arión, duque de Bailén, duque de la Conquista, duquesa de Fernán Núñez, duque de Granada de Ega, conde de Guaqui, conde de Heredia Spínola, duque de Lécera, duque de Medinaceli, duque de Montellano, duque de Nájera, duque de Santoña, duque de Tamames, marqués de Tovar, duque de Valencia, marqués de Valmediano y marqués de Viana. AGP, Reinados-Alfonso XIII 8768/1. En algunas crónicas se habla también de la participación del conde de Montijo y del marqués de Alcañices. Vid. El Imparcial, 31-V-1906.

[8] Menéndez Prendes (1906), p. 53.

[9] AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8768/1-F.

[10] Heraldo de Madrid, 28-V-1906 y Almagro de San Martín (1946), p. 156.

[11] "Es una lástima que no sea más amplia la Iglesia de San Jerónimo", carta del cardenal Sancha al duque de Sotomayor, 26-V-1906, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8768/1.

[12] McDonogh (1989), p. 260-2. Este es el sentido que McDonogh da a los atentados del Liceu y el Corpus en Barcelona de 1893 y 1896. Las conexiones con la boda real nos parecen claras, incluso en el origen ideológico y regional del autor. Burleigh (2008), pp. 101-126 aporta una visión sobre el terrorismo anarquista internacional que conecta perfectamente con el atentado de Morral.

[13] El Imparcial, 2-VI-1906.

[14] Ni el palacio ni el título eran de los más antiguos de la capital. Sin embargo, la prestancia social de la poseedora del título y de sus hijos habían dado a esta familia una posición muy destacada en Madrid. González-Varas (2010), pp. 164-5.

[15] Villacorta (1997), p. 667-678.

[16] Villacorta (1997), p. 667.

[17] En otros periódicos el peso de la nobleza de tradición era aún más destacado. Kasabal en El Heraldo de Madrid, 5-VI-1906 o Mascarilla en La Época, 5-VI-1906 así lo demostraban. La crónica de Monte Cristo en El Imparcial, 5-VI-1906.

[18] AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8768/1-H.

[19] Para la retreta, El Imparcial, 5-VI-1906, para la batalla, El Imparcial, 9-VI-1906.

[20] Almagro de San Martín (1946), p. 163.

[21] Cannadine (1994).

[22] Las ceremonias de corte fueron las únicas que mantuvieron ese carácter (capillas, coberturas, lavatorios). Aniversarios de su nacimiento, de su reinado o del fallecimiento de su padre fueron "desaprovechados".

[23] Bourdieu (2007).

[24] Hernández Barral (2011).

Resumen:

En mayo de 1906 Alfonso XIII contrajo matrimonio con Victoria Eugenia de Battenberg. Madrid fue, lógicamente, la sede del enlace. En los preparativos y celebraciones diseñados para dar un mayor realce a la boda se escogió a la nobleza y, especialmente, a los Grandes de España como grupo social más destacado. Allí donde acudieran ocupaban los puestos más destacados. A pesar del atentado, el ritmo de las celebraciones no se detuvo y se siguió subrayando el puesto destacado reservado a la Grandeza. La elección de esa jerarquía "de otro tiempo" plantea interesantes cuestiones para entender la sociedad mezcla de lo antiguo y de lo nuevo, propia de comienzos de siglo.

Palabras clave:

Boda real, Alfonso XIII, Grandeza de España, distinción social, jerarquías.

Abstract:

In May 1906, Alfonso XIII got married with Victoria Eugenia Battenberg. Logically, Madrid was the chosen place for the wedding. Preparations and celebrations were designed to highlight the marriage. In that context, nobility and, especially, Grandes of Spain were chosen as the most outstanding social group. Every event they visited, the Grandes occupied the most important positions. However the assassination attempt, the celebrations did not stop and still stressed the main position reserved for the Grandes. The preference for this 'old fashioned' hierarchy suggests interesting questions, in order to understand this society mixed between the old and the new, quite of the beginning of the century.

Keywords:

Royal wedding, Alfonso XIII, Grandeza of Spain, social distinction, hierarchies.

Fecha de recepción: 03/12/2011

Fecha de aceptación: 09/01/2012

[Volver](#)

Imprimir

Colaboran en este número

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

• **José Miguel Hernández Barral.** Licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Durante su carrera, recibió varios premios y ayudas a la investigación de distintas instituciones académicas: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colegio Oficial de Licenciados en Filosofía y Letras, Departamento de Historia Contemporánea (UCM). También ha sido becario pre-doctoral de las fundaciones Ramón Areces y Oriol Urquijo. Se encuentra finalizando su tesis doctoral sobre la Grandeza de España a principios del siglo XX. Acerca de esta investigación ha participado en congresos en distintas universidades españolas y ha sido investigador visitante en la London School of Economics and Political Science.

• **Pablo León Aguinaga.** Licenciado en Historia por la Universidad de Navarra (2002) y Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (2008). En la actualidad es Profesor Asociado Visitante en la Georgetown University, donde investiga e imparte docencia sobre las relaciones entre España y Estados Unidos en el siglo XX. Su trabajo sobre las relaciones hispano-norteamericanas a partir del análisis de la diplomacia pública americana y el comercio cinematográfico ha sido publicado en revistas como Hispania, el Historical Journal of Film, Radio and Television, Ayer o Cuadernos de Historia Contemporánea. Su primera monografía es Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960 (Madrid: CSIC-Biblioteca de Historia, 2010).

• **José Antonio Montero Jiménez.** Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid. Es doctor en Historia por la misma universidad y especialista en la Historia de la Política Exterior de los Estados Unidos. Dentro de este campo ha prestado especial atención a las relaciones hispano-norteamericanas, a las que ha dedicado su último libro El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930), así como diversos artículos y un libro de próxima aparición. Más recientemente ha participado en varios proyectos de investigación relacionados con la diplomacia pública estadounidense en España y América Latina. Fruto de este trabajo han sido distintas aportaciones en torno a la propaganda estadounidense en México durante los primeros años de la Guerra Fría. Entre 2007 y 2009 fue Prince of Asturias Distinguished Visiting Researcher en la Cátedra Príncipe de Asturias de la Universidad de Georgetown.

• **Andrés Sánchez Padilla.** Becario predoctoral FPU en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado en Historia por la Universidad de Alcalá (2007), Máster en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid (2008). Investigador visitante en la Universidad de Georgetown durante un semestre (2010-2011). Ha participado como comunicante en el X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Santander, septiembre de 2010), en la VI Conferencia de Estudios Transatlánticos (Alcalá de Henares, octubre de 2011) y en las X Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos (Guadalajara, noviembre de 2011).

Imprimir

Circunstancia. Año X - N^o 27 - Enero 2012

Normas para el envío de originales

NORMAS PARA EL ENVÍO DE ORIGINALES

1. Los trabajos que se envíen a Circunstancia han de ser originales, inéditos y no sometidos a su evaluación o consideración en ninguna otra revista o publicación.
2. La extensión total de los trabajos no deberá exceder de 20 páginas (10.000 palabras) en formato Word (Verdana, 10) a doble espacio, incluyendo cuadros, gráficos, mapas y referencias bibliográficas.
3. Los gráficos y cuadros se limitarán al mínimo imprescindible.
4. Cada artículo deberá ir precedido de una página que contenga el título del trabajo y el nombre del autor o autores, junto con su dirección, e-mail y teléfono, así como un breve currículum del autor o autores (no más de 10 líneas). En página aparte se incluirá también un breve resumen (abstract) del trabajo de unas 150 palabras y una lista de palabras clave (keywords), con no más de 8 términos. Tanto el resumen como la lista de palabras clave deben tener una versión en español y otra en inglés.
5. Las notas y referencias bibliográficas irán al final del artículo bajo los epígrafes correspondientes: Notas y Referencias bibliográficas. Estas últimas estarán ordenadas alfabéticamente por autores siguiendo el siguiente criterio: apellido y nombre (en minúsculas) del autor o autores, año de publicación (entre paréntesis y distinguiendo a, b, c, en caso de que el mismo autor tenga más de una obra citada en el mismo año), título del artículo (entre comillas), título de la revista a la que pertenece el artículo (en cursiva o subrayado), lugar de publicación (en caso de libro), editorial (en caso de libro), número de la revista, y páginas (xx-yy, en caso de un artículo de revista o de una contribución incluida en un libro). Cuando se trate de artículos o libros traducidos y se cite de acuerdo con la traducción, el año que debe seguir al nombre del autor será el de la edición original, en tanto que el año de la versión traducida figurará en penúltimo lugar, justo inmediatamente antes de la referencia a las páginas. Las referencias bibliográficas que aparezcan en el texto o en las notas deberán hacerse citando únicamente el apellido del autor o autores (en minúsculas) y entre paréntesis el año y, en su caso, la letra que figure en las Referencias bibliográficas, así como las páginas de la referencia.
6. Los cuadros, gráficos y mapas incluidos en el trabajo irán numerados correlativamente, incluyendo además su título y fuente. Si el cuadro o gráfico se ha realizado en Excel deberá ser importado al texto en forma de imagen.
7. El formato de texto no incluirá ni encabezado ni pie de página.
8. Las reseñas y noticias bibliográficas ocuparán un máximo de 3000 palabras.
9. Los trabajos se enviarán a la siguiente dirección de correo electrónico: circunstancia@fog.es. El Consejo de Redacción acusará recibo de los originales, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre los mismos salvo cuando sean aceptados o hayan sido expresamente solicitados. Una vez evaluados los textos originales, se resolverá sobre su publicación en un plazo no superior a cuatro meses desde la recepción. Circunstancia se reserva, cuando se estime conveniente, el derecho de introducir mínimos cambios de estilo respetando siempre el sentido del texto.

Imprimir